LIBRO dot.com

EL DESTINO DEL BARON VON LEINSENBHOG

Arthur Schnitzler



LIBRO dot.com
http://www.librodot.com

EL OTRO
Del diario de un deudo

¡Solo! Completamente solo...

Estoy sentado ante mi atril. Con los candelabros encendidos... La puerta que da al cuarto que en otro tiempo fue el de ella, abierta de par en par. Y cuando alzo la mirada, se abisma en la oscuridad. Resplandeciendo desde las casas del otro lado, los reflejos de luz juguetean en los cristales de mis ventanas... ¡Qué nuevo!, ¡qué brutal resulta...! Cuando llegaba la noche, ella siempre corría las cortinas de mi cuarto de trabajo. Ningún ruido de la calle, ninguna de las luces de ahí enfrente debía llegar hasta nosotros...

Han pasado las horas. He caminado de acá para allá por mi cuarto. También por el suyo. Me he tendido en el diván, he permanecido ahí echado durante un buen rato y he observado el mundo trivial de ahí fuera, delante de las ventanas... Me he colocado ante su escritorio, sosteniendo en mis manos la pluma a la que aún sigue adherido el aroma de las yemas de sus dedos... Y me he parado ante la chimenea, cuyo fuego ya se ha extinguido. He re- vuelto las cenizas con el atizador... Los papeles requemados y los trozos de carbón crepitaban y crujían.

Una mañana tras otra salgo a pasear por el cementerio... Este año el otoño ha llegado tarde, con un sol frío e insolente, y cuando desde lejos veo el muro blanco, me arden los ojos. Camino entre las hileras de tumbas y observo a la gente que va allí a rezar y a llorar. Empiezo a conocer a algunos... Lo que más me impresiona de estas figuras es lo típico, lo que se repite siempre... La muchacha que, gimoteando, se postra de hinojos ante aquella cruz junto a la capilla, siempre con los mismos sollozos, con las mismas violetas que deja sobre la tierra húmeda, y que cuando al cabo se levanta, siempre con una expresión de entereza en el rostro, se aleja rápidamente... Llora la pérdida de un joven. Murió a los veinticuatro años. Seguro que era su novia... Y siempre me asalta el mismo pensamiento: ¿Cómo puede volver a levantarse y de dónde le viene esa mirada de consuelo con la que se aleja de allí? Me gustaría correr tras ella y decirle: «No hay consuelo. ¡Estás loca!» Y yo, que acudo todos los días, ¿qué es lo que busco? A veces esa gente con el crespón en el sombrero, con los guantes oscuros, me irrita... Aunque yo tengo el mismo aspecto que todos ellos, pálido y lloroso... Ah, ya lo sé... Tengo celos del dolor de los demás. Me ocurre con esto lo que me sucedía con las cosas nobles, fascinantes. No podía soportar la expresión de entusiasmo en los rasgos de otro cuando a mí me había embriagado algo grande... Con envidia observaba a mi vecino, al que parecía recorrer el mismo escalofrío que a mí... Algo en mi interior se rebela contra el hecho de que toda esta gente vague entre las tumbas con el mismo dolor indescriptible, eterno... Ah, es lamentable. Todos experimentan lo mismo, y después la vida sigue adelante... Con pensamientos nuevos, con renovadas ilusiones... Al final incluso llega la primavera, engañosa, complaciente, y le florece a uno en la cara, inoportuna... El viento sopla, huelen las flores y las mujeres ríen, y otra vez hemos sido burlados, defraudados en nuestro vasto y eterno dolor...

La mayoría de las veces me detengo a un par de pasos del pedazo de tierra bajo el que ella descansa... Cuando hayan colocado la lápida de piedra, podré apoyarme en los fríos escalones, inclinaré la cabeza, me arrodillaré. Directamente sobre la tierra no me atrevo. Me estremezco al pensar que algunas partículas debajo de mí puedan desmoronarse y yo las oiga golpear sobre el ataúd... Y sin embargo a veces se apodera de mí un ansia poco menos que indomable de arrojarme al suelo, de revolver la tierra con ambas manos... Mi aflicción no tiene nada de apacible... Estoy furioso, me rechinan los dientes, lo odio todo, a todos... En especial a

aquellos que sufren conmigo... Esos hombres, esas mujeres, esos niños, entre los que deambulo, me resultan repugnantes. Me gustaría echarlos de aquí... En particular, la idea de que alguien venga aquí de visita por última vez me resulta indeciblemente exasperante. Ha dejado de sufrir... Ha sentido que se iba mitigando... Un día tras otro se ha ido de aquí cada vez más liberado.... Y una mañana se despierta y puede volver a sonreír... Cómo odio a la gente que puede volver a sonreír... ¡Pero una mañana también yo volveré a sonreír! ¡También yo olvidaré! Hoy resurge en mí el recuerdo de la época en la que era un jovenzuelo... Cuando caminaba por el bosque junto a mi dulce amada y podía haber sido infinitamente feliz... Y lo fui. Hay momentos que todo lo devoran—pasado, futuro—, que en sí mismos representan la eternidad... Pero nunca he sido de esos que tranquilamente siguen su camino junto a la carretera y que de vez en cuando se adentran perdiéndose en los prados y en los bosques, pudiendo tumbarse en el verde para, dichosos, apurar la mañana. Me he subido a los árboles y me he asomado a la distancia, allí donde la carretera desaparece en medio del gris y donde la primavera comienza a morir... Y fue aquí... Aquí, en este cuarto, junto a la ventana, donde en una ocasión mi mujer me besó tiernamente en las mejillas y a mí me recorrió un estremecimiento de hielo... Los minutos, las horas, los días, los años se desbocaron. Nuestro tiempo se había acabado. Viejos, los dos, el final. ¡El final! De ese modo profané mi amor, pues creí que habría de palidecer... Y ahora, al pensar que alguna vez volveré a sonreír, profano mi dolor...

¿Quién es ese hombre de cabello rubio y ojos tristes? ¿Y a quién llora? La sepultura que visita día tras día se encuentra a pocos pasos de la tumba de mi esposa... El hombre me ha llamado la atención porque no puedo odiarle tanto como a los demás. Está ahí antes que yo y aún sigue ahí cuando me alejo... Tal vez no me hubiera fijado en él, si no fuera porque en una ocasión sentí que su mirada descansaba sobre mí con un brillo de compasión tan hondo que casi temblé. Imperturbable, le miré, y él se dio la vuelta lentamente y paseó a lo largo del muro del cementerio... Por lo demás, debo de conocerlo... De hace tiempo... Pero, ¿de dónde? ¿Hemos coincidido en algún viaje? ¿Le he visto en el teatro? ¿O sólo por la calle? Debe de sospechar mi desgracia y de haber sufrido una similar. Sólo así me explico aquella mirada que nunca olvidaré... Es guapo y joven.

Ahora que de nuevo estoy sentado ante mi escritorio y que el retrato, rodeado de flores marchitas, de la adorada, de mi mujer, que lo era todo para mí, mi felicidad, mi universo, está frente a mí, el recuerdo retorna lentamente. Es cierto que unos días como los últimos que he vivido le arrebatan el juicio a cualquiera... Hoy me propongo algo grande... Por vez primera desde hace un mes, voy a abrir la biblioteca, de nuevo voy a intentar leer, ordenar, pensar...

No hice nada de todo eso. Tuve que volver allí... Cuando ya estaba oscureciendo... Y el cementerio solitario. Ni un alma hasta donde alcanzaba la vista. Por primera vez hoy me he postrado en el suelo y he besado la tierra bajo la que ella descansa. Y después he llorado, sí, he llorado... Era tal el silencio... Y el aire, frío y sereno. Después me he levantado y he caminado entre las hileras de tumbas en dirección a la puerta de salida. El cementerio seguía completamente desierto. La luna aparecía tan nítida sobre las cruces y lápidas que debería haber visto a cualquiera que anduviera por allí. Al salir vi a una mujer, con un negro velo ondulante y un pañuelo... Conozco perfectamente a esas mujeres. Y la calle ancha que conduce hasta la ciudad se extendía blanca bajo la luz de la luna. Oía mis pasos en todo momento. Nadie venía detrás de mí. Seguí un buen rato solo, hasta que aparecieron las primeras casas del extrarradio, las primeras tabernas. Y de pronto volví a oír voces y pasos y bullicio. Pero me hizo mucho bien, y ahora que tras la caminata nocturna he llegado a mi casa, he sentido un extraño anhelo, que hace tiempo que no albergaba, de abrir mi ventana y

volver a escuchar voces y el ruido de la calle. Pero la noche había avanzado y allá abajo reinaba el silencio... También se me hielan los dedos mientras escribo esto, porque empieza a hacer frío. Y la luz tiembla a pesar de que el aire no se mueve...

Me encontraba allí, pegado al muro del cementerio, oculto a su mirada tras el gran sauce. Había llegado muy temprano, el primero de todos. En la casita del sepulturero aún había una luz encendida. Pero poco después de que yo llegara, aparecieron otras personas, en su mayoría mujeres... Por fin, él. Con calma se dirigió hacia el lugar en el que solía detenerse... Siempre con esos ojos grandes, tristes... Y se arrodilló... Yo le observé con atención... Se arrodilló sobre la tumba de mi esposa. Pero yo me quedé allí, sin respiración, con los dedos en las ramas del sauce. Durante unos minutos. El estaba arrodillado, no rezaba. Tampoco lloraba. En seguida volvió a ponerse de pie. Y, como solía hacer, recorrió los senderos en todas direcciones. Al cabo de un rato volvió a encontrarse cerca de mí... Yo me había aproximado a la tumba de mi esposa y estaba allí, apoyado en la verja de una sepultura cercana... Pasó por delante de mí, me miró con serenidad... Quise llamarle, pero no lo hice... Vi cómo se acercaba a la salida del cementerio y seguí allí parado...

No sé lo que me pasó... Tampoco ahora sé lo que me pasa... Pero llegará el día, mañana, sí, mañana, en el que volveré a verle, y le preguntaré, lo sabré todo...

¡Qué noche! ¡No puedo dormir! Apenas acaban de dar las doce... Y quiero ir allí... ¿Qué hago aquí, en mi casa? Sólo un par de horas, y esta locura habrá pasado... Todo estará claro... ¡Pero hasta entonces...! Bueno, sólo son unas horas...

¡Sí, sí! ¡Sobre la tumba de mi esposa! Le he vuelto a ver allí arrodillado. Me encontraba a tan sólo diez pasos de él... ¿Y por qué no me he abalanzado en seguida sobre él? ¿Por qué le he dejado levantarse y dar un par de pasos sin molestarle? ¿Cómo? ¿Es que no tengo derecho a preguntarle quién es? ¿A quién podría preguntar, sino a él? Pero oyó mis pasos tras él, cuando se apresuraba en dirección al portón... Y no me equivoco: aceleró el paso. Pero fui tras él. Y se dio cuenta. Cuando salió por el portón, desapareció de mi vista unos instantes... Pero yo le seguí... En aquel momento un carruaje se alejó de allí a toda prisa. El único en todo el contorno. Y yo detrás. No pude alcanzarle. Lo vi aún unos minutos, pues la calle es larga y recta. Al final lo perdí de vista... Y allí estaba yo... Tal y como ahora me encuentro sentado ante esta hoja de papel: al borde de la locura... ¿Quién es ese hombre que se atreve a arrodillarse sobre la tumba de mi esposa? ¿Qué significaba ella para él? ¿Cómo podría saberlo? ¿Dónde podría volver a encontrarle? De pronto todo mi pasado se descompone. ¿Es que me he vuelto loco? ¿Es que ella no me amaba? ¿Acaso cientos de veces no estuvo ella aquí, tras mi sillón, estampando sus labios en mi cabeza y rodeando mi cuello con sus manos? ¿No éramos felices? Pero, ¿quién es ese hombre rubio, apuesto y joven? ¿Por qué su rostro me ha resultado tan familiar? ¿No me parece ahora que en repetidas ocasiones, cuando iba con ella al teatro o a un concierto, le he visto frente a nosotros, con la mirada invariablemente dirigida hacia ella? ¿No fue él el que una vez, cuando salí a pasear con ella, se quedó mirando el carruaje durante un buen rato? ¿Quién era? ¿Quién? ¿Quién? Tal vez un iluso, al que ella ni siquiera conoció, al que ni siquiera dedicó una mirada... Yo tendría que haberle conocido también... Alguna vez intentaría acercarse a nosotros en el transcurso de alguna velada... No. Tal vez él me haya evitado. Conoció a mi mujer, sin conocerme a mí... La siguió por la calle... Se atrevió a hablarle... ¡No! ¡Ella me lo habría contado! ¡Me lo habría contado! ¿Y si le amaba? Pero ella me amaba a mí... ¿A mí? ¿Cómo lo sé? ¿Porque ella me lo dijo? ¿Acaso no lo dicen todas, y las más falsas con más frecuencia que las sinceras? ¡Ah!, le encontraré... Le encontraré... Y le preguntaré. Y él... Aun cuando ella le amara, ¿qué responderá? «He venido

hasta su tumba porque la amaba... Pero ella nunca lo supo...» ¿Acaso podré sonsacarle la verdad? Sí... Entonces, ¿qué debo hacer? ¿Seguir viviendo? ¿Seguir viviendo así?

Desde hace tres días no he vuelto a verle. He pasado todo el tiempo fuera de casa. No ha vuelto a aparecer. Los enterradores no saben quién es... Los próximos días recorreré la ciudad, de un extremo al otro. Tengo que encontrarle... Tal vez se haya marchado de viaje... En algún momento tendrá que volver. ¿Tiene que hacerlo? ¿Y si está muerto? Si no puede vivir sin ella... Ah, tendría gracia. Otro que no puede vivir sin ella... Simplemente me gustaría decirle: «¡Estimado señor! No se aflija demasiado. En cualquier caso, ella también me amaba a mí...» Sí, me gustaría ponerle celoso... He arrojado su retrato lejos de mi escritorio y ahí está, en mitad del cuarto... Y ahí, en mitad del cuarto, están también sus cartas, las cartas que ella guardaba en sus armarios y atriles... Porque lo he abierto, lo he registrado todo... Y, ¿qué he encontrado? Cartas que yo le mandé, flores que yo le regalé, cintas, lazos... Quizá también una flor que él le enviara... ¿Qué aspecto había de tener esa flor? ¿Y qué esperaba encontrar? ¿Acaso una mujer conserva algo que pueda delatarla? He hurgado también en sus trajes, que siguen ahí colgados... Es fácil olvidar una pequeña carta, un papel que uno aprieta en la mano... Pero ella no olvidó nada...

No he vuelto a ir por el cementerio. Ver de nuevo la tumba me produce escalofríos... Vienen momentos de mayor tranquilidad... Ahora que han pasado los primeros días sin que me haya vuelto loco, debo resignarme a no saber nunca la verdad... Cómo envidio a aquellos que han sido engañados y están seguros de su desgracia. Cómo envidio incluso la suerte de aquellos otros que, torturados por una sospecha, tienen la posibilidad de seguir vigilando, espiando, y esperan el instante dichoso en el que a la infiel la traicionará una mirada, una palabra... En cambio yo estoy condenado por toda la eternidad, por- que la tumba no responde... Y a veces por la noche despierto sobresaltado de mis confusos sueños, atormenta- do con la idea de que tal vez haya profanado la memoria de una inocente... Cómo me gustaría seguir amando a la mujer que me hizo tan dichoso... Cómo me gustaría poder odiar a la infame que me engañó y me ultrajó... Ante mí, sobre el escritorio, vuelve a estar su retrato, porque lo he recogido del suelo y lo he colocado en su sitio. Si pudiera adorarte, postrarme ante este retrato como ante el de una santa y llorar... Si pudiera despreciarte, pisotear con mis pies este retrato...

Tardes, noches enteras miro fijamente esos ojos mudos, sonrientes, enigmáticos...

EL HIJO
De los papeles de un médico

Es medianoche y aún estoy sentado ante mi escritorio. El recuerdo de esa infeliz no me permite conciliar el sueño... Pienso en el sombrío cuarto interior con aquellos cuadros antiguos. En la cama con la almohada enrojecida por la sangre, sobre la que su pálido rostro descansaba con los ojos medio cerrados. Y para colmo, aquella lluvia matinal tan lúgubre. En el otro extremo del cuarto, en una silla, con las piernas cruzadas, el rostro insolente, estaba él, el desgraciado, el hijo que había levantado el hacha contra su madre... Sí, hay personas así. ¡Y no siempre están locos! Observé aquel rostro altanero. Traté de leer en él. Un semblante malvado, pálido, que no era feo ni parecía estúpido, con los labios exangües, los ojos nublados, la barbilla sepultada en el arrugado cuello de la camisa, y en torno a la garganta una corbata ondeante cuyo extremo retorcía entre sus finos dedos. Así esperaba a la policía, que habría de llevárselo. Entretanto uno se ocupaba de vigilar allí fuera, ante la puerta. Yo había vendado las sienes de la desdichada madre. La pobre estaba inconsciente. La dejé, después de que una vecina se ofreciera a velar junto a ella. Por las escaleras me tropecé con los gendarmes, que venían a buscar al matricida. Los habitantes de aquel edificio del extrarradio estaban muy excitados. Delante del portal, en grupos, comentaban el triste suceso. Algunos incluso me preguntaron cómo iba todo allá arriba y si quedaba alguna esperanza de que la herida viviera. No pude dar una respuesta concreta.

Una mujer a la que yo conocía, ya no muy joven, la esposa de un humilde empleado a la que en otro tiempo visité como médico, me retuvo un poco más. Apoyada en la barandilla de la escalera, parecía anonadada.

—Es aún peor de lo que usted se imagina, señor doctor—dijo, moviendo la cabeza.

—¿Aún peor?—pregunté.

—Sí, doctor. Si supiera usted cuánto le quería...

—¿Ella le quería?

—Sí, le mimó, le malcrió...

—¿A ese joven? ¿Y por qué?

—¡Sí, por qué! Mire, doctor, el chico fue un descastado desde su más tierna infancia. Pero ella se lo consentía todo. Le perdonaba las peores barrabasadas... Nosotros tuvimos que advertirla a menudo. El muy granuja se emborrachaba ya siendo un chaval. Y cuando se hizo mayor... aquellas historias...

—¿Qué historias?

—Por un tiempo trabajó en un comercio, pero tuvo que marcharse...

—¿Tuvo?

—Sí, hacía de todo. Robó incluso a su patrón. La madre reponía el dinero. La pobre mujer, ¡que apenas tenía para vivir!

—¿Y a qué se dedica ella?

—Cosía y bordaba. Tenía unos ingresos realmente miserables. Y el chico, en lugar de ayudarla, se gastaba lo poco que ella ganaba en la taberna o sabe Dios dónde. Pero eso no era suficiente. Los cubiertos, dos o tres cuadros, el reloj de pared, casi todo lo que no estaba sujeto con clavos acabó en la casa de empeño...

—¿Y ella lo permitía?

—¿Permitirlo? ¡Ella le quería cada vez más! Nosotros no lo entendíamos. Y entonces él quiso dinero. Ella se lo dio, lo que tenía.,. Él la amenazaba. ¡Tenía que darle dinero!

—¿Cómo sabe usted todo eso?

—Aquí uno se entera de todo. Sus gritos se oían a menudo a través de la escalera. Y cuando volvía a casa borracho por la noche o incluso durante el día, empezaba ya en la puerta a rezongar y a echar pestes. La pobre mujer tenía deudas por todas partes. A veces ahí arriba no había ni siquiera pan... Nosotros, los vecinos, a veces la ayudábamos, a pesar de que aquí no hay nadie que sea rico. Pero él se volvió cada vez más duro. Ella parecía estar cegada por completo. Todo lo consideraba como una chiquillada. A veces, cuando el muchacho había estado tambaleándose y alborotando por la noche en la escalera, ella nos pedía disculpas. Sí, así era ese hijo, señor doctor... Pero que pudiera llegar tan lejos...

Y a continuación me contó toda la historia:

—Hoy llegó a casa por la mañana temprano. Yo le oí tropezar en los escalones aquí, delante de nuestra puerta. Además, cantaba algo con su voz ronca. Pues bien, una vez arriba volvió a pedir dinero. Había dejado la puerta abierta. Y desde aquí abajo, imagínese, desde el cuarto hasta el segundo, se oían sus voces. Y de pronto un grito. La gente entonces se apresuró hacia arriba y lo vieron. Pero él, al parecer, se quedó ahí de pie, impávido, y encogió los hombros...

Me marché. Oí unos pesados pasos tras de mí. Se llevaban detenido al matricida. Por los pasillos había hombres, mujeres y niños, mirando. Ninguno pronunció una sola palabra. Yo me había vuelto en el descansillo, bajé las escaleras, salí del edificio y me fui a cumplir el resto de mi jornada de trabajo con el ánimo sombrío. Poco después del mediodía volví al lugar de la tragedia. Encontré a la herida tal y como la había dejado, inconsciente, respirando con mucha dificultad. La mujer que la cuidaba me contó que entretanto había estado allí la comisión del juzgado y que habían levantado acta de los hechos. La habitación estaba tan oscura que encendí una vela y la dejé sobre la mesilla de noche junto a la cabecera de la cama... ¡Qué sufrimiento más infinito el que había en aquel rostro moribundo! Le hice una pregunta a la enferma. Se agitó, gimió y abrió un poco los ojos. No era capaz de hablar. Tras haber dado las órdenes pertinentes, me alejé de allí... Por la noche, cuando subí, la pobre mujer parecía encontrarse un poco mejor. Al preguntarle yo cómo estaba, respondió «Mejor» e intentó sonreír. Pero en seguida volvió a hundirse en la inconsciencia anterior.

¡Son las seis de la mañana!

Hacia medianoche—justo cuando acababa de escribir la última línea de mi diario—alguien llamó a voces... La señora Martha Eberlein—ése era el nombre de la mujer tan gravemente herida—me reclamaba. Habían enviado a un chico cualquiera del edificio. Yo tenía que ir a verla en seguida... En seguida... En seguida... Que si tenía fiebre... ¿Era el final...? No sabía nada. En cualquier caso, era muy urgente.

Seguí al chico a pie y, provisto de mi maletín quirúrgico, corrí escaleras arriba, mientras él se quedaba abajo, con una vela en la mano para iluminarme. Los últimos escalones estaban totalmente a oscuras. Sólo al principio del camino un pálido y vacilante resplandor me sirvió de guía. Pero desde la puerta entornada de la casa de la enferma me llegó una franja de luz. Entré y a través de la antecámara, que servía también de cocina, llegué al cuarto interior. La mujer que seguía velando junto a la enferma se levantó al oír mis pasos y me salió al encuentro.

—¿Qué ocurre?—susurré.

—¡Desea hablar con usted a toda costa, doctor!—contestó la mujer.

Yo estaba ya junto a la cama. La enferma yacía inmóvil, con los ojos muy abiertos. Me miró y en voz baja dijo:

—Gracias, doctor. ¡Gracias!

Cogí su mano. El pulso no era demasiado débil. Adopté el tono alegre que siempre tenemos que tener a punto, incluso cuando no nos apetece.

—Así que está mejor, según veo, señora Eberlein. Lo celebro.

Sonrió.

—Sí, mejor... Y tengo que hablar con usted...

—¿Sí?—pregunté—. ¡Le escucho!

—¡Con usted a solas!

—Descanse un rato—dije, volviéndome hacia la mujer que estaba a su cuidado.

—Fuera—añadió ella.

La mujer volvió a mirarme sin comprender. Después se marchó, cerrando la puerta con cuidado. Me quedé solo con la enferma.

—¡Por favor!—dijo, indicando con los ojos una silla a los pies de la cama.

Me senté, manteniendo su mano entre las mías, y me acerqué para poder entenderla mejor. Habló en voz muy baja.

—Me he tomado la libertad, doctor—empezó a decir—. Es muy importante que hable con usted.

—¿Qué es lo que desea, amiga mía?—pregunté—. No se fatigue en exceso.

—Oh, no... Sólo unas palabras... ¡Tiene usted que liberarle, doctor!

—¿A quién?

—A mi hijo. ¡A mi hijo!

—Mi querida señora Eberlein—repliqué impresionado—. Bien sabe usted que no está en mi mano.

—Oh, lo está, si existe la justicia...

—Se lo pido por favor... Procure no excitarse... Tengo la sensación de que me considera su amigo, y le doy las gracias por ello, pero también soy su médico y puedo mandarle un poco. ¿No es cierto? De modo que, ¡calma! Sobre todo, calma.

—Calma... —repitió ella, y un rictus de dolor apareció en torno a sus ojos y a su boca—. Señor doctor, tiene usted que escucharme... ¡Me pesa tanto!

En mi rostro silencioso creyó ver una invitación a hablar. Y apretando con fuerza mi mano, comenzó:

—Es inocente. O menos culpable de lo que la gente puede figurarse. He sido una mala madre, una madre miserable...

—¿Usted?

—Sí, yo. ¡Fui una criminal!

—¡Señora Eberlein!

—En seguida me comprenderá... No soy la señora Eberlein. Soy la señorita Martha Eberlein. Me toman por viuda... Yo no he hecho nada para engañar a la gente, pero tampoco podía contarle a cualquiera estas viejas historias...

—Está bien... Pero eso ahora ya no puede atormentarla de un modo tan horrible.

—Oh, no es eso. Han pasado veinte años desde que me abandonó, antes de que él viniera al mundo, el hijo de él, mi hijo. Y entonces... Vive de pura casualidad, porque, señor doctor... Quise matarle la primera noche. Sí, no me mire de ese modo... Estaba sola, desesperada... Pero no pretendo justificarme... Cogí unas mantas y sábanas y se las puse por encima. Pensé que se ahogaría... Por la mañana temprano aparté las mantas con miedo... ¡Y gemía! Sí, gemía... Y respiraba... ¡Y vivía!

La pobre mujer estaba llorando. Incluso a mí me faltaban las palabras. Pero ella, al cabo de un breve silencio, prosiguió:

—Y me miró con los ojos muy abiertos y siguió gimiendo. Y yo, ante aquella criatura, que no tenía ni un día, me estremecí... Me acuerdo perfectamente de que estuve observándole durante casi una hora y que pensé: ¡Qué mirada de reproche hay en esos ojos! Quizá te ha- ya entendido y te esté acusando. Y tal vez tenga ya memoria y siempre, siempre te acusará... Y

esa pequeña cosa creció... Y en sus grandes ojos infantiles siempre aquel reproche. Cuando él me pasaba la manita por la cara, yo pensaba: Sí, te arañará, se vengará, porque se acuerda de la primera noche de su vida, cuando tú lo enterraste bajo las mantas... Y empezó a balbucear y a hablar. Yo tenía miedo del día en el que llegaría a hablar de verdad. Pero vino tan poco a poco... Tan poco a poco... Y yo siempre esperaba, siempre que él abría la boca, esperaba: ahora lo dirá. Sí, sí, te lo dirá, que no le engañas, que todos los besos, todas las caricias, todo el amor que le das no pueden convertirte en una verdadera madre. El se defendía, no se dejaba besar, era rebelde, no me quería... Dejé que el chico a los quince años me pegara, y más tarde seguí permitiendo que me pegara y me limitaba a sonreír... Tenía un monstruoso anhelo de librarme de mi culpa, aunque sabía que jamás desaparecería. ¿Podría expiarla alguna vez? Y cuando me miraba, siempre con aquellos ojos terribles... Cuando se hizo mayor y fue al colegio, comprendí que me tenía calada... Y todo lo toleré como si fuera una penitencia... Ah, no era un buen niño, pero... ¡No podía enfadarme con él! ¡Enfadarme! Oh, yo le quería, le quería hasta la locura... Y más de una vez caí de hinojos ante él, le besé las manos, las rodillas, los pies... Oh, no me perdonó nada. Ni una mirada de amor, ni una sonrisa amistosa... Cumplió diez, doce años... ¡Me odiaba! En la escuela no hacía nada bueno... Un día regresó a casa con estas insolentes palabras: «Se acabó la escuela, allí no quieren tenerme más...» Oh, ¡cómo me estremecí! Quise que aprendiera un oficio. Le pedí, le supliqué... Se mantuvo inflexible. No quería saber nada del trabajo. Andaba corriendo de un lado a otro... ¿Qué podía decirle? ¿Qué reprocharle? Una mirada suya echaba por tierra todo mi coraje... Cómo temblaba pensando en el día en el que me diría a la cara: «¡Madre! ¡Madre! Has perdido todo derecho sobre mí.» Pero no lo dijo... En ocasiones, cuando venía a casa borracho, pensaba: la embriaguez le soltará la lengua... Pero no... A veces se caía al suelo y se quedaba ahí tirado hasta el mediodía. Y cuando despertaba y me veía sentada a su lado, me miraba con un desprecio... Y con una sonrisa de íntima comprensión en los labios, como diciendo: «¡Sabemos a qué atenernos...!» Necesitaba dinero, mucho dinero, y yo tenía que conseguirlo... Pero no siempre resultó como él quería, y entonces se ponía furioso, muy furioso. A menudo me levantaba la mano... Y cuando cansada me hundía en la cama, se plantaba ante mí, con aquella risa burlona que significaba: «¡No, aún no te doy el golpe de gracia!» Esta mañana ha subido armando un escándalo: «¡Dinero! ¡Dinero!» Pero Dios mío, yo no tenía nada. «¿Cómo? ¿Nada?» Y le he rogado que esperase hasta la próxima semana, hasta mañana, hasta esta noche. ¡No! Tenía que darle dinero. Que lo tenía escondido... Ha gritado y se ha puesto a buscar, abriendo los cajones con violencia, deshaciendo la cama... Soltando maldiciones... Y después... Después...

Se detuvo. Y un segundo después preguntó:

—¿Es que no estaba en su derecho?

—¡No!—contesté—. No, señora Eberlein. Hace tiempo que se ha librado usted de su culpa. Ha demostrado su bondad de mil maneras. Ha expiado de sobra la turbación de un momento en el que fue presa de un delirio.

—¡No, doctor!—replicó—. ¡No fue un delirio! Me acuerdo demasiado bien de aquella noche... Yo no deliraba. ¡Sabía lo que hacía! Y por eso, señor doctor, acuda usted al tribunal y cuente lo que acaba de escuchar de mis labios. Le dejarán en libertad. ¡Tienen que hacerlo!

Sacudió la cabeza.

—¡Doctor! El deseo de un moribundo es sagrado... ¡Tiene usted que prometérmelo!

—No morirá. Se recuperará...

—Moriré, porque es mi deseo... ¿Irá usted al tribunal?

—Ante todo aténgase a lo que yo le digo, ¡y piense que soy su médico! Ahora le ordeno guardar silencio y descansar...

Entretanto me había levantado y llamé a la mujer que se encargaba de cuidarla, pero la señora Eberlein no me soltó la mano cuando se la ofrecí como despedida... En sus ojos ardía una pregunta.

—¡Sí!—dije.

—Se lo agradezco—respondió.

Después di a la cuidadora las instrucciones pertinentes y me alejé con el propósito de volver a la mañana siguiente muy temprano...

Por la mañana encontré a la enferma inconsciente. Al mediodía estaba muerta... Su secreto aún sigue en mi poder, oculto en estas páginas, y soy libre de cumplir o no su última voluntad. Que yo acuda o no al tribunal, para el miserable hijo de esa desdichada madre es lo mismo. Ningún juez en el mundo considerará el desvarío de la madre como atenuante del crimen mortal del hijo. La expiación más que suficiente para esa desgraciada consistió en la locura de tener que ver en los ojos de su hijo un eterno reproche, el recuerdo constante de aquella noche atroz...

¿O puede ser cierto? ¿Acaso nos quedan recuerdos borrosos de las primeras horas de nuestra existencia, recuerdos que no somos capaces de explicar y que no desaparecen sin dejar huellas? ¿Es tal vez un rayo de sol, que se cuela por la ventana, el origen de un espíritu pa-' cinco? Y cuando la primera mirada de nuestra madre nos abarca con un amor infinito, ¿no se refleja dulce e imborrable en los inocentes ojos del niño? Y si esa primera mirada fue una mirada de desesperación y de odio, ¿no brilla con una fuerza aniquiladora en el interior del alma de ese niño, que recoge otros muchos miles de impresiones, mucho antes de ser capaz de interpretarlas? ¿Qué es lo que puede ocurrir en el universo afectivo de un niño cuya primera noche de vida transcurre en medio de una espantosa e inconsciente angustia mortal? Hasta ahora jamás un hombre ha sabido informarnos sobre sus primeras horas de vida. Y ninguno de vosotros—es lo que podría decirle al tribunal—puede saber hasta qué punto el bien y el mal que lleva en su interior se lo debe al primer soplo de aire, al primer rayo de sol o a la primera mirada de su madre. Acudiré al juez. Me he decidido a hacerlo, porque creo que todavía no está lo suficientemente claro cuan poco es lo que nos está permitido y cuánto aquello a lo que nos vemos obligados.

EL VIUDO

Aún no lo entiende del todo. Ha ocurrido tan rápido...

Durante dos días de verano ha estado enferma en la villa. Durante dos días tan hermosos que las ventanas del dormitorio, que dan al exuberante jardín, podían estar siempre abiertas. Y al segundo, al caer la tarde, se murió, casi de repente, sin que estuvieran preparados para ello.' Y hoy la han llevado allí, por la empinada calle que ahora, desde su butaca en el balcón, él puede seguir con la vista hasta el final, hasta los bajos y blancos muros que rodean el pequeño cementerio en el que ella descansa.

Está anocheciendo. La calle sobre la que hace pocas horas, cuando los carruajes negros rodaban hacia arriba, ardía el sol, se encuentra en sombra. Y los blancos muros del cementerio ya no resplandecen.

Le han dejado solo. Lo ha pedido él. Los dolientes han regresado todos a la ciudad. Los abuelos, atendiendo a su deseo, se han llevado al niño para que pase con ellos los dos primeros días y él pueda quedarse solo. También el jardín está en calma. Sólo de cuando en cuando se oye un susurro que llega desde abajo. El personal de servicio está bajo el balcón y hablan en voz baja entre ellos. Se siente cansado, como nunca hasta ahora, y mientras los párpados se le caen una y otra vez, con los ojos cerrados vuelve a ver la calle en el ardor estival del mediodía, ve los carruajes, rodando lentamente cuesta arriba, a las personas que se apiñan a su alrededor. Hasta las voces zumban de nuevo en sus oídos.

Casi todos aquellos a los que el verano no los ha llevado demasiado lejos han estado presentes. Todos muy conmovidos por la temprana y repentina muerte de la joven señora. Le han dirigido tiernas palabras de consuelo. Algunos, personas en las que él ni siquiera había pensado, han acudido hasta de remotos lugares. Otros, cuyos nombres apenas conoce, le han estrechado la mano. Únicamente faltaba aquel cuya ausencia él ha sentido más, su mejor amigo. Es verdad que está bastante lejos—en un balneario en el mar del Norte—y seguramente ha recibido la noticia de la muerte demasiado tarde para que hubiera podido partir a tiempo. No podrá llegar hasta mañana.

Richard vuelve a abrir los ojos. La calle aparece ahora envuelta por completo en las sombras de la noche. Sólo los blancos muros centellean aún a través de la oscuridad, y eso le hace estremecerse. Se levanta, abandona el balcón y entra en el cuarto contiguo. Era el de... su mujer. No lo ha pensado cuando se ha metido rápidamente. Y en medio de la oscuridad tampoco puede distinguir nada. Sólo un perfume familiar viene flotando hasta él. Enciende la vela azul que hay sobre el escritorio, y cuando consigue contemplar toda la habitación, esplendorosa y apacible, se hunde en el diván y llora.

Llora largamente. Lágrimas indomables, irreflexivas. Y cuando vuelve a incorporarse, siente su cabeza insensible y pesada. Todo vibra ante él. La llama de la vela sobre el escritorio arde sin brillo. Quiere ver más claramente, se seca los ojos y enciende las siete velas del candelabro que se encuentra sobre la pequeña columna junto al piano. Y entonces la claridad se expande por todo el recinto, por todos los rincones. El delicado fondo dorado de la alfombra resplandece. Y le parece que es como una de esas noches en las que él entraba allí y la encontraba ocupada en alguna lectura o con cartas. Entonces ella levantaba la vista, se volvía hacia él sonriendo y esperando su beso. Y le duele la indiferencia de los objetos en torno a él, que siguen inmóviles, reluciendo, como si no supieran que se han convertido en algo triste y lúgubre. Aún no había sentido de un modo tan profundo como en este momento lo solo que se ha quedado. Y nunca hasta ahora había sentido de modo tan intenso la añoranza por su amigo. Y al imaginar que pronto llegará y le dirigirá palabras amables, se da cuenta de que incluso a él el destino aún le reserva algo que podría suponer un consuelo. ¡Ojalá estuviera ya allí...! Pero vendrá. Mañana temprano estará ahí. Y entonces tendrá que quedarse

mucho tiempo con él. Muchas semanas. No le dejará irse hasta que no haya más remedio. Pasearán por el jardín y, como tantas veces en otro tiempo, hablarán de temas profundos y extraños, de cuestiones que están más allá del destino de los días corrientes. Y por las noches se sentarán en el balcón, como en otro tiempo, sobre ellos el oscuro cielo, tan silencioso, tan grande. Charlarán hasta bien entrada la noche, como hicieran también a menudo en otro tiempo, cuando ella, que con su fresca e impetuosa naturaleza no le encontraba demasiado gusto a la conversación seria, hacía rato que ya les había dado las buenas noches sonriendo y se había retirado a su habitación. Cuántas veces esas conversaciones le habían elevado por encima de las preocupaciones y mezquindades de la vida cotidiana... Pero ahora serían incluso más importantes, ahora serían para él un alivio, su salvación.

Una vez más, Richard recorre la habitación de acá para allá, hasta que por fin el monótono sonido de sus propios pasos comienza a molestarle. Entonces se sienta ante el pequeño escritorio, sobre el que se encuentra la vela azul, y con cierta curiosidad contempla los graciosos y delicados objetos que hay ante él. En el fondo nunca se ha fijado en ellos, siempre ha visto únicamente el conjunto. La pluma de marfil, el delgado abrecartas, el esbelto sello con el mango de ónice, las pequeñas llaves, unidas por un cordón de oro. Los coge uno tras otro en su mano, los vuelve a un lado y a otro, y con cuidado los deja de nuevo en su lugar, como si fueran valiosos y frágiles objetos. Abre el cajón central del escritorio y allí en la carpeta abierta ve el papel de color gris mate en el que ella solía escribir sus cartas, los pequeños sobres con su monograma, las estrechas y largas tarjetas de visita con su nombre. Mecánicamente echa mano al pequeño cajón lateral, que está cerrado con llave. Al principio no se da cuenta. Sigue tirando, sin pensar. Pero poco a poco va tomando conciencia de las irreflexivas sacudidas, y se afana y quiere abrir de una vez y echa mano de las pequeñas llaves que se encuentran sobre el escritorio. Y justo la primera que prueba es la apropiada. El cajón está abierto. Entonces ve, cuidadosamente unidas con cintas azules, las cartas que él mismo le escribiera. Reconoce la que está justo encima. Es la primera carta que le escribió, de la época en la que aún eran novios. Y al leer el tierno encabezamiento, palabras que de nuevo y como por arte de magia confieren una engañosa vida al desolado aposento, respira con dificultad y en voz baja pronuncia una y otra vez lo mismo, un incoherente, atroz «No... no... no...»

Y desata la cinta de seda y deja que las cartas resbalen entre sus dedos. Algunas palabras sueltas pasan volando ante él, y apenas tiene valor para leer entera una de las cartas. Sólo la última, que contiene un par de breves frases: que saldrá de la ciudad tarde por la noche, que se alegra indeciblemente de volver a ver el amado y dulce rostro... Esta la lee con atención, sílaba por sílaba, y se asombra mucho, pues le parece como si hubiera escrito esas cariñosas palabras hace muchos años, cuando no ha pasado tanto tiempo, ni siquiera una semana.

Sigue abriendo el cajón, para ver si encuentra algo más.

Hay otros paquetes, todos ellos adornados con cintas de seda azul, y sin querer sonríe tristemente. Cartas de su hermana, que vive en París. Él siempre tuvo que leerlas con ella, los dos juntos. También de su madre, con aquella peculiar letra de hombre que siempre le llamó la atención. Y también unas con una caligrafía que no reconoce al instante. Deshace la cinta de seda y busca la firma... Son de una de sus amigas, una que también hoy ha estado presente, muy pálida, muy llorosa. Y en el fondo aún encuentra otro paquete. Lo saca como los demás y lo examina... ¿Y esa letra? Es una letra desconocida. No, no es desconocida. Es la letra de Hugo. Y por un momento, la primera palabra que lee Richard, antes de arrancar la cinta de seda azul, le deja helado... Con los ojos muy abiertos echa un vistazo a su alrededor, para comprobar si en la habitación todo sigue como siempre. Después mira hacia el techo, y después nuevamente las cartas, que siguen ahí mudas ante él y que en los próximos minutos le dirán todo lo que la primera palabra deja adivinar... Quiere apartar la cinta... Le parece que se defiende. Las manos le tiemblan. Y por fin la desgarra con violencia. Se pone en pie, agarra el montón de cartas con las dos manos y se dirige hacia el piano, sobre cuya negra y brillante

superficie cae la luz de las siete velas del candelabro. Y con las dos manos apoyadas en el piano, las lee, las muchas cartas breves con la pequeña letra repleta de arabescos, una detrás de otra, con la misma avidez que si se tratara de la primera. Las lee todas, hasta la última, venida de aquel lugar en el mar del Norte hace un par de días. La arroja junto al resto y rebusca entre todas ellas, como si aún buscara algo, como si entre aquellas páginas pudiera haberse escapado algo que él aún no hubiera descubierto, algo que pudiera destruir el contenido de todas aquellas cartas y transformar en un error la verdad que se le ha revelado de pronto... Y cuando sus manos por fin se detienen, le parece como si tras un formidable estruendo súbitamente se hiciera el silencio... Aunque en su mente resuenan los ruidos que acaba de hacer: cómo se posaban los delicados utensilios sobre el escritorio, cómo chirriaba el cajón, cómo se abría la cerradura, cómo se arrugaba y crujía el papel, el sonido de sus pasos apresurados, su respiración rápida y entrecortada... Sin embargo ahora ya no se oye nada en la habitación. Y sólo le admira haberlo entendido así, por completo y de golpe, a pesar de que nunca había pensado en ello. Le gustaría que siguiera siendo tan insondable como la muerte. Añora el trémulo y ardiente dolor que le produjo lo incomprensible, y sólo le queda la sensación de una indecible serenidad, que parece afluir a todos sus sentidos, de modo que los objetos que hay en la habitación los ve con unas líneas más definidas que antes y le parece escuchar la profunda quietud que le rodea. Lentamente se dirige hacia el diván, se sienta y reflexiona...

¿Qué es lo que ha pasado?

Ha sucedido una vez más lo que ocurre todos los días, y él se ha convertido en uno de esos de los que tantos se ríen. Y seguro que también él—mañana o incluso dentro de unas pocas horas—, experimentará todos los horrores por los que ha de pasar cualquier hombre en un caso semejante... Presiente, sí, que le embargará la rabia sin nombre de que esa mujer haya muerto demasiado pronto como para que él pueda vengarse. Y cuando el otro regrese, le tumbará de un golpe, como a un perro. Ah, cómo añora esas emociones salvajes, sinceras. Cuánto mejor se sentirá entonces que ahora, cuando las ideas se arrastran embotadas, penosas a través de su alma...

Ahora sólo sabe que de pronto lo ha perdido todo, que ha de comenzar su vida desde el principio, como un niño, porque ya no puede servirse de ninguno de sus recuerdos. Antes tendría que arrancarle a cada uno la máscara con la que ella se ha estado burlando de él. Porque no ha visto nada, absolutamente nada, ha creído y ha confiado. Y su mejor amigo, como en una comedia, engañándole. ¡Ojalá no hubiera sido él, precisamente él! Sabe, y él mismo lo ha experimentado, que hay efusiones del corazón cuyas oleadas apenas alcanzan el alma. Y le parece que podría perdonarle todo a la difunta si hubiera sido con alguien a quien él no conociera, con cualquier otro que no hubiera significado nada para él... Pero no que fuera aquél al que él ha apreciado como a ningún otro hombre, y al que le une más de lo que nunca le hubiera unido a su propia mujer, que jamás le siguió por los oscuros senderos del espíritu, que le dio placer y bienestar, sí, pero no la honda alegría de la comprensión. ¿Acaso no había sabido siempre que las mujeres son criaturas vacías y falsas? ¿Acaso nunca se le ocurrió pensar que su mujer al fin y al cabo era una mujer, como todas las demás, vacía, falsa y tentada por el placer? ¿Acaso nunca pensó que su amigo, a pesar de la alta estima en la que él le tenía, no debía de ser frente a las mujeres más que un hombre como los demás y que podía sucumbir a la embriaguez del momento? ¿Y acaso algunas tímidas palabras en aquellas cartas ardientes y temblorosas no delataban que al principio había luchado consigo mismo, que había intentado desligarse, que por último había venerado a esa mujer y que había sufrido...? Casi le resulta inquietante la claridad con la que entiende todo eso, como si hubiera allí algún desconocido que se lo explicara. Y no puede dar rienda suelta a su ira, por mucho que lo desee. Simplemente lo comprende, tal y como lo ha entendido siempre que se trataba de otros. Y cuando piensa que su mujer se encuentra ahí fuera, en el silencioso cementerio, se

da cuenta también de que nunca será capaz de odiarla y de que cualquier cólera pueril, incluso si pudiera sobrevolar los blancos muros, se desvanecería con sus débiles alas sobre la tumba. Y reconoce cómo en momentos tan dramáticos ciertas expresiones, que insustanciales derivan en tópicos, revelan su verdad eterna, pues de pronto comprende el sentido profundo de una expresión que hasta entonces le ha parecido trivial: La muerte todo lo cura. Y sabe que si se encontrara de pronto frente al otro, no buscaría palabras violentas y severas, que frente a la grandeza de la muerte le parecen una ridícula muestra de la superficialidad de este mundo. No, tranquilamente le diría: «Vete, no te odio».

No puede odiarle, lo ve demasiado claro. Puede ahondar hasta tal punto en el interior de otras almas que casi le resulta extraño. Es como si ya no se tratara de su propia experiencia. Siente como un acontecimiento casual el que esa historia le haya ocurrido justo a él. En el fondo sólo hay una cosa que no puede entender: no haberlo sabido siempre, no haber caído en la cuenta desde el principio. Era todo tan sencillo, tan natural, y había sucedido por los mismos motivos que en otros miles de casos. Recuerda a su mujer tal y como era en su primer o segundo año de matrimonio, aquella criatura tierna, punto menos que impetuosa, que por entonces para él había sido más bien una amante que una esposa. ¿Y de verdad había creído que aquel ser exuberante, ansioso, se había convertido en otro sólo porque a él le había sobrevenido el maquinal cansancio del matrimonio? ¿Había considerado que aquellas llamas se habían apagado de repente porque él ya no las añoraba? Y que hubiera sido justo su joven amigo el hombre por el que ella se había sentido atraída, ¿acaso era extraño? Cuántas veces, cuando se encontraba sentado frente a él, que a pesar de sus treinta años aún conservaba la frescura y la delicadeza en sus rasgos y en su voz, cuántas veces se le había ocurrido pensar: debe de gustarle a las mujeres... Y ahora recuerda también que el año anterior, precisamente por entonces, cuando aquello... debió de haber empezado, que Hugo, por entonces y durante mucho tiempo, vino a visitarle con menos frecuencia de la que solía... Y él, el perfecto marido, se lo había dicho: ¿Por qué ya no vienes a vernos? Él mismo había ido a menudo a buscarle al despacho, se lo había llevado al campo, y cuando Hugo quería marcharse, él le retenía con amables palabras de censura. Y nunca había notado nada, no había sospechado lo más mínimo. ¿Es que no había visto las miradas de ambos, cruzándose húmedas, ardientes? ¿No había percibido el estremecimiento de sus voces cuando hablaban entre sí? ¿No había sabido interpretar el tenso silencio que en ocasiones se apoderaba de ellos cuando paseaban de un lado a otro por las avenidas del jardín? ¿Y no había notado la frecuencia con que Hugo se mostraba absorto, malhumorado y triste desde aquellos días de verano del año anterior en los que... aquello había comenzado? Sí, se había dado cuenta, y a veces también había pensado: son líos de faldas, que le preocupan... Y cuando había logrado arrastrar al amigo a mantener una conversación seria y a elevarse por encima de aquellas mezquinas penas, se había alegrado... Y ahora, si deja que todo aquel año transcurrido se deslice rápidamente ante él, ¿no percibe que la antigua alegría del amigo nunca había vuelto del todo, que tan sólo él se había ido acostumbrando poco a poco, como a todo lo que llega paulatinamente y jamás desaparece...?

Un curioso sentimiento, del que al principio apenas se atreve a hacerse cargo, brota de su alma. Una honda ternura, una gran compasión hacia ese hombre, al que como una fatalidad le ha asaltado una pasión desesperada; hacia ese hombre que en ese momento tal vez, no, seguro, sufre más que él, ese hombre al que, sí, se le ha muerto una mujer a la que quería y que ha de presentarse ante un amigo al que ha engañado.

Y no puede odiarle, pues aún le aprecia. Sabe que sería distinto si... Si ella aún estuviera viva. Entonces esa culpa sería también algo a lo que su existencia y su sonrisa conferirían la apariencia de lo importante. Pero el desenlace inexorable devora todo lo que en esa lamentable aventura quisiera revelarse como trascendental.

En medio del profundo silencio del aposento se produce un ligero temblor... Pasos en la escalera. Escucha sin respirar. Oye las sacudidas de su pulso.

Afuera se abre la puerta.

Por un instante le parece como si todo lo que ha construido en su alma se derrumbase, aunque al momento vuelve a estar en pie. Y sabe que se lo dirá cuando entre: «Lo he comprendido. ¡Quédate!»

Una voz allá fuera. La voz del amigo.

Y de pronto se le ocurre que ese hombre, desprevenido, entrará ahí, y que tendrá que ser él mismo quien se lo diga...

Le gustaría levantarse del diván, cerrar la puerta con llave, pues siente que no va a ser capaz de pronunciar una sola sílaba, pero no puede moverse, está como petrificado. No le dirá nada, hoy no le dirá una sola palabra. No hasta mañana... Mañana...

Afuera se oye un susurro. Richard puede comprender la pregunta hecha en voz baja: «¿Está solo?»

No le dirá nada, hoy no le dirá una sola palabra. No hasta mañana... O más tarde...

Se abre la puerta. El amigo está ahí. Muy pálido. Y se queda un instante parado, como si tuviera que reunir fuerzas, después corre al encuentro de Richard y se sienta junto a él en el diván, toma sus dos manos, las estrecha con firmeza, quiere hablar, pero le falla la voz.

Richard le mira fijamente, retira las manos. Y así permanecen sentados un buen rato en silencio.

—Mi pobre amigo—dice por fin Hugo en voz muy baja.

Richard se limita a asentir con la cabeza, es incapaz de hablar. Si pudiera pronunciar alguna palabra, únicamente podría decirle: «Lo sé...»

Tras un par de segundos, Hugo vuelve a empezar:

—Me hubiera gustado estar aquí esta mañana temprano, pero no recibí tu telegrama hasta la noche, cuando volví a casa.

—Lo supuse—replica Richard y él mismo se asombra de lo fuerte y tranquilo que habla. Mira al otro fijamente a los ojos... Y de pronto se le ocurre que allí, sobre el piano, están las cartas. Hugo no necesita más que ponerse en pie, dar un par de pasos... Y las verá... Y lo sabrá todo. Sin pensar, Richard coge las manos de su amigo... Eso no puede ser. Es él el que tiembla al pensar que las pueda descubrir.

Y de nuevo el amigo empieza a hablar. Con dulces, tiernas palabras, con las que evita pronunciar el nombre de la difunta, pregunta por su enfermedad, por su muerte. Y Richard responde. Al principio se asombra de poder hacerlo, de poder encontrar las repugnantes y acostumbradas palabras capaces de expresar toda la tristeza de los últimos días. Y de cuando en cuando su mirada roza el rostro de Hugo, que, lívido, escucha atentamente con los labios contraídos.

Cuando Richard se detiene, el otro sacude la cabeza, como si hubiera escuchado algo inexplicable, imposible. Después dice:

—Me resultaba espantoso no poder estar hoy a tu lado. Era como una fatalidad.

Richard le mira sin comprender.

—Cuando ocurrió... a la misma hora estábamos en el mar.

—Claro, claro.

—Ni el más ligero presentimiento. Salimos a navegar, el viento era bueno, y estábamos de tan buen humor... Es espantoso, espantoso.

Richard guarda silencio.

—Pero no irás a quedarte aquí ahora, ¿verdad?

Richard alza la mirada.

—¿Por qué?

—No, no. No puedes.

Librodot

—¿Y adonde voy a ir? Había pensado... ¿Te quedarás unos días conmigo?

Y le asalta el miedo de que Hugo pueda volver a marcharse, sin saber lo que ha descubierto.

—No—replica el amigo—. Te llevaré conmigo. Te vendrás conmigo.

—¿Yo? ¿Contigo?

—Sí—y lo dice con una tierna sonrisa.

—¿Y adonde quieres ir?

—¡Devuelta!

—¿Al mar del Norte?

—Sí, contigo. Te sentará bien. ¡No voy a dejarte aquí! ¡No!

Y tira de él como para abrazarle.

—¡Tienes que venir con nosotros!

—¿Nosotros?

—Sí.

—¿Qué significa «nosotros»? ¿No estás solo?

Hugo sonríe abochornado:

—Claro que estoy solo...

—Pero has dicho «nosotros».

Hugo duda un instante.

—No quería decírtelo en seguida—confiesa después.

—¿El qué?

—La vida es tan extraordinaria... Es que me he prometido.

Richard le mira estupefacto...

—Por eso dije «con nosotros». Por eso también me vuelvo al mar del Norte. Y tú tienes que venir conmigo. ¿Sí?

Y con sus ojos claros le mira a la cara.

Richard sonríe.

—Un clima peligroso el del mar del Norte.

—¿Cómo?

—Qué rápido, qué rápido...

Y sacude la cabeza.

—No, querido—replica el otro—, no es exactamente rápido. En el fondo es una vieja historia.

A Richard aún no se le ha borrado la sonrisa.

—¿Cómo? ¿Una vieja historia...?

—Sí.

—¿Conoces a tu prometida de hace tiempo?

—Sí, desde este invierno.

—¿Y la amas?

—Desde' que la conozco—responde Hugo, y mira ante sí, como si le vinieran hermosos recuerdos.

De pronto Richard se levanta, con un movimiento tan brusco que Hugo se sobresalta y alza la mirada. Y ve que dos grandes ojos extraños descansan sobre él, y por encima de él un pálido rostro contraído que apenas reconoce. Y cuando se levanta angustiado, escucha de una voz extraña, remota, estas pocas palabras como arrebatadas de entre los dientes:

—Lo sé.

Y Hugo siente cómo le agarran de las manos y le arrastran hasta el piano, con lo que el candelabro tiembla sobre la columna. Después Richard le suelta los brazos y mete ambas manos bajo las cartas, que están sobre la tapa negra, y las revuelve, y las hace volar en todas direcciones...

—¡Canalla!—grita. Y le arroja las cartas a la cara.

LOS MUERTOS CALLAN

No aguantaba más tiempo sentado en el carruaje. Se bajó y paseó arriba y abajo. Ya había oscurecido. Las luces de las pocas farolas en aquella calle tranquila y retirada titilaban, movidas por el viento. Había dejado de llover. Las aceras estaban casi secas, pero las carreteras sin empedrar aún estaban húmedas, y en algunos puntos se habían formado pequeños charcos.

Es curioso, pensó Franz, que aquí, a cien pasos de la Praterstrasse, se sienta uno como transportado a una pequeña ciudad húngara cualquiera. De todos modos, aquí al menos podremos estar seguros. Aquí ella no se encontrará a ninguno de esos conocidos a los que tanto teme.

Miró el reloj... Las siete. Se había hecho de noche. Esta vez el otoño ha llegado temprano. Y el maldito mal tiempo.

Se levantó el cuello del abrigo y caminó más rápido. Los cristales de las farolas tintineaban. «Media hora más» se dijo «y podré irme. Ah, casi preferiría que fuera así.»

Se quedó parado en la esquina. Desde allí se divisaban las dos calles por las que podía llegar ella.

Sí, hoy vendrá, pensó, al tiempo que sujetaba su sombrero, que amenazaba con salir volando. Es viernes, hay reunión del claustro de profesores... Entonces es cuando ella se atreve a salir y puede incluso demorarse más tiempo... Oyó el campanilleo del tranvía. En aquel momento empezó a sonar también la campana de la cercana iglesia de Nepomuceno. La calle se animó. Ante él comenzó a pasar más gente. La mayoría, eso le pareció, empleados de las tiendas que cerraban a las siete. Todos caminaban deprisa, y con la tormenta, que dificultaba el paso, parecían inmersos en una suerte de lucha. Nadie se fijaba en él. Únicamente un par de dependientas levantaron la vista con ligera curiosidad. De pronto vio la conocida silueta que se acercaba deprisa. Corrió hacia ella. ¿A pie?, pensó. ¿Es ella?

Era ella. Cuando le vio, apresuró el paso.

—¿Vienes a pie?—preguntó él.

—Bajé del carruaje en el Karltheater. Creo que ya en una ocasión había viajado con ese mismo cochero.

Un hombre pasó ante ellos y miró a la dama fugazmente. El joven le observó con acritud, casi amenazador. El hombre continuó caminando con rapidez. La dama le siguió con la vista.

—¿Quién era?—preguntó inquieta.

—No le conozco. Aquí no hay conocidos, estate tranquila... Pero ahora date prisa. Subamos al carruaje.

—¿Es tu carruaje?

—Sí.

—¿Descubierto?

—Hace una hora hacía un tiempo magnífico...

Corrieron hacia él. La joven subió.

—¡Cochero!

—¿Y dónde está?—preguntó ella.

Franz miró alrededor.

—Es increíble—exclamó—. Ni rastro de él.

—¡Por el amor de Dios!—exclamó ella en voz baja.

—Espera un momento, pequeña mía. Seguro que está ahí.

El joven abrió la puerta que daba a una pequeña taberna. El cochero estaba sentado a una mesa con otras dos personas. Se levantó rápidamente.

—En seguida, caballero—dijo, y de pie apuró su vaso de vino de un solo trago.

—Pero, ¿qué le pasa?

—Perdone, señor . En seguida voy para allá.

Se apresuró tambaleándose un poco en dirección a los caballos.

—¿Adonde vamos, señores?

—Al Prater. Al pabellón de recreo.

El joven caballero subió al carruaje. La joven dama se reclinó, ocultándose por completo, casi agachada, en un rincón, bajo la capota abierta.

Franz le cogió ambas manos. Ella permaneció inmóvil.

—¿No vas a decirme ni buenas noches?

—Te lo ruego. Déjame sólo un instante. Aún estoy sin aliento.

El joven caballero se apoyó en su esquina. Ambos guardaron silencio durante un rato. El carruaje había llegado a la Praterstrasse, pasaba por delante del monumento al almirante Tegetthoff, y al cabo de unos pocos segundos voló por la ancha y oscura avenida del Prater. De pronto Emma estrechó a su amado con ambos brazos. Con delicadeza él retiró el velo que aún le separaba de sus labios y la besó.

—¡Al fin contigo!—dijo ella.

—¿Sabes cuánto tiempo hace que no nos vemos?—exclamó Franz.

—Desde el domingo.

—Sí, pero sólo de lejos.

—¿Cómo? Estuviste en nuestra casa.

—Sí, sí... En vuestra casa. Pero esto no puede seguir así. A vuestra casa no puedo volver. Pero, ¿qué te pasa?

—Un carruaje ha pasado junto al nuestro.

—Pequeña mía, sin duda alguna que la gente que hoy pasea por el Prater no se preocupa de nosotros.

—Ya lo sé. Pero alguien por casualidad puede echar una mirada aquí dentro.

—Es imposible reconocer a nadie.

—Te lo ruego. Vayamos a otro sitio.

—Como quieras.

Gritó al cochero, que parecía no oír. Después se inclinó hacia delante y le tocó con una mano. El cochero se volvió.

—Tiene usted que dar la vuelta. Y, ¿por qué azuza así a los caballos? No tenemos ninguna prisa. ¿Me oye? Vamos a... ¿Sabe usted? A la avenida que conduce al Puente Imperial.

—¿A la Reichsstrasse?

—Sí, pero no vaya usted tan deprisa. No tiene ningún sentido.

—Perdón, señor, es la tormenta. Pone a los caballos fuera de sí.

—Sí, claro, la tormenta.

Franz volvió a sentarse.

El cochero hizo girar a los caballos. Y volvieron por el mismo camino.

—¿Por qué no te vi ayer?—preguntó ella.

—¿Cómo hubiera podido?

—Creí que tú también estabas invitado en casa de mi hermana.

—Ah, ya.

—¿Por qué no estabas allí?

—Porque no puedo soportar verte con otras personas. No, nunca más.

Ella encogió los hombros.

—¿Y dónde estamos?—preguntó.

Entraban en la Reichsstrasse por debajo del puente del ferrocarril.

—Por ahí se va al gran Danubio—contestó Franz—. Estamos en el camino que lleva al Puente Imperial—y burlón, añadió: —¡Aquí no nos conoce nadie!

—El carruaje se zarandea de un modo espantoso.

—Sí, pero ahora entramos otra vez en pavimento.

—¿Por qué va así, en zigzag?

—Te lo parece a ti.

Pero a él también le pareció que el carruaje se movía de un lado a otro y más de lo necesario. No quiso decir nada al respecto, para no angustiarla aún más.

—Hoy tengo que hablar mucho y muy seriamente contigo, Emma.

—Entonces tienes que empezar pronto, porque hacia las nueve he de estar de vuelta en casa.

—Con dos palabras todo puede estar decidido.

—Dios, ¿esto qué es?—gritó ella.

El carruaje había entrado en el carril de un tranvía y cuando el cochero quiso salir de él, giró de modo tan brusco que estuvieron a punto de volcar. Franz agarró al cochero del abrigo.

—¡Deténgase!—le gritó—. ¡Está usted borracho!

El cochero hizo parar a los caballos.

—Pero, señor...

—Ven, Emma, bajémonos aquí.

—¿Dónde estamos?

—En el puente. El tiempo ya no anda tan revuelto. Vayamos un ratito a pie. En el carruaje no se puede hablar como es debido.

Emma se bajó el velo y le siguió.

—¿A esto le llamas tú no estar revuelto?—exclamó, cuando al bajarse un golpe de viento se le vino encima.

La cogió del brazo.

—Síganos—ordenó al cochero.

Caminaron adelante. Mientras ascendían por el puente poco a poco, ellos no hablaron, y cuando oyeron el agua discurriendo bajo sus pies, se quedaron un rato parados. Alrededor, la oscuridad era profunda. La ancha corriente se arrastraba gris hasta límites indefinidos. En la lejanía vieron unas luces de color rojo, que parecían suspendidas sobre el agua y se reflejaban en ella. Desde la orilla que ambos acababan de abandonar, temblorosas franjas de luz se hundían en el agua. Más allá era como si la corriente se perdiera entre las negras dehesas. Ahora pareció resonar un lejano trueno, que se acercaba cada vez más. Sin querer miraron los dos hacia el punto en el que centelleaban las luces rojas. Trenes con claras ventanas rodaban entre arcos de hierro; emergían de improviso en medio de la noche y en seguida volvían a hundirse. El estruendo se perdió poco a poco. Se hizo el silencio. Sólo el viento llegaba en rachas repentinas.

Tras el largo silencio, Franz dijo:

—Deberíamos irnos lejos.

—Claro—replicó Emma en voz baja.

—Deberíamos irnos lejos—insistió Franz muy animado—. Quiero decir muy lejos...

—No es posible.

—Porque somos unos cobardes, Emma. Por eso no es posible.

—¿Y mi hijo?

—Te lo dejaría. Estoy convencido.

—¿Cómo?—preguntó ella en voz baja—. ¿Huyendo de noche y en mitad de la niebla?

—No, nada de eso. No tienes más que decirle que no puedes seguir viviendo con él porque perteneces a otro.

—¿Estás en tus cabales, Franz?

—Si quieres te ahorro también eso y se lo digo yo mismo.

—No serás capaz, ¿verdad?

Trató de mirarla, pero en la oscuridad sólo pudo percibir que había levantado la cabeza y la había vuelto hacia él.

Guardó silencio durante un rato. Después habló con calma:

—No tengas miedo. No lo haré.

Se acercaban a la otra orilla.

—¿No oyes?—preguntó ella—. ¿Qué es eso?

—Viene de arriba.

Lentamente algo emergió de la oscuridad. Una débil luz roja se acercaba hacia ellos flotando en el aire. Pronto vieron que procedía de un pequeño farol sujeto al eje delantero de un carromato. Pero no pudieron ver si estaba cargado, ni si en él iba gente. Justo detrás aparecieron otros dos carromatos iguales. En el último pudieron ver a un hombre con traje de campesino que en aquel momento encendió su pipa. Los carromatos pasaron de largo. Después no oyeron más que el sonido ahogado del carruaje, que les seguía rodando lentamente a unos veinte pasos de distancia. Ahora el puente se inclinaba ligeramente hacia la otra orilla. Vieron que la calle se extendía ante ellos perdiéndose en la oscuridad entre los árboles. A su derecha y a su izquierda, allá abajo, se encontraban las dehesas. Era como asomarse al abismo. Tras un largo silencio, Franz exclamó:

—¡De modo que es la última vez...!

—¿Qué?—preguntó ella en un tono preocupado.

—Que estamos juntos. Quédate con él. Yo te digo adiós.

—¿Hablas en serio?

—Totalmente.

—¿Ves cómo eres tú el que siempre echa a perder las pocas horas que tenemos? ¡No yo!

—Sí, sí. Tienes razón—concedió Franz—. Ven, regresemos.

La tomó del brazo con más fuerza.

—No—dijo ella cariñosa—. Ahora no quiero. No permito que me despidan así.

Tiró de él y le besó largamente.

—¿Y adonde iríamos si siguiéramos por aquí sin parar?—preguntó después.

—Por aquí se va directo a Praga, pequeña mía.

—Tan lejos no—dijo ella—. Pero sí un poco más allá, si quieres.

Y, sonriendo, señaló la oscuridad.

—¡Eh, cochero!—exclamó Franz.

El hombre no oyó nada. Y Franz gritó:

—¡Pero deténgase!

El carruaje siguió adelante. Franz corrió tras él. Y vio que el cochero estaba dormido. Con un par de fuertes gritos le despertó.

—Vamos a seguir un poco más. La calle recta. ¿Me comprende?

—Está bien, señor.

Emma subió. Y tras ella, Franz. El cochero se lió a latigazos. Los caballos volaron como posesos por la calle embarrada. Pero ellos dos en el interior se mantuvieron fuertemente abrazados, mientras el carruaje los lanzaba de un lado a otro.

—¿No es esto también muy bonito?—susurró Emma muy cerca de su boca.

En aquel momento le pareció que el carruaje salía disparado por los aires. Se sintió arrojada, quiso agarrarse a algo, asió el vacío. Le pareció que giraba en círculo a una velocidad cada vez más frenética, de modo que tuvo que cerrar los ojos. Y de pronto se dio cuenta de que estaba tirada en el suelo. Y se hizo un completo y pesado silencio, como si se encontrara lejos del mundo entero y completamente sola. Después escuchó varias cosas entremezcladas: el ruido de los cascos de un caballo que golpeaban el suelo muy cerca de ella, un gemido apenas audible... Pero no podía ver nada. Y le entró un miedo atroz. Gritó. Y su miedo fue aún más grande, pues no oyó su propio grito. De repente supo lo que había ocurrido. El carruaje había

chocado con algo, probablemente con uno de los mojones, había volcado y ellos habían salido despedidos. ¿Dónde está?, fue lo siguiente que pensó. Gritó su nombre. Y se oyó a sí misma llamando, muy flojo, pero se oyó. No hubo respuesta. Trató de incorporarse, con lo que consiguió sentarse en el suelo, y cuando alargó las manos, sintió un cuerpo humano junto a ella. Ahora también podía ver algo a través de la oscuridad. Franz estaba tirado junto a ella, totalmente inmóvil. Rozó con la mano extendida su rostro. Sintió algo húmedo y caliente corriendo por encima. Se quedó sin respiración. ¿Sangre...? ¿Qué es lo que había ocurrido? Franz estaba herido e inconsciente. ¿Y el cochero? Le llamó. No hubo respuesta. Seguía sentada en el suelo. A mí no me ha pasado nada, pensó, aunque le dolía todo el cuerpo. Qué hago, qué hago... No es posible que no me haya ocurrido nada.

—¡Franz!—gritó.

Una voz respondió muy cerca:

—¿Dónde está, señorita? ¿Dónde está el señor? No ha pasado nada, ¿verdad? Espere, señorita. Enciendo el farol, para que veamos algo. No sé qué les pasa hoy a los frenos. Santo Dios, yo no tengo la culpa. Los malditos pencos se han metido por entre un montón de guijarros.

Emma, a pesar de que le dolía el cuerpo entero, se había incorporado del todo. El hecho de que al cochero no le hubiera ocurrido nada la tranquilizó un poco. Oyó cómo el hombre abría la tapa del farol y encendía una cerilla. Angustiada esperó la luz. No se atrevía a volver a tocar a Franz, que seguía tirado en el suelo a sus pies. Pensó: cuando no se ve, todo parece más terrible. Seguro que tiene los ojos abiertos... No será nada.

Un resplandor de luz llegó desde un lado. De pronto vio el carruaje, que para su sorpresa no estaba volcado en el suelo, sino tan sólo atravesado en la cuneta, como si se le hubiera roto una rueda. Los caballos estaban tranquilos. La luz se acercó. Vio el resplandor que se deslizaba por encima de un mojón, por encima del montón de guijarros de la cuneta. Después pasó por encima de los pies de Franz, se deslizó sobre su cuerpo, iluminó su rostro y se quedó allí parado. El cochero había colocado el farol en el suelo. Justo al lado de la cabeza del yaciente. Emma se puso de rodillas y le pareció que se le paraba el corazón al ver aquel rostro. Estaba pálido, con los ojos medio abiertos, de modo que sólo se veía lo blanco. De la sien derecha sobre la mejilla manaba lentamente un hilo de sangre, que se perdía en la garganta bajo el cuello. Los dientes superiores se habían quedado clavados en el labio inferior.

—¡No es posible!—musitó Emma.

También el cochero se había arrodillado y miraba fijamente aquel rostro. De repente agarró la cabeza con ambas manos y la levantó un poco.

—¿Qué hace?—gritó Emma con voz ahogada. Aquella cabeza que parecía sostenerse por sí sola la había asustado.

—Señorita, me parece que ha ocurrido una terrible desgracia.

—No es cierto—dijo Emma—. No puede ser. ¿Le ha ocurrido a usted algo? ¿Y a mí...?

El cochero dejó que la cabeza del inerte se hundiera lentamente en el regazo de Emma, que estaba temblando.

—Ojalá viniera alguien... Ojalá los campesinos hubieran pasado un cuarto de hora después...

—¿Y qué vamos a hacer?—preguntó Emma con labios temblorosos.

—Bueno, señorita, si el carruaje no se hubiera roto... Pero, así, está echado a perder... Tenemos que salir al camino, hasta que venga alguien.

Siguió hablando, sin que Emma comprendiera sus palabras, aunque entretanto pareció recobrar el sentido y supo lo que había que hacer.

—¿Cuánto hay hasta las casas más próximas?—preguntó.

—No mucho, señorita. Ahí en seguida está el Franz Josefsland... Tendríamos que ver las casas, si hubiera más luz. En cinco minutos estaríamos allí.

—Vaya usted. Yo me quedaré. Traiga gente.

—Sí, señorita. Aunque creo que es más inteligente que me quede aquí con ustedes. No tardará en pasar alguien. Al fin y al cabo estamos en la Reichsstrasse y...

—Sería demasiado tarde. Necesitamos un médico.

El cochero miró el rostro del que yacía inmóvil. Después, sacudiendo la cabeza, a Emma.

—Eso no puede usted saberlo—gritó Emma—. Y yo tampoco.

—Claro, señorita, pero, ¿dónde encuentro yo un médico en Franz Josefsland?

—Que alguien de allí vaya a la ciudad y...

—¡Señorita! ¿Sabe qué? Creo que allí tal vez pueden tener un teléfono. Y desde allí podríamos telefonear al servicio de socorro.

—Sí, ¡eso es lo mejor! ¡Váyase! ¡Corra, por el amor de Dios! Y traiga gente... Y... Se lo ruego, váyase. ¿Qué hace aún aquí?

El cochero examinó el pálido rostro que descansaba en el regazo de Emma.

—El servicio de socorro, un médico... No servirán de mucho.

—¡Váyase! ¡Por el amor de Dios! ¡Váyase!

—Ya me voy. Pero, señorita, que no le entre a usted miedo en mitad de la oscuridad.

Y echó a correr por la carretera.

—Yo no tengo la culpa, ¡Dios mío!—murmuró para sí—. También menuda idea, aventurarse en mitad de la noche por estas carreteras...

Emma estaba sola con aquel hombre inerte en la calle oscura. ¿Y ahora qué?, pensó. Si no es posible... Aquello le daba vueltas en la cabeza: no es posible. De pronto le pareció que alguien respiraba junto a ella. Se inclinó hacia delante, sobre los pálidos labios. No, de allí no salía ningún aliento. La sangre en la sien y en las mejillas parecía haberse secado. Miró fijamente los ojos, aquellos ojos rotos. Y tembló de miedo. Pero, ¿por qué no me lo creo? Es seguro... ¡Es la muerte! Y se estremeció. Tan sólo era consciente de una cosa: un muerto. Un muerto y yo. El muerto sobre mi regazo. Y con manos temblorosas apartó la cabeza, de modo que una vez más quedó en el suelo. Y fue entonces cuando le sobrevino una sensación de atroz desamparo. ¿Por qué habría mandado irse al cochero? ¡Qué disparate! ¿Qué va a hacer ella sola en la carretera con el cadáver? Y si viniera alguien... Pero, ¿qué va a hacer ella si viene alguien? ¿Cuánto tiempo tendrá que esperar ahí? Y de nuevo vio al muerto. No estoy sola con él, se le ocurrió. La luz está ahí. Y le pareció como si aquella luz fuera algo bueno y amable por lo que debía estar agradecida. Había más vida en aquella pequeña llama que en toda la vasta noche que la rodeaba. Sí, era casi como si aquella luz fuera una protección frente al pálido y espantoso hombre que yacía tirado en el suelo junto a ella... Y la miró tanto tiempo que se le fue la vista y la luz empezó a bailar. De pronto tuvo la sensación de que despertaba. ¡Dio un salto! No puede ser, es imposible, no pueden encontrarme aquí con él... Fue como si de pronto pudiera verse a sí misma en la carretera, con el muerto a sus pies y la luz. Y se vio como si en medio de la oscuridad su figura adquiriera un tamaño extraordinario. ¿A qué espero? ¿A la gente? ¿Para qué me necesitan? La gente vendrá y preguntará... Y yo... ¿Qué hago yo aquí? Preguntarán quién soy. ¿Y qué les voy a contestar? Nada. Cuando vengan, no diré una sola palabra. Guardaré silencio. Ni una palabra... No pueden obligarme.

De lejos llegaron unas voces.

¿Ya?, pensó. Escuchó con atención, angustiada. Las voces venían del puente. Podía ser gente a la que el cochero hubiera avisado. Pero quienes quiera que fueran, verían la luz... Y eso no podía ser, porque en ese caso la habrían descubierto.

Con el pie dio una patada al farol. Se apagó. Y se encontró en una oscuridad completa. No veía nada. Tampoco a él. Tan sólo el blanco montón de guijarros resplandecía un poco. Las voces se aproximaron. Empezó a temblarle todo el cuerpo. Que no me encuentren aquí. Por el

amor de Dios, es lo único que importa, sólo se trata de eso y de nada más... Estará perdida si alguien se entera de que es la amante de... Junta las manos en un espasmo. Reza para que la gente al otro lado de la carretera pase de largo, sin verla. Se mantiene a la escucha. Sí, de allá arriba... Pero, ¿de qué hablan? Son dos o tres mujeres. Han reparado en el carruaje, porque hablan sobre ello. Puede entender algunas palabras. Un carruaje... Un accidente... ¿Qué más dicen? No puede oírlo. Siguen adelante. Ya han pasado. ¡Gracias a Dios! Y ahora, ¿ahora qué? Ah, ¡por qué no estará muerta, como él! Qué envidia, para él todo ha pasado... Él ya no conoce ningún peligro, ningún temor. Ella en cambio tiembla por tantas cosas. Teme que la encuentren allí, que le pregunten «¿quién es usted?» Que la lleven a la policía, que todo el mundo se entere, que su marido, que su hijo...

Y no se da cuenta de que lleva ahí tanto tiempo de pie que es como si se hubiera quedado petrificada... Puede irse, allí no le es útil a nadie, y a sí misma se acarreará una desgracia... Y da un paso... Cuidado... Tiene que atravesar la cuneta... Al otro lado... Arriba... ¡Ah, es tan poco profunda! Y otros dos pasos, hasta que se encuentra en mitad de la calzada... Se queda quieta un momento, mira hacia delante, y en medio de la oscuridad puede seguir con la vista el camino gris. Allí, allí está la ciudad.

No puede verla... Pero la dirección está clara. Una vez más se da la vuelta. No está tan oscuro. Puede ver el carruaje perfectamente. También los caballos... Y si se esfuerza un poco más, percibe también algo parecido al contorno de un cuerpo humano, que yace tirado en el suelo. Abre mucho los ojos. Es como si algo la retuviera... Y piensa que es él, que quiere que se quede allí. Y siente su poder... Pero se libera de él con violencia. Y ahora se da cuenta: el suelo está demasiado húmedo. Se encuentra en la resbaladiza calzada y el polvo mojado no la deja escapar. Pero en ese momento echa a andar... Camina más rápido... Corre... Y se aleja de allí... De vuelta... ¡Hacia la luz, el bullicio, la gente! Corre a lo largo de la carretera, mantiene el vestido levantado, para no tropezar. El viento le da en la espalda, es como si la empujara hacia delante. Ya no sabe de qué huye. Le parece como si tuviera que huir del hombre pálido, que allí lejos, tras ella, yace tirado junto a la cuneta... Y se le ocurre pensar que se escapa de los vivos, que llegarán en seguida y la buscarán. ¿Qué pensarán? ¿No la seguirán? Pero ya no pueden alcanzarla, está cerca del puente. Ha sacado una buena ventaja. Después habrá pasado el peligro. No pueden sospechar quién es, nadie puede sospechar quién era la mujer que había cruzado la Reichsstrasse con aquel hombre. El cochero no la conoce. Tampoco la reconocerá si más adelante se la encuentra alguna vez. Y tampoco les preocupará saber quién era. ¿A quién le importa? Es más inteligente no haberse quedado allí. Y no es indecoroso. El propio Franz le habría dado la razón. Debe volver a casa, tiene un hijo, un marido, estaría perdida si la hubieran encontrado allí junto a su amante muerto.

Ahí está el puente. La calle parece más clara... Sí, ya oye las aguas corriendo como antes. Esta ahí, donde estuvo caminando con él del brazo... ¿Cuándo? ¿Cuándo? ¿Cuántas horas hace? No puede haber pasado mucho tiempo. ¿No mucho? ¡Tal vez sí! Tal vez haya permanecido mucho tiempo inconsciente. Tal vez hace mucho que es media noche. Tal vez esté cerca la mañana y a ella en casa ya la hayan echado de menos. No, no, eso no es posible. Se da cuenta de que en absoluto ha estado inconsciente. Ahora recuerda, con mayor precisión que en el primer momento, cómo salió despedida del carruaje, y que en seguida lo entendió todo. Corre por el puente y escucha el eco de sus pisadas. No mira ni hacia la derecha ni hacia la izquierda. Una figura viene a su encuentro. Ella modera sus pasos. ¿Quién puede ser? Alguien de uniforme. Pero ella camina muy despacio. No puede llamar la atención. Le parece que el hombre la mira fijamente. ¿Y si le pregunta algo? Está junto a él. Reconoce el uniforme. Es un guardia. Pasa ante él. Oye que se ha parado tras ella. Con esfuerzo se contiene para no echar otra vez a correr. Resultaría sospechoso. Sigue caminando tan despacio como antes. Oye el sonido del ferrocarril. No puede hacer mucho que es medianoche. Camina cada vez más deprisa. Corre hacia la ciudad, cuyas luces ya ve brillar bajo el viaducto al final

y cuyo ruido amortiguado cree percibir. La calle solitaria, y después, la salvación. En ese momento escucha desde lejos una aguda sirena, cada vez más aguda, cada vez más próxima. Un carruaje pasa junto a ella a toda velocidad. Sin pensar, se detiene y lo sigue con la vista. Es el servicio de socorro. Sabe adonde se dirige. ¡Qué rápido!, piensa... Es como si fuera magia. Por un instante le parece que debería llamar a esa gente, que debería ir con ellos, volver atrás, al lugar de donde ha venido... De pronto siente una vergüenza monstruosa, como nunca hasta entonces. Y sabe que se ha comportado como una cobarde, como una miserable. Pero a medida que el estruendo y la sirena se alejan, le embarga una alegría salvaje y corre hacia delante como si fuera una superviviente.

Viene gente hacia ella. Ya no tiene miedo. Lo peor ha pasado. El bullicio de la ciudad se hace más evidente. Cada vez hay una mayor claridad ante ella. Ve las hileras de casas de la Praterstrasse. Y le parece como si allí la esperara una riada de personas en medio de la cual podría desaparecer sin dejar huellas. Y cuando llega junto a una farola, tiene ya la tranquilidad suficiente como para mirar la hora. Son las nueve menos diez. Se lleva el reloj al oído: no se ha parado. Y piensa: estoy viva, sana y salva... Incluso mi reloj funciona. Y él... Él... Está muerto... El destino... Y le parece como si todo le hubiera sido perdonado... Como si ella nunca hubiera cometido una falta. Es evidente, sí, es evidente. Oye cómo dice estas palabras en voz alta. ¿Y si el destino hubiera determinado algo distinto? ¿Y si fuera ella la que ahora yaciera allí en la cuneta y él el que hubiera quedado con vida? Él no habría huido, no... Él no. Pero, claro, él es un hombre. Ella es una mujer... Y tiene un hijo, y un marido. Ha hecho bien... Es su deber... Sí, su deber. Sabe muy bien que no ha actuado de ese modo por sentido del deber... Pero sí que ha hecho lo correcto. Sin pensar... Como hace siempre la gente buena... A estas alturas ya la habrían descubierto. Ahora la estarían interrogando los médicos. ¿Y su marido, estimada señora? ¡Oh, Dios! Y mañana los periódicos... Y la familia... Destruida para siempre, y tampoco podría haberle devuelto la vida. Sí, eso era lo principal: se habría sacrificado para nada. Está bajo el puente del ferrocarril. Más allá... Más allá... Aquí está la columna de Tegetthoff, de donde parten tantas calles. Hoy, en esta noche otoñal, ventosa y de lluvia, queda poca gente en la calle, pero le parece como si la vida de la ciudad rugiera intensamente a su alrededor, pues en el lugar de donde viene reinaba la más horrible de las calmas. Tiene tiempo. Sabe que hoy su marido no llegará a casa hasta las diez. Aún puede incluso cambiarse de ropa. En ese momento se acuerda de examinar su vestido. Con horror se da cuenta de que está manchado por todas partes. ¿Qué le dirá a la doncella? Y le da por pensar que mañana en todos los periódicos podrá leerse la historia del accidente. En todas partes se hablará también de que en el carruaje iba una mujer, a la que después no encontraron. Y con este pensamiento volvió a temblar... Un descuido, y toda su cobardía habrá sido en vano. Pero tiene las llaves de casa. Puede abrir ella misma. No hará ningún ruido. Sube rápidamente a un coche de punto. Y cuando va a dar su dirección, se da cuenta de que tal vez sería imprudente, de modo que suelta el nombre de una calle cualquiera que se le ocurre en ese momento.

Cuando entran en la Praterstrasse, Emma querría sentir algo, pero no puede. Sólo tiene un deseo: estar en casa, a salvo. Todo lo demás le resulta indiferente. Desde el momento en el que decidió dejar solo al muerto tirado en la carretera, en su interior debió de enmudecer cualquier sentimiento que la hiciera capaz de lamentarse y dolerse por él. Ahora ya no puede sentir nada más que preocupación por sí misma. No es una desalmada... ¡Oh, no! Sabe a ciencia cierta que vendrán días en los que habrá de dudar. Tal vez entonces se derrumbe. Pero ahora en su alma no cabe más que el anhelo de estar en casa tranquila y con los ojos secos sentada a la misma mesa que su marido y su hijo. Mira a través de la ventana. El coche cruza la ciudad vieja. Está muy iluminada y hay bastante gente que pasa corriendo. De pronto le parece que todo lo que ha vivido en las últimas horas podría no ser verdad. Se le aparece como una pesadilla... Incomprensible desde el punto de vista real, irrevocable.

En una callejuela pasado el Ring manda parar el carruaje, se baja, tuerce rápidamente en la esquina y allí toma otro carruaje, al que da la verdadera dirección. Es como si fuera incapaz de comprender nada. ¿Dónde estará ahora?, se le ocurre pensar. Cierra los ojos y le ve ante ella tumbado en una camilla, en la ambulancia. Y de pronto le parece que está sentada junto a él, que va con él. Y el carruaje empieza a balancearse. Y ella tiene miedo de ser arrojada fuera, como entonces, y grita. En ese momento el carruaje se detiene. Emma se sobresalta. Está ante la puerta de su casa. Se baja deprisa, se apresura a atravesar el portal, con pasos silenciosos, de modo que el portero tras su ventana no se asome a mirar, sube las escaleras, abre con cuidado la puerta, para que no la oigan... Atraviesa el recibidor y se mete en su cuarto... ¡Lo ha conseguido! Enciende la luz, se quita rápidamente sus vestidos y los esconde bien al fondo en el armario. Por la noche se secarán... Mañana ella misma los limpiará y cepillará. Después se lava la cara y las manos y se pone una bata.

En ese momento suena la campanilla de la puerta de la calle. Oye a la doncella que se dirige hacia allí y la abre. Oye la voz de su marido. Oye cómo deja su bastón. Siente que ahora debe ser fuerte, sino todo podría haber sido inútil. Se apresura hacia el comedor, de modo que entra al tiempo que su marido.

—Ah, ¿ya estás en casa?—pregunta él.

—Claro. Hace rato.

—Es evidente que no te han visto entrar.

Emma sonríe, sin necesidad de hacer ningún esfuerzo. Sólo la agota el hecho de que además tenga que sonreír. Su marido la besa en la frente.

El pequeño ya está sentado a la mesa. Ha tenido que esperar mucho. Se ha dormido, con el libro sobre el plato. Su rostro descansa sobre el libro abierto. Emma se sienta a su lado. El marido frente a ella. Coge un periódico y le echa una ojeada. Después lo aparta y comenta:

—Los demás aún siguen allí sentados deliberando.

—¿Sobre qué?—pregunta ella.

Y el marido empieza a hablar de la sesión de hoy, largo y tendido. Emma hace como si escuchara, asiente de cuando en cuando.

Pero no oye nada. No sabe qué le está diciendo. Se siente bien, como alguien que de manera milagrosa ha escapado de terribles peligros... No es capaz de pensar en nada más que en una cosa: estoy salvada, estoy en casa. Y mientras su marido sigue contando, empuja su silla para acercarse más a su hijo, toma su cabeza y la estrecha entre sus brazos. Le embarga un cansancio indescriptible... No puede dominarse. Nota que la invade el sueño. Cierra los ojos.

De pronto una posibilidad, en la que no ha pensado desde el momento en que se levantara de la cuneta, se le pasa por la imaginación. ¡Y si no estuviera muerto! Y si él... Ah, no, no había ninguna duda... Aquellos ojos... Aquella boca... Y después... No salía ningún aliento de sus labios. Pero existe la muerte aparente. Hay casos que confunden incluso a un experto. Y ella sin duda alguna no lo es. ¿Y si está vivo? ¿Y si ha recobrado el conocimiento? ¿Y si se ha encontrado de pronto en mitad de la noche solo en la carretera...? ¿Y si la llama...? Por su nombre... ¿Y si al final teme que esté herida...? ¿Y si les dice a los médicos: había una mujer conmigo, tiene que haber salido despedida...? Y... Y... Sí, ¿entonces qué? La buscarán. Volverá el cochero trayendo gente desde Franz Josefsland... Dirá... La mujer estaba aquí cuando me fui. Y Franz sospechará. Franz lo sabrá... La conoce tan bien... Sabrá que ha huido de allí, y le invadirá una cólera atroz. Y dirá su nombre, para vengarse. Porque él está perdido... Y le perturbará tanto que le haya dejado solo en sus últimos momentos, que sin ningún miramiento dirá: «Era la señorita Emma, mi amante... Una cobarde y a su vez una necia, porque ustedes, queridos doctores, ¿verdad que no habrían preguntado por su nombre si se les hubiera pedido discreción? Ustedes la habrían dejado marcharse tranquila. Y yo también. Oh, sí. Sólo tenía que haberse quedado aquí hasta que llegaran ustedes. Pero como se ha portado tan mal, les diré quién es... Es...»

—¡Ah!

—¿Qué te ocurre?—pregunta el profesor muy serio, al tiempo que se levanta.

—¿Qué? ¿Cómo? ¿Qué pasa?

—Sí, ¿qué tienes?

—Nada.

Estrecha con más fuerza al chiquillo.

El profesor la observa un buen rato.

—¿Sabes que te has quedado traspuesta y que...?

—¿Y?

—De pronto has gritado.

—¿Sí?

—Tal y como se grita en sueños, cuando se tienen pesadillas. ¿Has soñado?

—No sé. No sé nada.

Y frente a ella, en el espejo de la pared, ve un rostro que sonríe, espantoso, desencajado. Sabe que es el suyo y sin embargo la hace estremecerse... Y se da cuenta de que se le quedará rígido, no puede mover la boca. Sabe que mientras viva esa sonrisa le asomará a los labios. Intenta gritar. Y nota cómo dos manos se posan sobre sus hombros y ve cómo entre su propio rostro y el del espejo se interpone el de su marido. Los ojos de él, inquisitivos y amenazadores, se hunden en los suyos. Sabe que si no supera esta última prueba, todo estará perdido. Y siente que vuelve a tener fuerzas, que se hace dueña de sus facciones, de sus miembros. En ese momento puede hacer con ellos lo que quiera, pero tiene que aprovecharlo, sino se acabó. Y con ambas manos toma las de su marido, que aún descansan sobre sus hombros. Tira de él hacia ella y le mira alegre y cariñosa.

Y al tiempo que nota los labios de su marido sobre su frente, piensa: por supuesto, una pesadilla. Él no se lo dirá a nadie, no se vengará nunca, nunca... Está muerto... Sin duda alguna está muerto... Y los muertos callan.

—¿Por qué dices eso?—pregunta de pronto su marido.

Emma se estremece.

—¿Qué he dicho?

Y le parece como si de repente lo hubiera contado todo en voz alta... Como si durante la cena hubiera confesado lo ocurrido esa noche... Y una vez más, al tiempo que siente que la mirada de horror con la que él la observa la va a hacer desfallecer, pregunta:

—¿Qué es lo que he dicho?

—Los muertos callan—repite su marido muy despacio.

—Sí—admite—. Sí.

Y por la expresión que lee en sus ojos se da cuenta de que no puede seguir ocultándoselo. Y los dos se miran durante un buen rato.

—Llévate al niño a la cama—dice él—. Creo que tienes algo que contarme.

—Sí—reconoce Emma.

Y sabe que en unos instantes a ese hombre, al que durante años ha estado engañando, le dirá toda la verdad.

Y mientras avanza lentamente con su hijo hacia la puerta, consciente de que los ojos de su marido aún siguen clavados en ella, le embarga una enorme serenidad, la sensación de que muchas cosas volverían a ser como antes...

EL CIEGO GERONIMO Y SU HERMANO

El ciego Geronimo se levantó del banco y cogió la guitarra, que estaba colocada sobre la mesa, junto al vaso de vino. Había percibido el lejano retumbar del primer carruaje. Tanteó el camino que tan bien conocía hasta llegar a la puerta abierta. Después bajó los estrechos peldaños de madera, que conducían directamente al patio cubierto. Su hermano le siguió, y ambos se colocaron junto a la escalera, con la espalda vuelta contra la pared, para protegerse del frío y húmedo viento que, sobre el suelo sucio y mojado, se colaba por el portón.

Todos los carruajes que tomaban el camino que atraviesa el Stilfserjoch tenían que pasar por debajo del sombrío arco de la posada. Para los viajeros, aquellos que desde Italia querían cruzar por allí hacia el Tirol, era la última parada antes de la subida, aunque la posada no invitaba a quedarse mucho tiempo, pues desde allí la carretera corría, sin grandes vistas, entre elevaciones peladas. El ciego italiano y su hermano Carlo pasaban allí los meses de verano como si estuvieran en su casa.

Entró el correo y poco después los demás carruajes. La mayoría de los viajeros permanecieron sentados, bien envueltos en sus mantas de viaje y en sus abrigos. Algunos bajaron e impacientes anduvieron de un lado a otro entre las puertas. El tiempo era cada vez peor. Una fría lluvia batía contra el suelo. Tras unos cuantos días hermosos, el otoño parecía haberse presentado de improviso y demasiado pronto.

El ciego se puso a cantar, acompañándose con la guitarra. Lo hizo con una voz irregular, a veces repentinamente chillona, como siempre que había bebido. De cuando en cuando, con una expresión de vana súplica, giraba la cabeza hacia arriba, aunque los rasgos de su rostro, con los oscuros cañones de la barba y los labios azulados, permanecían por completo inalterables. Su hermano mayor se encontraba junto a él, sin apenas moverse. Cuando alguien dejaba caer una moneda en el sombrero, daba las gracias inclinando la cabeza y con una rápida ojeada, como perdida, miraba al donante a la cara. Pero en seguida, un poco temeroso, volvía la vista y, como el hermano, contemplaba fijamente el vacío. Era como si sus ojos se avergonzaran de la luz que les estaba permitida y de la que no podían brindar ni un solo rayo al hermano ciego.

—Tráeme vino—ordenó Geronimo.

Y Carlo se fue, obedeciendo como siempre. Mientras subía los escalones, Geronimo empezó a cantar de nuevo. Como ya no escuchaba su propia voz, podía enterarse de lo que ocurría a su alrededor. Ahora percibió dos voces que susurraban muy cerca de él, la de un hombre y la de una mujer, ambos jóvenes. Pensó en la cantidad de veces que aquellos dos habrían hecho ya el mismo camino, arriba y abajo, pues en su ceguera y en su ebriedad a veces le parecía como si día tras día fueran siempre las mismas personas las que atravesaban aquel paso de montaña. Tan pronto desde el norte hacia el sur, como desde el sur hacia el norte. Y así también a aquella joven pareja la conocía desde hacía mucho tiempo.

Carlo bajó y alcanzó a Geronimo un vaso de vino. El ciego lo movió en dirección a la joven pareja y dijo:

—¡A su salud, señores míos!

—Gracias—contestó el muchacho. Pero la joven se lo llevó de allí, pues aquel ciego le resultaba inquietante.

En aquel momento entró un carruaje con un grupo muy bullicioso: el padre, la madre, tres niños y una criada.

—Una familia alemana—informó Geronimo a su hermano en voz baja.

El padre dio a cada niño una moneda, para que cada cual echara la suya en el sombrero del mendigo. Geronimo dio las gracias inclinando la cabeza una y otra vez. El mayor de los chicos miró al ciego a la cara con temerosa curiosidad. Carlo le observó. Siempre que veía a

un niño como aquél, no podía evitar pensar que Geronimo tenía precisamente esa edad cuando ocurrió la desgracia que le llevó a perder la vista. Pues aún hoy se acordaba de aquel día, tras casi veinte años, con total precisión. Aún hoy resonaba en sus oídos el agudo grito infantil con el que el pequeño Geronimo se desplomó sobre el césped. Aún hoy veía el sol jugando y enroscándose en el blanco muro del jardín y volvía a escuchar las campanas del domingo, que habían sonado en aquel preciso momento. Había disparado su dardo como tantas otras veces en dirección al fresno que había junto al muro, y cuando escuchó el grito, pensó en seguida que debía de haber herido a su hermano pequeño, que acababa de pasar corriendo. La cerbatana se le escurrió de las manos. Saltó por la ventana hasta el jardín y se inclinó sobre su hermano, que estaba tirado en la hierba, con las manos apretadas contra la cara, gimiendo. Por la mejilla derecha y por el cuello le caía la sangre. En aquel momento, el padre, que volvía del campo, entró por la pequeña puerta del jardín, y ambos se encontraron sin saber qué hacer arrodillados junto al niño que no paraba de gemir. Algunos vecinos llegaron corriendo. El viejo Vanetti fue el primero que consiguió apartar las manos del niño de su rostro. Y llegó también el herrero, con el que Carlo por entonces estaba aprendiendo el oficio y que tenía algunos conocimientos de medicina. Él vio en seguida que el ojo derecho estaba perdido. El médico, que llegó de Poschiavo por la noche, tampoco pudo hacer nada. E incluso les alertó acerca del peligro que amenazaba al otro ojo. Y no se equivocó. Un año después, para Geronimo el mundo se había sumido en la oscuridad. Al principio intentaron hacerle creer que podrían curarle más adelante y él pareció creerlo. Carlo, que sabía la verdad, vagaba día y noche por la carretera, entre los viñedos y por los bosques, y estuvo a punto de suicidarse, pero el religioso al que se confió le hizo ver que su obligación era vivir y dedicar su vida al hermano. Carlo lo comprendió. Le invadió una inmensa piedad. Sólo cuando estaba con el chico ciego, cuando le acariciaba el pelo, cuando podía besarle la frente, contarle historias, cuando le llevaba a pasear por los campos detrás de la casa y por entre los emparrados, conseguía mitigar su tormento. Desde el principio dejó de acudir a la herrería, porque no quería separarse del hermano. Después ya no pudo retomar el aprendizaje, a pesar de que su padre, preocupado, le apremió a que lo hiciera. Un buen día Carlo se dio cuenta de que Geronimo había dejado por completo de hablar de su desgracia. Pronto supo por qué: el ciego estaba convencido de que nunca volvería a ver el cielo, las colinas, las calles, las gentes, la luz. Y Carlo sufrió aún más que antes, por mucho que tratara de calmarse con la idea de que si bien él mismo había provocado aquella desgracia, había sido sin querer. Y a veces, cuando muy de mañana contemplaba a su hermano, durmiendo junto a él, le sobrecogía tal miedo de verle despertar que corría hacia el jardín, sólo para no tener que presenciar cómo aquellos ojos muertos parecían buscar cada día la luz que para ellos se había extinguido para siempre. Fue por aquella época cuando a Carlo se le ocurrió que a Geronimo, que tenía una voz agradable, se le podía enseñar música. El maestro de Tola, que subía algún domingo hasta allí, le enseñó a tocar la guitarra. El ciego aún no sabía que aquel arte recién aprendido se habría de convertir en su medio de vida.

Desde aquel triste día de verano la desgracia pareció que se había instalado para siempre en casa del viejo Lagardi. La cosecha se perdió año tras año. La pequeña suma de dinero que el viejo había ahorrado, se la arrebató con engaños un pariente. Y cuando un día de agosto, en mitad del campo, sufrió un ataque de apoplejía y murió, no dejó más que deudas. La pequeña propiedad fue vendida. Ambos hermanos se encontraron sin techo, en la pobreza, y abandonaron el pueblo.

Carlo tenía veinte años. Geronimo, quince. Entonces comenzó la vida de vagabundeo y mendicidad que habían llevado hasta hoy. Al principio Carlo pensó que podría encontrar algún trabajo con el que alimentarse tanto él como su hermano, pero no lo consiguió. Tampoco Geronimo se sentía a gusto en parte alguna. Siempre quería estar en camino.

Hacía ya veinte años que vagaban por carreteras y pasos de montaña, por el norte de Italia y el sur del Tirol, siempre allí donde el tráfico de viajeros fuera más intenso.

Y a pesar de que a Carlo, después de tantos años, ya no le afligía la angustia punzante que en otro tiempo le inundara con cada rayo de sol o al ver una agradable comarca, le embargaba una firme y amarga compasión, en todo momento y sin que él lo supiera, tan presente como el latido de su corazón o su aliento. Y cuando Jerónimo se emborrachaba, él se sentía feliz.

El carruaje con la familia alemana se había marchado. Carlo se sentó, como a él le gustaba, en los últimos peldaños de la escalera. Geronimo en cambio dejó los brazos caídos, colgando, y mantuvo la cabeza vuelta hacia arriba.

María, la sirvienta, salió de la posada.

—¿Habéis ganado mucho hoy?—preguntó desde arriba.

Carlo no se volvió. El ciego se inclinó sobre su vaso, lo levantó del suelo y bebió a la salud de María, que algunas veces por la noche se sentaba con él en la posada. También él sabía que era bonita.

Carlo se inclinó hacia delante y miró en dirección a la calle. El viento soplaba y la lluvia caía sin cesar, de modo que el retumbar del carruaje que se aproximaba pasó desapercibido entre los fuertes ruidos. Carlo se levantó y tomó de nuevo asiento junto a su hermano.

Geronimo empezó a cantar cuando el carruaje, en el que sólo había un pasajero, ya estaba entrando. El cochero desenganchó rápidamente los caballos. Después corrió hacia arriba, a la posada. El viajero se quedó un rato sentado en su rincón, envuelto en una gabardina gris. Parecía no oír el canto, pero al cabo de un rato saltó del carruaje y con precipitación corrió de un lado a otro, sin alejarse demasiado. No paraba de frotarse las manos, para entrar en calor. Sólo entonces pareció notar la presencia de los mendigos. Se puso frente a ellos y los examinó largo y tendido. Carlo inclinó levemente la cabeza, como saludando. El viajero era un hombre muy joven, de rostro hermoso y barbilampiño y ojos inquietos. Tras quedarse un buen rato ante los mendigos, volvió a correr hacia el portón, por el que habría de continuar su camino, y, ante la triste vista envuelta en lluvia y niebla, sacudió la cabeza disgustado.

—¿Y bien?—preguntó Geronimo.

—Aún nada—contestó Carlo—. Nos dará algo cuando se marche.

El viajero regresó y se apoyó en el eje del carruaje. El ciego empezó a cantar. De pronto el joven pareció escuchar con gran interés. Apareció el mozo de cuadra y volvió a enganchar los caballos. Sólo entonces, como si acabara de darse cuenta, el joven agarró la bolsa y dio a Carlo una moneda de un franco.

—Oh, gracias, gracias—dijo Carlo.

El viajero se sentó en el carruaje y de nuevo se envolvió en su gabardina. Carlo cogió el vaso del suelo y subió los peldaños de madera. Geronimo siguió cantando. El viajero se inclinó fuera del carruaje y sacudió la cabeza con una expresión al mismo tiempo de superioridad y de tristeza. De repente pareció que se le había ocurrido algo y, sonriendo, le preguntó al ciego, que se encontraba apenas a dos pasos de él:

—¿Cómo te llamas?

—Geronimo.

—Pues bien, Geronimo, no dejes que te engañen.

En aquel momento, en el peldaño más alto de la escalera apareció el cochero.

—¿Cómo dice, señor? ¿Engañar?

—Sí. A tu compañero le he dado una moneada de veinte francos.

—Oh, señor. ¡Gracias, gracias!

—Sí, de modo que ten cuidado.

—Es mi hermano, señor. Él no me engaña.

El joven se quedó un tanto confuso, pero mientras seguía reflexionando, el cochero había subido ya al pescante y arreó a los caballos. El joven se echó hacia atrás moviendo la cabeza, como queriendo decir: ¡Fatalidad, sigue tu camino! Y el carruaje partió.

El ciego hizo vivos gestos de agradecimiento con ambas manos. En aquel momento oyó a Carlo, que venía de la posada y que gritó:

—Ven, Geronimo, aquí arriba hace calor. Maria ha encendido el fuego.

Geronimo inclinó la cabeza en señal de aprobación, cogió la guitarra bajo el brazo y agarrado a la barandilla fue tanteando los escalones. Desde la escalera, chilló:

—¡Déjame tocarla! ¿Hace cuánto que no toco una moneda de oro?

—¿Qué pasa?—preguntó Carlo—. ¿Qué estás diciendo?

Geronimo ya había llegado arriba y con ambas manos cogió la cabeza de su hermano, un gesto con el que siempre trataba de expresar alegría o cariño.

—Carlo, querido hermano. ¡Aún quedan buenas gentes!

—Cierto—dijo Carlo—. Hasta ahora hemos reunido dos liras y treinta céntimos. Y aquí hay también dinero austriaco, probablemente media lira.

—Y veinte francos... ¡ Y veinte francos! —gritó Geronimo—. ¡ Lo sé!

Se tambaleó por la estancia y se sentó en el banco.

—¿Qué es lo que sabes?—preguntó Carlo.

—¡Déjate de bromas! Dámela. ¿Cuánto hace que no tengo una moneda de oro en la mano?

—¿Qué es lo que quieres? ¿De dónde iba a sacar yo una moneda de oro? Tenemos dos o tres liras.

El ciego golpeó la mesa.

—¡Ya está bien! ¡Ya está bien! ¿Acaso quieres ocultármelo?

Carlo miró a su hermano preocupado y sorprendido. Se sentó junto a él, se acercó mucho y, como apaciguándole, le cogió del brazo:

—No te oculto nada. ¿Cómo puedes pensar eso? A nadie se le ha ocurrido darme una moneda de oro.

—¡Pero si me lo ha dicho!

—¿Quién?

—El joven que corría de un lado a otro.

—¿Cómo? ¡No te entiendo!

—Es lo que me ha dicho: «¿Cómo te llamas?» Y después: «Ten cuidado, ¡no dejes que te engañen!»

—Debes de haberlo soñado, Geronimo. Es absurdo.

—¿Absurdo? Lo he oído, y oigo muy bien: «No dejes que te engañen. Le he dado una moneda de oro...» No, no, dijo: «Le he dado una moneda de veinte francos.»

En aquel momento entró el posadero.

—Bueno, ¿qué pasa con vosotros? ¿Habéis abandonado el negocio? Acaba de entrar un carruaje tirado por cuatro caballos.

—¡Vamos!—gritó Carlo—.¡Vamos!

Geronimo se quedó sentado.

—¿Por qué? ¿Por qué habría de ir? ¿De qué me sirve? Si tú estarás cerca y...

Carlo le rozó el brazo.

—Calla. ¡Ahora baja!

Geronimo guardó silencio y obedeció a su hermano, pero cuando estaban en la escalera, le dijo:

—¡Ya hablaremos! ¡Ya hablaremos!

Carlo no entendía qué era lo que había pasado. ¿Acaso Geronimo se había vuelto loco de repente? Pues, aunque con facilidad se ponía furioso, hasta ahora nunca había hablado de aquel modo.

En el carruaje que acababa de entrar venían dos ingleses. Carlo levantó el sombrero ante ellos, y el ciego empezó a cantar. Uno de los ingleses se bajó y echó algunas monedas en el sombrero. Carlo le dio las gracias y después, como para sí mismo, dijo:

—Veinte céntimos.

El rostro de Geronimo permaneció impasible. Empezó una nueva canción. Y el carruaje con los dos ingleses se marchó de allí.

Ambos hermanos subieron las escaleras en silencio. Geronimo se sentó en el banco. Y Carlo se quedó de pie junto a la chimenea.

—¿Por qué no hablas?—preguntó Geronimo.

—Pues bien—contestó Carlo—, sólo puede ser como te he dicho.

Su voz temblaba un poco.

—¿Qué has dicho?—preguntó Geronimo.

—Tal vez se tratara de un loco.

—¿Un loco? Eso sí que es bueno. ¡Si alguien dice «le he dado a tu hermano veinte francos» es que está loco! ¿Y por qué ha dicho «no dejes que te engañen»? ¿Eh?

—Tal vez no estuviera loco... Pero hay gente que se burla de nosotros los pobres...

—¡Eh!—gritó Geronimo—. ¿Burlarse? Encima tenías que decir eso. Me lo esperaba.

Y se bebió el vaso de vino que tenía ante él.

—¡Pero, Geronimo!—exclamó Carlo, y se dio cuenta de que estaba tan aturdido que apenas podía hablar—. ¿Por qué habría yo de...? ¿Cómo puedes pensar...?

—¿Por qué te tiembla la voz? ¿Eh? ¿Por qué?

—Geronimo, te aseguro que...

—¡No te creo! Y ahora te ríes, lo sé, te estás riendo.

El mozo llamó desde abajo:

—¡Eh, ciego!, ha llegado gente.

Maquinalmente, los hermanos se levantaron y bajaron las escaleras. Acababan de llegar dos carruajes. Uno con tres caballeros. El otro con un matrimonio mayor. Geronimo se puso a cantar. Carlo estaba junto a él, desconcertado. ¿Qué podía hacer? ¡Su hermano no le creía! ¿Cómo era posible? Y angustiado observó a Geronimo, quien con voz quebrada cantaba sus melodías. Le pareció que por aquella frente pasaban en desbandada unas ideas que hasta entonces él nunca había sospechado que pudiera albergar.

Los carruajes ya se habían ido, pero Geronimo seguía cantando. Carlo no se atrevió a interrumpirle. No sabía qué decir. Temía que su voz volviera a temblar. En aquel momento se oyó una risa allá arriba y María gritó:

—¿Qué haces cantando aún? Yo no te voy a dar nada.

Geronimo se detuvo en mitad de una melodía. Sonó como si su voz y las cuerdas se hubieran roto al mismo tiempo. Después volvió a subir las escaleras, y Carlo le siguió. En la posada se sentó junto a él. ¿Qué debía hacer? No le quedaba más remedio: tenía que volver a intentarlo y aclarárselo.

—Geronimo—dijo—, te juro... Piénsalo, Geronimo, ¿cómo puedes creer que yo...?

Geronimo guardó silencio. Sus ojos ciegos parecían contemplar la niebla gris a través de la ventana. Carlo siguió hablando:

—Está bien, no tiene por qué ser un loco. Se habrá equivocado... Sí, se ha equivocado.

Pero se dio cuenta de que ni él mismo creía lo que estaba diciendo.

Geronimo, impaciente, se apartó, pero Carlo siguió hablando, con repentina animación:

—¿Por qué habría yo...? Sabes muy bien que ni como ni bebo más que tú, y que si me compro una chaqueta nueva... Pero si lo sabes... ¿Para qué iba yo a querer tanto dinero? ¿Qué iba yo a hacer con él?

Geronimo apretó los dientes, echándolos hacia delante:

—¡No mientas! Sé que mientes.

—¡No miento, Geronimo, no miento!—replicó Carlo asustado.

—Se lo has dado ya a ella, ¿eh? ¿O se lo vas a dar luego?—gritó Geronimo.

—¿A María?

—¿A quién si no? ¿Eh, mentiroso? ¡Ladrón!

Y como si no quisiera seguir sentado a la mesa junto a él, le dio con el codo en el costado.

Carlo se puso en pie. Primero miró a su hermano, después abandonó la estancia y por las escaleras bajó al patio. Con los ojos muy abiertos contempló la carretera, que se hundía ante él entre la parda niebla. La lluvia había cesado. Metió las manos en los bolsillos del pantalón y salió a tomar el aire. Le pareció como si su hermano le hubiera echado de allí. ¿Qué es lo que había ocurrido? Seguía sin comprenderlo. ¿Qué tipo de persona haría eso? Dar un franco y decir que eran veinte. ¡Tenía que tener algún motivo para hacerlo! Y Carlo buscó en su memoria si en algún lugar se había ganado algún enemigo, alguien que hubiera podido enviar a otro para vengarse... Pero, hasta donde podía recordar, jamás había ofendido a nadie, nunca había tenido una seria disputa con nadie. Desde hacía veinte años no había hecho otra cosa más que andar de patio en patio o al borde de los caminos con el sombrero en la mano... ¿Habría alguien que le guardara rencor por una mujer? Pero cuánto hacía que no tenía nada que ver con ninguna... La camarera de La Rosa había sido la última, la primavera pasada... Pero estaba seguro de que nadie le envidiaría por ella... ¡No había quien lo entendiera! ¿Cómo era realmente la gente de allá fuera, en el mundo que él no conocía? Venían de todas partes... ¿Qué sabía él de ellos? Para aquel extraño, lo que le había dicho a Geronimo debía de tener algún significado: «A tu hermano le he dado veinte francos...» Pues bien... Y ahora, ¿qué iba a hacer? Estaba claro que Geronimo no se fiaba de él. Y eso no podía soportarlo. Tenía que hacer algo... Volvió corriendo.

Cuando entró de nuevo en la fonda, Geronimo, que se había tumbado sobre el banco, no pareció percatarse de su llegada. Maria trajo de comer y de beber para los dos. Durante la comida no pronunciaron una sola palabra. Y cuando Maria recogió los platos, Geronimo de pronto se rió y le dijo:

—¿Qué te vas a comprar?

—¿Con qué?

—¡Vamos! ¿Una falda nueva? ¿O unos pendientes?

—Pero, ¿qué es lo que quiere de mí?—preguntó ella, volviéndose hacia Carlo.

Entretanto en el patio retumbaron varios carros de carga. Llegaron fuertes voces y Maria se apresuró a bajar. Al cabo de un par de minutos subieron tres carreteros y se sentaron a una mesa. El posadero se acercó a ellos y les saludó. Ellos maldijeron el mal tiempo.

—Esta noche vais a tener nieve—dijo uno.

El segundo contó que hacía diez años, en el Joch, la nieve le había cubierto en pleno mes de agosto y que había estado a punto de morir congelado. Maria se sentó con ellos. También se acercó el mozo y se interesó por sus padres, que vivían abajo, en Bormio.

En aquel momento llegó otro carruaje con viajeros. Geronimo y Carlo bajaron. Geronimo cantó. Carlo tendió el sombrero y los viajeros dieron sus limosnas. Geronimo ahora parecía muy tranquilo. De cuando en cuando preguntaba:

—¿Cuánto?—y a las respuestas de Carlo asentía ligeramente con la cabeza. Entre tanto, Carlo trató de ordenar sus ideas, pero tenía la vaga impresión de que había sucedido algo terrible y de que estaba totalmente indefenso.

Mientras los hermanos volvían a subir las escaleras, oyeron cómo allá arriba los carreteros hablaban a la vez desordenadamente y se reían. Al entrar, el más joven le espetó a Geronimo:

—Cántanos también algo a nosotros. Vamos a pagar—y dirigiéndose al resto, añadió: —¿Verdad?

Maria, que en aquel momento entraba con una botella de vino tinto, dijo:

—No os metáis con él. Está de mal humor.

Por toda respuesta, Geronimo se plantó en mitad de la estancia y empezó a cantar. Cuando terminó, los carreteros aplaudieron.

—¡Ven aquí, Carlo!—gritó uno—. Queremos echar te las monedas en el sombrero, como la gente de ahí abajo.

Cogió una pequeña moneda y la mantuvo en alto, como para dejarla caer en el sombrero que Carlo le alcanzó, pero el ciego agarró el brazo del carretero y dijo:

—Mejor a mí. ¡Mejor a mí! Podría caer fuera.

—¿Cómo que fuera?

—Eh, pues... ¡Entre las piernas de Maria!

Todos rieron. También el posadero y Maria. Sólo Carlo se quedó rígido. Geronimo jamás había hecho semejantes bromas...

—Siéntate con nosotros—exclamaron los carreteros—. Eres un tipo divertido.

Y se arrimaron unos a otros para hacerle sitio. Todos hablaban al tiempo, cada vez más alto y con mayor desorden. Geronimo hablaba también, más fuerte y más alegre que nunca, y no paró de beber. Cuando Maria volvió a entrar, quiso atraerla hacia él. Uno de los carreteros le dijo, riendo:

—¿De verdad crees que es bonita? Si es una vieja horrible...

Pero el ciego atrajo a María hacia su regazo.

—Sois todos idiotas—dijo—. ¿Creéis que necesito ojos para ver? También se dónde está Carlo ahora... Ahí, junto a la chimenea. Está ahí, con las manos en los bolsillos del pantalón, riendo.

Todos miraron a Carlo que, en efecto, apoyado en la chimenea y con la boca abierta, torcía en aquel momento la cara, sonriendo de lado, como si no quisiera desmentir lo que su hermano había dicho.

Entró el mozo. Si los señores querían llegar a Bormio antes de que anocheciera, tenían que darse prisa. Los carreteros se pusieron en pie y se despidieron con gran alboroto. Ambos hermanos se encontraban de nuevo solos en la posada. Era la hora en la que por lo general solían irse a dormir. Toda la posada se hundió en el silencio, como ocurría siempre durante las primeras horas de la tarde. Geronimo, con la cabeza sobre la mesa, parecía dormir. Carlo caminó al principio de un lado a otro. Después se sentó en el banco. Estaba muy cansado. Le pareció que estaba atrapado en una pesadilla. Tenía que pensar en todo, en el día de ayer, en el de antes de ayer y en todos los demás, en especial en los cálidos días del verano y en las blancas carreteras por las que solía caminar con Geronimo. Y todo parecía tan lejano e inconcebible como si nunca hubiera sucedido.

A última hora de la tarde llegó el correo del Tirol y, poco después, a pequeños intervalos, algunos carruajes que tomaron el mismo camino hacia el sur. Los hermanos tuvieron que volver aún en cuatro ocasiones al patio. Cuando bajaron por última vez, había empezado a oscurecer y la lamparilla de aceite, que colgaba de las vigas del techo, parpadeaba. Llegaron unos trabajadores de una cercana cantera, que habían levantado sus cabañas de madera a unos doscientos metros de la posada. Geronimo se sentó con ellos. Carlo se quedó solo en su mesa. Le pareció que su soledad duraba ya mucho. Oyó cómo Geronimo en voz muy alta, casi gritando, contaba cosas de su niñez: que aún se acordaba muy bien de todo aquello que había visto con sus ojos, personas y objetos. De cómo trabajaba su padre en el campo. Del pequeño jardín con el fresno junto al muro. De la humilde casucha que tenían. De las dos pequeñas hijas del zapatero. Del viñedo detrás de la iglesia. Sí, y de su propio rostro de niño, reflejado en el espejo. Cuántas veces había escuchado Carlo todo aquello. Pero ahora no podía soportarlo. Sonaba diferente. Cada palabra que pronunciaba Geronimo, adquiría un significado nuevo y a Carlo le parecía que iba dirigida contra él. Se fue de allí sin hacer ruido y de nuevo salió a la carretera, ahora completamente a oscuras. La lluvia había cesado. El aire

era muy frío y la idea de seguir caminando, cada vez más lejos, hundiéndose en las tinieblas, de tumbarse tal vez en algún lugar de la cuneta y dormirse, casi le pareció tentadora.

De pronto escuchó el retumbar de un carruaje y vio el resplandor de dos faros, acercándose cada vez más. En el interior del carruaje, que pasó junto a él, había dos hombres. Uno de ellos, de rostro delgado y sin barba, se sobresaltó cuando la figura de Carlo surgió en medio de las tinieblas iluminada por los faros. Carlo, que se había quedado de pie, alzó el sombrero. El carruaje y las luces desaparecieron. Carlo se encontraba de nuevo en la más profunda oscuridad. De pronto se asustó. Por primera vez en su vida, la oscuridad le daba miedo. Y le pareció que no podría soportarla ni un minuto más. De un modo extraño, los escalofríos que sentía por sí mismo se mezclaron en sus embotados sentidos con una atormentadora compasión hacia el hermano ciego y le llevaron a volver corriendo a casa.

Cuando entró en la posada, vio a los dos viajeros que acababan de pasar ante él, sentados a una mesa, tomando una botella de vino tinto y hablando con vehemencia entre sí. Apenas levantaron la vista cuando él entró.

En la otra mesa Geronimo seguía sentado entre los trabajadores.

—¿Dónde te metes, Carlo?—le preguntó el posadero, ya en la puerta—. ¿Por qué dejas solo a tu hermano?

—¿Qué pasa?—preguntó Carlo asustado.

—Geronimo convida a esas gentes. A mí me da lo mismo, pero deberías pensar que pronto vendrán malos tiempos.

Carlo se acercó rápidamente a su hermano y le cogió por el brazo.

—¡Ven!

—¿Qué quieres?—gritó Geronimo.

—Ven a dormir—dijo Carlo.

—¡Déjame! ¡Déjame! Yo gano el dinero y puedo hacer con él lo que quiera... No puedes embolsártelo todo. Vosotros creeréis que me lo da todo. ¡Pues no! Yo soy ciego. Pero hay personas... Hay personas buenas que me dicen: «Le he dado a tu hermano veinte francos.»

Los obreros se rieron a carcajadas.

—Ya basta—dijo Carlo—. ¡Vamos!

Y tiró del hermano, arrastrándolo escaleras arriba, hasta el pobre desván en el que dormían. Por el camino, Geronimo iba gritando:

—Sí, al fin ha llegado el día. Sí, ahora lo sé. Esperad. ¿Dónde está ella? ¿Dónde está Maria? ¿O se lo metes en la hucha? ¡Eh! Yo canto para tí. Toco la guitarra para ti. Vives de mí. ¡Eres un ladrón!

Geronimo cayó sobre el jergón de paja.

Desde el pasillo entraba un débil resplandor. Al otro lado, la puerta del único cuarto de huéspedes que había en la posada estaba abierta. Maria estaba preparando las camas para la noche. Carlo se paró frente a su hermano y le contempló allí tirado, con el rostro embotado, los labios azules, el cabello húmedo pegado a la frente, con aspecto de tener muchos más años de los que tenía. Y poco a poco empezó a comprender. La desconfianza del ciego no podía ser cosa de hoy. Hacía mucho que debía de estar en él, latente, esperando la ocasión, pues tal vez le había faltado el valor para expresarla. Todo lo que Carlo hiciera por él había sido en vano. En vano, el remordimiento. En vano, el sacrificio de toda su vida. ¿Qué podía hacer? ¿Debía seguir día tras día, quién sabe aún por cuánto tiempo, guiándole a través de la noche eterna, atendiéndole, pidiendo limosna para él, sin más recompensa que la desconfianza y el oprobio? Si su hermano le tenía por un ladrón, cualquier extraño podía hacer lo mismo o algo peor. En verdad, dejarle solo, separarse para siempre de él, sería lo más inteligente. Entonces Geronimo tendría que darse cuenta de lo injusto que había sido, pues vería lo que es ser engañado y que a uno le roben, estar solo y en la miseria. Pero, ¿qué haría él? Bueno, aún no

era muy mayor. Si estuviera solo, podría empezar algo. Por lo menos de criado podía encontrar empleo en cualquier sitio.

Pero mientras estas ideas rondaban por su cabeza, sus ojos seguían fijos en su hermano. Y de pronto le vio ante él, solo, al borde de una carretera iluminada por el sol, sentado en una piedra, con los ojos abiertos, blancos, mirando fijamente al cielo, que no podía cegarle, y tanteando con las manos la noche que siempre le rodeaba. Y sintió que, igual que el ciego no tenía a nadie más que a él en el mundo, tampoco él tenía a nadie más que a aquel hermano. Comprendió que el amor que sentía por Geronimo era lo único que llenaba su vida. Y por primera vez supo con toda claridad que solamente el creer que el ciego correspondía a aquel amor y que le había perdonado era lo que le había permitido sobrellevar con tanta paciencia aquella desgracia. Ni una sola vez había renunciado a aquella esperanza. Sintió que tenía tanta necesidad de su hermano como su hermano de él. No podía, no quería abandonarle. Tendría que soportar la desconfianza o bien encontrar un medio para convencer al ciego de lo infundado de su sospecha... Sí, si pudiera conseguir de algún modo una moneda de oro. Así por la mañana temprano podría decirle al ciego: «Sólo la había guardado, para que no te la gastaras bebiendo con los trabajadores, para que la gente no te la robara.» O alguna otra cosa...

Oyó unos pasos que se acercaban por las escaleras. Los viajeros se iban a descansar. De pronto cruzó por su cabeza la idea de tocar a la puerta de aquellos desconocidos, contarles toda la verdad del incidente que se había producido hoy y pedirles los veinte francos. Pero en seguida supo que era del todo inútil. No le creerían una sola palabra. Y entonces recordó lo mucho que se había sobresaltado uno de ellos, pálido y sobrecogido, cuando él había surgido en medio de la oscuridad delante del carruaje.

Se tendió en el jergón de paja. La habitación estaba muy oscura. Escuchó cómo los trabajadores hablaban en voz muy fuerte y cómo con paso torpe bajaban las escaleras de madera. Poco después cerraban las dos puertas. El criado aún subió y bajó una vez más. Después todo quedó en silencio. Carlo ya sólo oía los ronquidos de Geronimo. Pronto sus pensamientos se confundieron con los primeros sueños. Cuando se despertó, a su alrededor aún reinaba una profunda oscuridad. Buscó el lugar en el que se encontraba la ventana. Si forzaba la vista, allí en medio de la impenetrable negrura podía distinguir un rectángulo de color gris. Geronimo aún dormía el pesado sueño del borracho. Y Carlo pensó en el día de mañana. Y sintió un escalofrío. Pensó en la noche que seguiría a aquel día. Y en el día después de aquella noche. En el futuro que se abría ante él. Y le aterrorizó la soledad que le esperaba. ¿Por qué por la noche no había sido más valiente? ¿Por qué no había acudido a los desconocidos para pedirles los veinte francos? Tal vez hubieran tenido compasión de él. Y sin embargo... Tal vez fuera mejor que no se los hubiera pedido. Sí. ¿Por qué era mejor? Se incorporó bruscamente y sintió su corazón latiendo con fuerza. Sabía por qué era mejor. Si le hubieran rechazado, les habría parecido sospechoso. Pero así... Miró la mancha gris, que empezó a brillar débilmente. Aquello que contra su voluntad le rondaba por la cabeza era imposible. Era por completo imposible... La puerta al otro lado estaba cerrada. Y además... ¡Podían despertarse! Sí, allí, la mancha gris que brillaba en medio de la oscuridad era el nuevo día...

Carlo se levantó, como si le arrastraran hacía allí, y rozó con la frente el frío cristal. ¿Por qué se había levantado? ¿Para pensar? ¿Para intentarlo? ¿El qué? Si era imposible... Y además era un delito. ¿Un delito? ¿Qué representaban veinte francos para aquellas gentes que por placer viajaban miles de millas? Ni siquiera se darían cuenta de que les faltaban. Fue hacia la puerta y la abrió sin hacer ruido. Enfrente estaba la otra, sólo a dos pasos, cerrada. De un clavo en un pilar colgaban algunas prendas. Carlo pasó la mano por encima... Sí, si aquellas gentes hubieran dejado su dinero en algún bolsillo, entonces la vida sería muy sencilla, pronto nadie tendría que seguir mendigando... Pero los bolsillos estaban vacíos. Así que, ¿qué

Librodot

quedaba? Vuelta al cuarto, al jergón. Aunque tal vez hubiera un modo mejor de hacerse con veinte francos... Uno menos peligroso y más justo. Si cada vez se reservaba unos cuantos céntimos de las limosnas hasta reunir veinte francos, y después compraba la moneda de oro... Pero, ¿cuánto podía durar aquello...? Meses, tal vez un año. ¡Ah, si tuviera valor! Otra vez estaba en el pasillo. Miró la puerta de enfrente... ¿Qué era aquella rendija que desde el techo llegaba en línea recta hasta el suelo? ¿Era posible? La puerta sólo estaba entornada, no cerrada con llave... ¿Por qué se extrañaba? Hacía meses que la puerta no se podía cerrar. ¿Y para qué? Recordó que durante todo el verano sólo en tres ocasiones se había quedado gente a dormir. Dos veces, unos menestrales. Una, un turista que se había herido en un pie. La puerta no cerraba. Y él ahora sólo necesitaba valor... Sí, ¡y suerte! ¿Valor? Lo peor que le podía pasar era que aquellos dos se despertaran. Y en ese caso, siempre cabía inventarse una excusa. Se asoma por la rendija a la habitación. Aún está tan oscuro que sólo puede apreciar los contornos de dos figuras echadas en las camas. Escucha atentamente: su respiración es tranquila y regular. Carlo abre un poco la puerta y con los pies descalzos se mete en el cuarto sin hacer un solo ruido. Las dos camas se encuentran a lo largo de la misma pared frente a la ventana. En medio de la habitación hay una mesa. Carlo se cuela hasta allí. Recorre la superficie con una mano y palpa un llavero, un cortaplumas, un pequeño libro... Nada más. Pero, claro. ¿Cómo podía creer que iban a dejar el dinero encima de la mesa? Ah, ya puede marcharse... Y sin embargo, tal vez sólo necesite una feliz coincidencia y lo habrá conseguido... Se acerca a la cama que se encuentra junto a la puerta. Ahí, en la silla, hay algo... Lo palpa. Es un revólver... Carlo se encoge... ¿No sería mejor quedárselo? Pues, ¿por qué tendría aquel hombre el revólver allí listo? Si se despierta y le ve... Pero, no, en ese caso diría: «Son las tres, señor. ¡Arriba!» Y deja el revólver en su sitio.

Pero se cuela hasta el fondo de la habitación. Allí, sobre la otra silla, bajo la ropa interior... ¡Dios! Eso es... Una bolsa. ¡La tiene en la mano! En ese momento oye un ligero ruido. Con un rápido movimiento se tumba a los pies de la cama... Otra vez ese ruido—una pesada respiración, un carraspeo—. Después, de nuevo el silencio. Un silencio profundo. Carlo se queda en el suelo, con la bolsa en la mano, y espera. No se mueve. La penumbra se va aclarando en la habitación. Carlo no se atreve a levantarse, se arrastra por el suelo hacia la puerta, que está lo suficientemente abierta como para dejarle pasar. Sigue arrastrándose por el pasillo y sólo allí se levanta lentamente, con un profundo suspiro. Abre la bolsa. Tiene tres compartimentos. A la izquierda y a la derecha, sólo pequeñas monedas de plata. Carlo abre la parte del centro, cerrada con un pasador, y palpa tres monedas de veinte francos. Por un momento piensa coger dos, pero rápidamente aparta esa tentación, extrae tan sólo una moneda de oro y cierra la bolsa. Después se agacha, mira por la rendija hacia el interior de la habitación, en la que vuelve a reinar un completo silencio, y da un empujón a la bolsa, de modo que se deslice bajo la segunda cama. Cuando el forastero se levante, creerá que se le ha caído de la silla. Carlo se levanta lentamente. Entonces el suelo emite un leve crujido. Y en el mismo momento oye una voz desde dentro que dice:

—¿Qué pasa? ¿Qué es lo que pasa?

Rápidamente Carlo retrocede dos pasos, conteniendo la respiración, y se escurre en su propio cuarto. Está a salvo y acecha el silencio... Una vez más la cama cruje al otro lado. Después, todo queda en silencio. Entre sus dedos sujeta la moneda de oro. ¡Lo ha conseguido! Tiene los veinte francos y puede decirle a su hermano: «¿Ves como no soy ningún ladrón?» Y hoy mismo se pondrán en camino. Hacia el sur, hacia Bormio. Después seguirán por Veltlin... Después hacia Tirano, Edole, Breno. Hacia el lago de Iseo, como el año pasado... Eso en modo alguno resultará sospechoso. El mismo le dijo anteayer al posadero: «En un par de días nos iremos para abajo.»

La claridad es cada vez mayor. Toda la habitación está envuelta en una penumbra gris. ¡Ah, si Geronimo se despertara pronto! Temprano se camina tan bien... Antes de que salga el sol se

marcharán. Dar los buenos días al posadero, al criado y a Maria, y después lejos, lejos... Y cuando lleven dos horas de camino, cerca del valle, se lo dirá a Geronimo.

Geronimo se despereza y se estira. Carlo le llama:

—¡Geronimo!

—Pero, ¿qué pasa?—pregunta Geronimo y, apoyándose en ambas manos, se sienta.

—Geronimo, tenemos que levantarnos.

—¿Por qué?

Y Geronimo dirige los ojos muertos hacia su hermano. Carlo se da cuenta de que Geronimo acaba de acordarse del incidente de ayer, pero sabe también que no dirá una sola palabra sobre ello, no hasta que esté de nuevo borracho.

—Hace frío, Geronimo, tenemos que irnos. Y el tiempo ya no va a mejorar. He pensado que es mejor que nos vayamos. A mediodía podemos estar en Boladore.

Geronimo se levantó. Se percibían los ruidos de la casa que también despertaba. Abajo, en el patio, el posadero hablaba con el mozo. Carlo se irguió y se dispuso a bajar. El siempre se levantaba muy temprano y al alba salía ya a la calle. Se acercó al posadero y le dijo:

—Tenemos que despedirnos.

—Ah, pero, ¿os vais hoy?—preguntó el posadero.

—Sí. Hace ya demasiado frío y cuando se queda uno en el patio el viento se cuela dentro.

—Pues, si bajas hacia Bormio, saluda de mi parte a Baldetti. Que no se olvide de enviarme el aceite.

—Sí, le saludaré. Por cierto... El alojamiento de esta noche—y echó mano a la bolsa.

—Déjalo, Carlo—dijo el posadero—. Los veinte céntimos se los regalo a tu hermano. Yo también le he escuchado tocar. Buenos días.

—Gracias—dijo Carlo—. Y por cierto, tampoco tenemos tanta prisa. Aún te veremos cuando vuelvas de las cabañas. Bormio sigue estando en el mismo sitio, ¿no es cierto?

Se rió y subió las escaleras. Geronimo se encontraba en mitad de la habitación.

—Bueno, ya estoy listo.

—En seguida—dijo Carlo.

De una vieja cómoda, en un rincón del cuarto, cogió sus pocas pertenencias y las empacó en un hatillo. Después comentó:

—Hermoso día, aunque muy frío.

—Lo sé—dijo Geronimo.

Y ambos abandonaron la habitación.

—No hagas ruido—advirtió Carlo—. Ahí duermen los dos que llegaron ayer por la noche.

Con cuidado bajaron las escaleras.

—El posadero te manda saludos—dijo Carlo—. Nos ha regalado los veinte céntimos de esta noche. Ya está fuera, en las cabañas, y no regresará hasta dentro de dos horas. Hasta el año que viene no volveremos a verle.

Geronimo no contestó. Salieron a la carretera, que se abría ante ellos bajo la luz del amanecer. Carlo agarró el brazo izquierdo de su hermano, y ambos caminaron en silencio hacia el valle. No tardaron mucho en llegar al punto en el que la carretera empezaba a discurrir en amplias curvas. La niebla subía hacia lo alto, a su encuentro, y sobre ellos parecía que las nubes se habían tragado las cimas de las montañas. Carlo pensó: ahora se lo diré.

Pero no dijo una sola palabra, sino que sacó la moneda de oro de la bolsa y se la pasó a su hermano. Geronimo la cogió entre los dedos de la mano derecha, se la llevó después a la mejilla y a la frente. Por fin asintió.

—Lo sabía—dijo.

—Vaya—contestó Carlo, y miró a Geronimo con extrañeza.

—Aun cuando no me lo hubiera dicho el forastero, lo habría sabido.

—Vaya—dijo Carlo desconcertado—. Pero comprendes por qué allá arriba, delante de los demás... Temía que lo soltaras todo de una vez... Y mira, Geronimo, ya es hora de que, he pensado que podías comprarte una chaqueta nueva. Y una camisa. Y también zapatos, creo. Por eso he...

El ciego sacudía con fuerza la cabeza.

—¿Para qué?

Y con una mano se estiró la chaqueta.

—Está bien. Abriga bastante. Ahora vamos hacia el sur.

Carlo no cayó en la cuenta de que Geronimo no parecía alegrarse en absoluto, de que no se disculpaba. Y siguió hablando.

—Geronimo, ¿acaso no hice bien? ¿Por qué no te alegras? Lo tenemos, ¿no es cierto? Ahora lo tenemos todo. Si te lo hubiera dicho allá arriba, ¡quién sabe! Oh, es mejor que no te lo haya dicho... ¡Seguro!

En aquel momento Geronimo se puso a gritar.

—¡Deja de mentir, Carlo! ¡Estoy harto!

Carlo se detuvo y soltó el brazo de su hermano.

—No miento.

—Sé muy bien que mientes. ¡Siempre mientes! Has mentido ya cientos de veces. También esto querías quedártelo para ti, pero te ha dado miedo. ¡Eso es!

Carlo bajó la cabeza y no contestó. Volvió a coger al ciego por el brazo y siguió caminando con él. Le dolía que Geronimo hablara de aquella forma. Pero lo que en el fondo le sorprendía era no estar triste.

La niebla se abrió. Tras un largo silencio, Jerónimo habló:

—Va a hacer calor.

Lo dijo con indiferencia, con naturalidad, como lo había hecho ya cientos de veces. Y Carlo en aquel momento sintió que para Geronimo nada había cambiado. Para Geronimo él siempre había sido un ladrón.

—¿Tienes hambre?—preguntó.

Geronimo asintió con la cabeza, al tiempo que sacaba un pedazo de queso y un poco de pan del bolsillo de su chaqueta y se ponía a comer. Siguieron adelante.

El correo de Bormio les salió al encuentro. Y el cochero les gritó:

—¿Ya aquí abajo?

Después pasaron otros carruajes. Todos iban hacia arriba.

—El aire del valle—dijo Geronimo. Y en el mismo momento, tras un rápido giro, Veitlin se hallaba a sus pies.

Es verdad... Nada ha cambiado, pensó Carlo. Ahora he robado por él... Y también eso ha sido en balde.

La niebla era cada vez menos espesa. El resplandor del sol abría en ella agujeros. Y Carlo pensó: «Tal vez no fuera lo más inteligente, dejar la posada tan deprisa... La bolsa está debajo de la cama, lo que en cualquier caso resulta sospechoso...» Pero todo aquello le daba igual. ¿Qué más podía pasarle? Su hermano, al que él le había arruinado la luz de los ojos, estaba convencido de que él le había robado. Y hacía ya muchos años que lo creía. Y siempre lo creería... ¿Qué más podía ocurrirle?

Allá abajo se encontraba el gran hotel, blanco, bañado en la luz de la mañana. Y más abajo, donde el valle empezaba a ensancharse, yacía el pueblo. En silencio continuaron su camino. La mano de Carlo seguía en el brazo del ciego. Atravesaron el parque del hotel. Y Carlo vio a los clientes sentados en la terraza con sus luminosos trajes de verano, tomando el desayuno.

—¿Dónde quieres que paremos?—preguntó Carlo.

—Pues, en el Adler, como siempre.

Al llegar al final del pueblo, entraron en la pequeña posada. Se sentaron en la taberna y se dejaron invitar a un vino.

—¿Qué hacéis tan pronto aquí con nosotros?—preguntó el posadero.

A Carlo la pregunta le asustó un poco.

—¿Es que es tan pronto? El diez o el once de septiembre, ¿no?

—El año pasado bajasteis mucho más tarde.

—Hace tanto frío arriba—dijo Carlo—. Esta noche nos hemos helado. Ah, y tenía que decirte que no te olvides de enviarles el aceite.

La taberna estaba mal ventilada y el ambiente allí dentro era sofocante. A Carlo le invadió una extraña inquietud. Quería volver al aire libre, a la carretera que llevaba lejos, a Tirano, a Edole, al lago de Iseo, a cualquier parte. De pronto se levantó.

—¿Nos vamos?—preguntó Geronimo.

—Tenemos que estar hoy al mediodía en Boladore. En El Ciervo los carruajes paran al mediodía. Es un buen lugar.

Y se marcharon. El peluquero Benozzi había salido a fumar a la puerta de su establecimiento.

—Buenos días—les dijo—. ¿Qué tal por allá arriba? Esta noche ha tenido que nevar.

—Sí, sí—contestó Carlo y apretó el paso.

El pueblo había quedado atrás. La carretera se extendía blanca entre praderas y viñedos, a lo largo del estruendoso río. El cielo estaba azul, tranquilo. «¿Por qué lo habré hecho?», pensó Carlo. Miró al ciego de reojo. «¿Acaso su rostro tiene una expresión diferente? Siempre lo ha creído... Siempre he estado solo... Y siempre me ha odiado.» Y le pareció que avanzaba con una pesada carga, una carga que nunca podría quitarse de los hombros, y que podía ver la noche por la que Geronimo marchaba a su lado, mientras el sol brillaba sobre todos los caminos.

Y siguieron caminando, caminando. Caminaron durante horas. De cuando en cuando Geronimo se sentaba sobre un mojón. Otras veces se apoyaban los dos en el parapeto de un puente, para descansar. De nuevo atravesaron un pueblo. Dotante de la posada había unos cuantos carruajes. Los viajeros se habían bajado y caminaban de un lado a otro. Pero los dos mendigos no se quedaron. Continuaron por la carretera vacía. El sol estaba cada vez más alto. Debía de ser cerca de mediodía. Era un día como cualquier otro.

—La torre de Boladore—dijo Geronimo.

Carlo levantó la vista. Le sorprendió la exactitud con la que Geronimo podía calcular las distancias. Era cierto. La torre de Boladore apareció en el horizonte. Desde bastante lejos alguien venía a su encuentro. A Carlo le pareció que estaba sentado en el camino y que se había levantado de pronto. La figura se acercó. Entonces Carlo vio que se trataba de un gendarme, uno de aquellos que tan a menudo encontraban por la carretera. No obstante, Carlo sintió un ligero estremecimiento. Pero cuando el hombre llegó más cerca, le reconoció y se tranquilizó. Era Pietro Tenelli. En el mes de mayo los dos mendigos habían pasado unas horas con él en la posada de los Raggazzi en Morignone. Les había contado una historia espeluznante de cómo en una ocasión un vagabundo había estado a punto de apuñalarle.

—Alguien se ha parado—observó Geronimo.

—Tenelli, el gendarme—dijo Carlo.

Habían llegado ya a su altura.

—Buenos días, señor Tenelli—saludó Carlo y se paró junto a él.

—El caso es que—dijo el gendarme—como medida preventiva he de llevaros a los dos al puesto de guardia de Boladore.

—¡Eh!—gritó el ciego.

Carlo se puso pálido. «¿Cómo es posible?», pensó. «Pero no puede tratarse de eso. Aquí abajo aún no pueden saberlo.»

—Parece vuestro camino—dijo el gendarme riendo—. No os importará acompañarme.

—¿Por qué no dices nada, Carlo?—preguntó Geronimo.

—Oh, sí, yo... Le ruego, señor gendarme, ¿cómo es posible? ¿Qué hemos podido...? Mejor dicho, ¿qué he podido yo...? La verdad, no sé...

—La cosa es así. Tal vez seas inocente. Yo qué sé. En cualquier caso, hemos recibido una orden telegráfica por la que debemos deteneros, porque sois sospechosos, altamente sospechosos de haber robado dinero a unas personas allá arriba. Bueno, también es posible que seáis inocentes. Así que, ¡adelante!

—¿Por qué no dices nada, Carlo?—preguntó Geronimo.

—Sí, digo, oh, sí, digo...

—¡Venga, vamos de una vez! No tiene ningún sentido que nos quedemos en la carretera. El sol abrasa. En una hora habremos llegado. ¡Andando!

Carlo rozó el brazo de Geronimo, como siempre. Y así continuaron su camino lentamente, con el gendarme tras ellos.

—Carlo, ¿por qué no dices nada?—volvió a preguntar Geronimo.

—Pero, ¿qué quieres, Geronimo? ¿Qué puedo decir? Todo se aclarará. Yo mismo no sé...

Y se puso a pensar: «¿Debo explicárselo, antes de que nos lleven ante el tribunal? No puede ser. El gendarme nos escucha... Y, ¿qué más da? Si voy a decir la verdad ante el tribunal. "Señor juez", diré, "no es un robo como otro cualquiera. En realidad sucedió así..."» Y se esforzaba por encontrar las palabras con las que exponer el asunto ante el tribunal de manera clara y comprensible. «Ayer un hombre cruzó el paso... Debía de ser un loco... Tal vez únicamente se equivocó... Y ese hombre...»

Pero, ¡qué absurdo! ¿Quién lo iba a creer? Y tampoco le dejarían hablar durante tanto tiempo. Nadie puede creer una historia tan tonta. Ni siquiera Geronimo la había creído... Le miró de reojo. Mientras caminaba, la cabeza del ciego se movía, siguiendo una vieja costumbre, como al compás, arriba y abajo, pero el rostro estaba rígido. Y los ojos vacíos se clavaban en el aire.

Y Carlo supo de pronto qué clase de ideas pasaban por aquella cabeza... «De modo que así están las cosas», debía de estar pensando Geronimo. «Carlo no sólo me roba a mí, sino también a otra gente... Bueno, él puede, tiene ojos, con los que ve, y los utiliza...» Sí, eso pensaba Geronimo, seguro... Y por otro lado, el hecho de que no me encuentren ningún dinero no me servirá de nada... Ni ante el tribunal, ni ante Geronimo. Me encerrarán. Y a él... Sí, a él igual que a mí, pues él es quien tiene la moneda. Y no pudo seguir pensando, se sentía tan confundido. Le pareció que ya no entendía absolutamente nada de todo el asunto. Sólo sabía una cosa: que con gusto se dejaría encerrar por un año... O diez. Si al menos Geronimo supiera que sólo por él se había convertido en un ladrón.

De pronto Geronimo se detuvo, con lo que también Carlo tuvo que parar.

—Y ahora, ¿qué pasa?—preguntó el gendarme enfadado—. ¡Vamos! ¡Andando!

Entonces, sorprendido, vio cómo el ciego dejaba caer la guitarra al suelo, levantaba los brazos y con ambas manos tanteaba las mejillas de su hermano. Después acercó sus labios a la boca de Carlo, que al principio no supo lo que ocurría, y le besó.

—¿Estáis locos?—gritó el gendarme—. ¡Vamos! ¡En marcha! No me gustaría asarme.

Geronimo cogió la guitarra del suelo, sin decir una palabra. Carlo respiró hondo y de nuevo puso la mano sobre el brazo del ciego.

—¡Andando!—gritó el gendarme—. ¿Queréis moveros de una vez?

Y le dio un golpe a Carlo en las costillas.

Pero Carlo, guiando del brazo al ciego con un firme apretón, siguió avanzando. Y sus pasos eran mucho más rápidos que antes. La sonrisa se negaba a desaparecer de su rostro. Le pareció que ya no podía ocurrirle nada malo, ni ante el tribunal, ni en ningún otro lugar del mundo... Había recuperado a su hermano... No. Era la primera vez que lo tenía...

LA EXTRAÑA

Cuando Albert se despertó hacia las seis, a su lado la cama estaba vacía. Su mujer se había marchado. En su mesilla de noche había una nota. Albert alargó el brazo y leyó lo siguiente: «Mi querido amigo, me he despertado más temprano que tú. Adiós. Me marcho. No sé si volveré. Que te vaya bien. Katharina.»

Albert dejó caer el papel sobre la colcha blanca y sacudió la cabeza. ¿Volvería hoy o no? Lo cierto es que daba lo mismo. No le sorprendían ni el contenido ni el tono de la carta, sólo que había ocurrido un poco antes de lo que esperaba. Toda aquella dicha había durado dos semanas. ¿Qué importaba? Estaba preparado.

Lentamente se levantó, se puso la bata, avanzó un par de pasos hacia la ventana y la abrió. La ciudad de Innsbruck yacía a sus pies, envuelta en la pacífica y silenciosa luz de la mañana. Y allí, en la lejanía, las inquietantes rocas se elevaban contra el azul del cielo. Albert cruzó los brazos sobre el pecho y contempló el paisaje. Sentía el corazón muy oprimido. Pensó que todos los cálculos e incluso una decisión tomada de antemano no hacían su mala estrella más llevadera, únicamente permitían soportarla con mejor talante. Dudó unos segundos, pero, ¿a qué esperaba? ¿No era preferible acabar en seguida? La curiosidad que le atormentaba, ¿no revelaba acaso sus intenciones? Su suerte debía cumplirse. Estaba ya decidido cuando en el baile hacía dos años sintió por vez primera el fresco aliento de los enigmáticos labios rozando su mejilla.

Recordó cómo aquella noche se fue a casa con Vincenz. Y pensó en todo lo que entonces le contara su amigo. Y el tono cariñoso de la temprana advertencia volvió a sonar en sus oídos. Vincenz sabía muchas cosas sobre Katharina y su familia. El padre, al que siendo coronel de un regimiento de artillería durante la campaña de Bosnia le concedieron el título de barón, había caído bajo la bala de un insurgente. El hermano de Katharina había sido teniente de caballería y rápidamente dilapidó su parte de la herencia. Más tarde, la madre sacrificó todos sus bienes para preservar al hijo frente a lo peor, pero aquello no sirvió de mucho, y poco después el joven oficial se mató de un tiro. Entonces el barón Maassburg, que pasaba por ser el novio de Katharina, suspendió sus visitas a la casa, lo que se achacó no sólo a las pobres condiciones económicas de la familia, anteriormente expuestas, sino también a una curiosa escena que tuvo lugar durante el cortejo fúnebre. Katharina, sollozando, había caído en brazos de un compañero de su hermano, hasta entonces un completo desconocido para ella, como si se tratara de un amigo suyo o de su prometido. Un año después fue presa de una fuerte pasión por el célebre organista Banetti. Pero él abandonó Viena, sin que ella le hubiera hablado jamás. Una mañana Katharina le contó a su madre un sueño: Banetti entraba en el salón, tocaba para ellas una fuga de Bach, y después caía al suelo de espaldas, muerto, mientras el techo se abría y el piano volaba hacia el cielo. Aquel mismo día llegó la noticia de que Banetti se había arrojado desde la torre de la iglesia de un pequeño pueblo lombardo sobre el cementerio, quedando muerto a los pies de una cruz. Poco después, Katharina empezó a mostrar síntomas de padecer melancolía, enfermedad que fue intensificándose poco a poco hasta que cayó en el más profundo ensimismamiento. Sólo la resistencia imperiosa de la madre y su firme creencia en la recuperación de Katharina impidió que los médicos enviaran a la muchacha a una institución. Katharina pasó un año entero sola y en silencio durante el día, aunque a veces por la noche se levantaba de la cama y como en otro tiempo cantaba sencillas melodías. Poco a poco, ante el asombro de los médicos, Katharina despertó de su tristeza. Parecía haber recuperado la vida, incluso la alegría. Pronto aceptó invitaciones. Al principio, sólo en el círculo de los íntimos. Pero las amistades de nuevo fueron ampliándose, y cuando Albert la conoció en el baile de la Cruz Blanca, le pareció de una tranquilidad de ánimo tal

que sólo con desconfianza pudo escuchar las historias que le contó su amigo en el camino de vuelta a casa.

Albert von Webeling, quien hasta entonces no había frecuentado mucho el gran mundo, estaba en condiciones de poder acceder al círculo de Katharina, gracias al buen nombre de su familia y a su puesto como vicesecretario en un ministerio. Cada encuentro ahondó su inclinación hacia ella. Katharina vestía siempre de manera sencilla, si bien su alta figura y muy especialmente su manera única, incluso regia, de inclinar la cabeza cuando escuchaba a alguien, le conferían una distinción muy particular. No hablaba mucho, y sus ojos, cuando se encontraba en sociedad, solían contemplar a menudo una lejanía inaccesible para los demás. A los hombres jóvenes los trataba con cierta falta de atención. Prefería conversar con hombres maduros, de rango y reputación. Y una vez más, un año después de que Albert la conociera, se enamoró según los rumores del conde Rummingshaus, que acababa de regresar de su expedición al Tíbet y al Turquestán. Entonces Albert supo que el día que Katharina concediera a otro su mano, sería el último de su vida. Y él, cuya existencia había transcurrido impertérrita hasta el trigésimo año, comprendió de una vez por todas los peligros y la locura a los que una fuerte pasión puede precipitar al más sensato de los hombres. Estaba convencido por completo de su insignificancia frente a Katharina. Tenía unos ingresos razonables y como soltero podía llevar una vida bastante cómoda, pero de ninguna parte le cabía esperar la riqueza. Ante él se abría una carrera segura, aunque no sobresaliente. Vestía con mucho esmero, sin parecer nunca realmente elegante. No le faltaba soltura al hablar, aunque nunca tuviera nada especial que decir, y siempre se le veía con gusto, si bien nunca llamaba la atención. Y así sentía que un ser misterioso y de otro mundo como Katharina tendría que condescender profundamente si él quería conquistarla. Y que en cualquier caso le exigiría pagar caro una felicidad inmerecida. Pero como se sentía preparado para cualquier sacrificio, le pareció que poco a poco se hacía digno de ella. Una mañana se enteró de que el conde, sin dar explicaciones, se había marchado a Galitzia. Con una determinación que no había mostrado jamás hasta entonces, consideró que había llegado el momento y se presentó en casa de Katharina.

¡Qué lejano le parecía aquel momento!

Vio ante él la habitación en el Schottenhof, espaciosa y abovedada, aunque humilde, con viejos muebles bien conservados. Vio el solitario sillón de color rojo oscuro junto a la ventana. El piano abierto, con algunas partituras encima. La redonda mesa de caoba. Sobre ella, el álbum de cubiertas de madreperla y la bandeja de porcelana antigua de Meissen para las tarjetas de visita. Y recordó que había mirado "hacia abajo, al amplio patio, por el que en aquel momento muchas personas venían de celebrar la misa de domingo de Ramos en la Schottenkirche, justo enfrente. Al sonar las campanas, desde la habitación contigua entró Katharina con su madre, y no se mostró tan sorprendida por su visita como él había esperado. Le escuchó complaciente y recibió su proposición apenas con mayor emoción de la que hubiera mostrado de haberla invitado a un baile. La madre, siempre con la sonrisa de cortesía de los sordos en los labios, se había quedado sentada en silencio en una esquina del diván, y de cuando en cuando se llevaba su pequeño abanico de seda negro al oído. Durante toda la conversación en aquel cuarto fresco, en medio de la tranquilidad del domingo, Albert tuvo la impresión de haber llegado a una región en la que hacía tiempo habían sobrevenido fuertes tormentas y que ahora inspiraba un enorme anhelo de paz. Y cuando más tarde bajó las sombrías escaleras, le pareció que lo que sentía no era la embriaguez del deseo cumplido, sino el convencimiento de haber entrado en una época fantástica, aunque incierta y oscura, de su vida. Y mientras paseaba aquel domingo, de una calle a otra, atravesando jardines y alamedas, con aquel cielo de primavera sobre él, junto a personas alegres y despreocupadas, se dio cuenta de que desde ese momento ya no formaba parte de ellos y de que sobre él empezaba a obrar un destino de una naturaleza diferente, extraordinaria.

Cada tarde se sentaba allá arriba en la habitación abovedada. A veces Katharina, con una voz agradable, aunque casi por completo inexpresiva, cantaba sencillas melodías, la mayoría canciones populares italianas, que él acompañaba al piano. Después, y hasta bien entrada la noche, se quedaba con ella junto a la ventana, contemplando el silencioso patio, en el que los árboles verdeaban y echaban brotes. Las tardes que hacía buen tiempo se encontraba de vez en cuando con ella en el jardín del Belvedere. Allí, la mayor parte de las veces, ella solía permanecer sentada mucho tiempo, observando los juegos de los niños. Cuando le veía llegar, se ponía en pie y juntos recorrían los soleados caminos de grava, arriba y abajo. Al principio él le habló de su existencia anterior, de los años de juventud en la casa de sus padres en Graz, de la época de sus estudios en Viena, de viajes de verano, y se asombró de la vaguedad en la que su vida anterior se le aparecía al intentar recordarla. Tal vez se debiera a que Katharina no mostraba el más mínimo interés por aquellas cosas. Más adelante se produjeron algunos extraños sucesos, que en sí no debían de tener ninguna importancia, pero que en cualquier caso quedaron sin explicación. Así, un día, a la hora de comer, Albert se encontró a su prometida en la plaza de San Esteban en compañía de un elegante caballero, vestido de luto, al que hasta entonces él nunca había visto. Albert se detuvo, pero Katharina le saludó con frialdad y, sin preocuparse por él, continuó caminando con aquel desconocido. Albert los siguió un trecho. El caballero subió a un carruaje que le esperaba al otro lado de la calle y se marchó de allí. Katharina regresó a su casa. Cuando por la noche Albert le preguntó quién era aquel caballero, le miró extrañada, mencionó un nombre polaco totalmente desconocido para él y se retiró a su alcoba el resto de la velada. En otra ocasión le hizo esperar toda la noche. Apareció cuando estaban dando las diez con un ramo de flores silvestres en la mano y le contó que había estado en el campo y que se había dormido sobre una pradera. Las flores las tiró por la ventana. Una vez visitó con Albert el Künstierhaus y se quedó largo rato parada ante un cuadro que representaba un solitario y verde paisaje de montaña con nubes blancas. Un par de días después habló de aquel paraje como si en realidad hubiera caminado por aquellas cumbres, y eso siendo niña y en compañía de su hermano muerto. Al principio Albert creyó que bromeaba, pero poco a poco se dio cuenta de que el cuadro en su memoria había cobrado vida. Por entonces sintió que su asombro empezaba a convertirse en un doloroso espanto, pero cuanto más incomprensiblemente se le escurría su esencia, más desesperado y urgente clamaba su anhelo por ella. De vez en cuando conseguía hacerla hablar de su juventud, pero todo lo que le contaba, hechos reales y confesiones de remotos ensueños, flotaba ante él con idéntico reflejo, empañado, de modo que Albert no sabía qué era lo que se había grabado más vivamente en su memoria: si aquel organista que se había tirado desde la torre de la iglesia, el joven duque de Módena, que en una ocasión había cabalgado ante ella por el Prater, o un joven de Van Dyck, cuyo retrato viera de pequeña en la galería Licchtenstein. Y así, también ahora, su ser parecía dormitar como movido por objetivos desconocidos e inciertos, y Albert se dio cuenta de que él no significaba para ella más que cualquier otro al que en sociedad hubiera concedido el brazo para dar una vuelta por el salón. Y como le faltaba la fuerza necesaria para sacarla de aquella difusa existencia, sintió finalmente cómo el perturbador aliento de su ser le iba aturdiendo y cómo poco a poco su manera de pensar, incluso de actuar, empezaba a desprenderse de los imperativos de la vida diaria. Comenzó haciendo para su futura casa compras que superaban en mucho sus ingresos. Después regaló a su prometida joyas de considerable valor. Y el día de la boda adquirió una pequeña casa en las afueras que a ella le había gustado durante un paseo. Aquella misma noche le llevó el acta de donación por el que se convertía en la única propietaria. Pero ella lo tomaba todo con la misma amabilidad y la calma con las que había recibido su propuesta de matrimonio. Seguramente le tenía por más rico de lo que era. Al principio, como es lógico, pensó hablar con ella de su situación financiera. Lo fue aplazando día tras día, porque le faltaban las palabras, pero al final llegó al extremo de considerar superflua cualquier

Librodot

declaración sobre semejantes asuntos, pues cuando ella hablaba de su futuro, no lo hacía como alguien a quien un camino señalado de antemano le lleva lejos. Más bien parecía que para ella todas las posibilidades seguían abiertas, y nada en su conducta hacía pensar en lazos internos o externos. Así Albert un buen día supo que le esperaba una dicha incierta y breve, pero también que todo lo que pudiera ocurrir, si alguna vez Katharina desaparecía, carecería de sentido para él, pues la existencia sin ella era del todo impensable y él había tomado la firme determinación de abandonar sin más el mundo en cuanto la perdiera. En aquella certeza encontró el único, aunque digno asidero durante aquella época confusa y llena de ansiedad.

La mañana que Albert fue a recoger a Katharina para la ceremonia nupcial, le resultó tan extraña como la noche que la conoció. Fue suya sin pasión ni resistencia. Viajaron a las montañas. Atravesaron valles estivales, que se ensanchaban y estrechaban. Recorrieron apacibles orillas de lagos fuertemente agitados y anduvieron por caminos perdidos a través de un bosque susurrante. Se quedaron junto a algunas ventanas, mirando hacia abajo las tranquilas calles de ciudades encantadas. Pasearon la vista siguiendo el curso de misteriosos ríos, hacia las mudas montañas, sobre las que unas pálidas nubes descargaban su vapor. Y hablaron de asuntos de la vida cotidiana, como cualquier otra pareja joven. Caminaron cogidos del brazo. Se detuvieron ante edificios y escaparates. Se consultaron, sonrieron, brindaron con vasos llenos de vino y, mejilla contra mejilla, se hundieron en el sueño de los afortunados. Pero a veces ella le dejaba solo en la habitación sumida en una débil luz de una casa de huéspedes, por la que se esparcía toda la tristeza del extranjero. En el banco de piedra de un jardín, entre gentes que se alegraban del perfume del floreciente día. En un salón de techos altos, ante el cuadro oscurecido de un lansquenete o de una madonna. Y en aquellos momentos nunca supo si Katharina habría de volver o no, pues en él la sensación de que desde el primer día nada había cambiado, de que ella era libre como nunca y de que él estaba por completo a su merced, era tan constante y segura como el latido de su propio corazón.

Así sucedió que su desaparición aquella mañana temprano, tras un viaje de novios que había durado dos semanas, como también su extraña carta, sólo le estremecieron, sin en el fondo sorprenderle. De haber investigado, le habría parecido que la humillaba y que se humillaba a sí mismo. Lo que se la había quitado, fuera un antojo, un sueño o un hombre de carne y hueso, resultaba del todo indiferente. No sabía nada y no necesitaba saber nada más que el hecho de que ella ya no le pertenecía. Tal vez incluso fuera bueno que lo inevitable hubiera llegado tan pronto. Su patrimonio, con la compra de la casa, había quedado reducido a lo más mínimo, y de su pequeño salario ellos dos no podían vivir. En cualquier caso, hablar con ella de problemas económicos y de las preocupaciones comunes de la vida cotidiana habría sido imposible. Por un momento se le pasó por la cabeza la idea de despedirse de ella. Su mirada recayó en la colcha, sobre la que se encontraba la nota. Tuvo el pensamiento fugaz de escribir en la cara en blanco unas breves líneas de explicación, pero, seguro de que aquellas palabras no podían tener el más mínimo interés para Katharina, desistió. Abrió el maletín, se guardó el pequeño revólver y pensó en irse a cualquier parte de las afueras de la ciudad, para allí, con decoro y sin molestar a nadie, perpetrar su acción.

Una mañana de verano, un límpido cielo de color azul oscuro y un bochorno prematuro se cernían sobre la ciudad. Albert marchó en línea recta. No se había alejado cien pasos del hotel, cuando vio ante él la silueta de Katharina. Llevaba en la mano su sombrilla de seda gris y avanzaba lentamente por el camino. La primera reacción de Albert fue torcer y adentrarse por otra calle, pero una fuerza, más poderosa que todos sus propósitos y consideraciones, le instó a seguirla, para procurarse la certeza de lo que hacía unos minutos creía haber afrontado con indiferencia. Le dio incluso algo de miedo que se volviera y pudiera descubrirle. Katharina tomó el camino del Hofgarten y él se mantuvo a cierta distancia. Entretanto ella llegó a la Hofkirche, cuya puerta estaba abierta. Entró. Albert la siguió un instante después, quedándose cerca de la entrada en las más profundas sombras. Vio cómo Katharina avanzaba

Librodot

lentamente por la nave central, entre las oscuras estatuas de héroes y reinas. De pronto se detuvo. Albert se alejó del lugar en el que hasta ese momento esperaba y se coló bajo un amplio arco detrás del monumento funerario del emperador Maximiliano, que se alzaba majestuoso en medio de la iglesia. Katharina estaba inmóvil ante la estatua de Teodorico. Con la mano izquierda apoyada en la espada, el héroe de bronce miraba ante sí como con ojos eternos. Su actitud era de imponente fatiga, como si al mismo tiempo fuera consciente de la grandeza y de la inutilidad de sus hazañas y como si todo su orgullo se hundiera en la melancolía. Katharina seguía ante la estatua de la columna y miraba fijamente el semblante del rey de los godos. Albert permaneció un tiempo escondido y después se atrevió a salir. Ella tenía que haber oído sus pasos, pero no se volvió. Seguía como hechizada en el mismo lugar. Entró gente en la iglesia. Extranjeros con guías de color rojo. Hablaron junto a ella, tras ella. No oía nada. Durante un rato volvió el silencio. Katharina seguía como antes, en su inmovilidad igual que una estatua. Transcurrió otro cuarto de hora. Y otro. Katharina no se movió.

Albert se fue. A la salida se giró una vez más. Y vio que Katharina se había acercado a la estatua y que con los labios rozaba el broncíneo pie. Albert se alejó rápidamente. Sonreía. Se le había ocurrido una idea que le llenaba de cierta emoción de la cual se alegró. Tenía algo más que hacer por su amada, antes de irse. Se dirigió a un almacén de objetos de arte en la Bahnhofstrasse. Allí preguntó si podían hacer una imitación en bronce a tamaño natural de la estatua de Teodorico. Una casualidad quiso que hacía tan sólo un mes hubieran acabado una similar. El comprador, un Lord, había muerto y los herederos se negaban a aceptar la obra. Albert preguntó por el precio. Correspondía aproximadamente al resto de su fortuna. Dio su dirección en Viena e instrucciones precisas para que una persona de confianza de la empresa se encargara de colocarla en el jardín de su casa. Después presentó sus respetos, atravesó rápidamente la ciudad, tomó el camino que cruzaba el suburbio de Wilten en dirección a Igl, y en el bosque se pegó un tiro, justo cuando el sol indicaba el mediodía.

Katharina no volvió a Viena hasta unas semanas después de este suceso. Entretanto, los restos de Albert habían sido inhumados en la cripta familiar de Graz. La noche de su llegada, Katharina permaneció un buen rato en el jardín, ante la estatua, que había sido colocada en un hermoso lugar, entre árboles altos. Después se fue a su habitación y escribió una larga carta dirigida a la oficina de Correos de Verona a nombre de Andrea Geraldini. Así se llamaba el hombre que la había seguido desde la Hofkirche, cuando dejó a Teodorico el Grande, y del que llevaba un hijo en su seno. Tampoco supo nunca si aquél era el verdadero nombre del caballero, pues no recibió respuesta.

Librodot

LA BAILARINA GRIEGA

La gente que diga lo que quiera. No creo que Mathilde Samodeski haya muerto de un ataque al corazón. Yo estoy mejor informado. Y tampoco voy a ir a la casa desde donde hoy se la llevarán camino de la ansiada paz. No tengo ganas de ver al hombre que sabe tan bien como yo por qué ha muerto. Ni de darle la mano y guardar silencio.

He tomado un camino diferente. Sin duda queda un poco lejos, pero hace un hermoso y tranquilo día otoñal, y me viene bien estar solo. Pronto llegaré a la verja del jardín en el que la pasada primavera vi a Mathilde por última vez. Las persianas de la villa estarán todas cerradas. El camino de grava, cubierto de hojas de color rojo. Y desde algún punto podré ver cómo entre los árboles brilla el mármol blanco en el que está esculpida la bailarina griega.

Aquella noche me ha dado mucho que pensar. El que en su día me decidiera a aceptar, en el último momento, la invitación de los Wartenheimer casi se me antoja obra del destino, pues a lo largo de los años he perdido completamente el interés por las fiestas de sociedad. Tal vez tuviera la culpa el tibio viento que por las noches y desde las montañas llegaba hasta la ciudad y que me atrajo hacia el campo. Además, iba a ser una fiesta en el jardín, con la que los Wartenheimer querían inaugurar su villa, y para mí no suponía un especial compromiso. Es curioso que mientras me encaminaba hacia allí apenas pensara en la posibilidad de encontrar a Mathilde. Y sin embargo sabía muy bien que el señor Wartenheimer había comprado para su villa la bailarina griega de Samodeski. Tampoco ignoraba que la señora Wartenheimer, como todas las demás mujeres, estaba enamorada del escultor. Pero incluso prescindiendo de esto, tendría que haber pensado en Mathilde, pues en la época en la que aún era una muchacha había pasado con ella algunos buenos ratos. En especial, un verano junto al lago de Ginebra, hace siete años, justo un año antes de su compromiso, un verano que no podré olvidar fácilmente. Parece incluso que entonces, y a pesar de mis cabellos grises, me hice ciertas ilusiones, pues cuando al año siguiente se convirtió en la mujer de Samodeski me sentí un tanto desengañado y estaba totalmente convencido—o hasta lo deseé—de que no sería feliz con él. No volví a ver a Mathilde hasta la fiesta que Gregor Samodeski, poco después de que regresaran del viaje de novios, dio en su taller en la Gusshausgasse; fiesta a la que todos los invitados, cosa ridícula, tuvieron que asistir disfrazados de japoneses o chinos. Mathilde me saludó con naturalidad. De todo su ser emanaba una sensación de paz y alegría. Pero más tarde, mientras ella conversaba con otros, me crucé varias veces con una extraña mirada en sus ojos. Y tras algunos esfuerzos comprendí claramente lo que significaba. Decía: Querido amigo, usted cree que se ha casado conmigo por mi dinero. Cree usted que no me ama, que no soy feliz, pero se equivoca... Se equivoca usted por completo. Vea de qué buen humor estoy, cómo brillan mis ojos.

Más tarde me la encontré unas cuantas veces, aunque siempre de un modo fugaz. En una ocasión, durante un viaje, nuestros trenes se cruzaron. Comí con ella y con su marido en el restaurante de la estación, y él contó toda clase de chistes que no me divirtieron demasiado. También una vez hablé con ella en el teatro. Estaba allí con su madre, que a decir verdad sigue siendo más bonita que ella... El diablo sabrá dónde andaba el señor Samodeski. Y durante el último invierno la vi en el Prater. Un día claro, frío. Entre los castaños pelados caminaba sobre la nieve con la pequeña. El carruaje las seguía lentamente. Yo me encontraba al otro lado de la calle y no crucé. Lo más probable es que anduviera pensando en cosas muy distintas. Después de todo, Mathilde ya no me interesaba en particular. Y hoy día no pensaría demasiado en ella, como tampoco en su repentina muerte, si no fuera por aquel último

encuentro en casa de los Wartenheimer. Recuerdo aquella noche con una precisión extraña, dolorosa incluso, similar a la del día que pasamos
juntos en el lago de Ginebra. Había oscurecido ya cuando llegué. Los invitados paseaban por las alamedas. Saludé al anfitrión y a varios conocidos. En algún lugar sonaba la música de una pequeña orquesta de salón, oculta en un bosquecillo. Pronto llegué al estanque, rodeado por un semicírculo de altos árboles. En el centro, sobre un oscuro pedestal, brillaba la bailarina griega, de forma que parecía suspendida sobre el agua, iluminada dicho sea de paso de modo un tanto teatral por fogonazos que llegaban desde la casa. Recuerdo la admiración que el año anterior había causado en la Sezession. Debo reconocer que también a mí me impresionó bastante, a pesar de que Samodeski me resulta extraordinariamente desagradable y de que tengo la extraña sensación de que no es él quien hace las cosas bellas que de cuando en cuando le salen, sino algo distinto que hay en él, algo inexplicable, ardiente, a mi modo de ver demoníaco, que lo más seguro es que desaparezca el día que deje de ser joven y amado. Creo que hay muchos artistas de ese tipo, y desde hace mucho tiempo este detalle me llena de cierta satisfacción.

Encontré a Mathilde en los alrededores del estanque. Caminaba del brazo de un hombre joven, que tenía el aspecto de pertenecer a una asociación de estudiantes y que se presentó como pariente de la casa. Paseamos los tres juntos, charlando muy animados de un lado a otro del jardín, en el que por todas partes ardían las antorchas. La señora de la casa vino a nuestro encuentro acompañada por Samodeski. Nos quedamos todos un rato parados, y para mi sorpresa dirigí al escultor algunas palabras muy elogiosas con respecto a la bailarina griega. A decir verdad no fue culpa mía. Estaba claro que había en el ambiente una disposición de ánimo pacífica y alegre, tal y como ocurre algunas veces en semejantes noches de primavera. Personas que por lo general son indiferentes entre sí, se saludan de todo corazón. Otros, a los que une ya cierta simpatía, se sienten impelidos a todo tipo de expansiones. Por ejemplo, cuando un rato después me senté en un banco a fumar un cigarrillo, un señor, al que sólo conocía superficialmente, se unió a mí y de pronto empezó a elogiar a la gente que, como nuestro anfitrión, hacía tan noble uso de su riqueza. Yo estaba por completo de acuerdo, si bien por lo general considero al señor Von Wartenheimer un snob y un ingenuo. Entonces, sin ningún motivo, comuniqué al caballero mis opiniones sobre la escultura moderna, de la que no entiendo demasiado, opiniones que de ordinario habrían carecido para él de todo interés, pero que bajo el influjo de aquella seductora noche de primavera aplaudió entusiasmado. Más tarde encontré a las sobrinas del dueño de la casa, a quienes la fiesta les parecía de lo más romántica, principalmente porque las luces brillaban entre las hojas y la música sonaba a lo lejos. En aquel momento estábamos justo al lado de la orquesta, pero aun así la observación no me pareció desatinada. Hasta ese punto me encontraba también yo bajo el hechizo de la atmósfera general.

La cena se sirvió en pequeñas mesas repartidas por la terraza, en la medida en que lo permitía el espacio. Otras habían sido dispuestas en el salón contiguo. Las tres grandes puertas de cristal se encontraban abiertas. Me senté a una mesa al aire libre con una de las sobrinas. Y al otro lado lo hizo Mathilde con el caballero que tenía aspecto de pertenecer a una asociación de estudiantes, pero que en realidad era empleado de un banco y oficial de la reserva. Frente a nosotros, ya en el salón, estaba Samodeski entre la anfitriona y otra hermosa dama, a la que yo no conocía. Samodeski lanzó con la mano a su esposa un beso juguetón y atrevido. Ella asintió con la cabeza y sonrió. Sin ninguna intención le observé atentamente. Con sus ojos azul acero y la larga perilla negra que de cuando en cuando acariciaba con dos dedos de su mano izquierda, era realmente guapo. Creo que nunca en mi vida he visto a un hombre, por decirlo así, brillar como lo hizo él aquella noche con palabras, miradas y gestos. Al principio sólo parecía condescender, pero en su manera de susurrar en voz baja a las mujeres, en sus insoportables miradas de triunfo y en especial en la excitada alegría de sus

Librodot

vecinas de mesa, pronto percibí que la conversación, en apariencia inocente, se alimentaba de algún fuego secreto. Como es lógico, Mathilde debía de notar todo aquello tan bien como yo, pero charlaba en apariencia impasible, tan pronto con el otro caballero, tan pronto conmigo. Poco a poco se dirigió sólo a mí, se interesó por determinadas circunstancias externas de mi vida y dejó que le contara mi viaje del año anterior a Atenas. Después ella habló de su pequeña, que ya sabía cantar canciones de Schumann de oídas; de sus padres, que se habían comprado una casita en Hietzing para pasar la vejez; de los objetos de arte sacro que el año anterior ella misma había adquirido en Saizburgo, y de otras mil cosas. Pero entre nosotros, bajo la superficie de aquella conversación, tenía lugar algo muy distinto: un silencioso y enconado combate. Con su aplomo trataba de convencerme de que nada enturbiaba su felicidad. Y yo me resistí a creerla. No pude evitar pensar otra vez en aquella velada chino-japonesa en el taller de Samodeski, en la que ella se había comportado de la misma manera. Esta vez se dio cuenta de que no conseguía ahuyentar mis sospechas y de que tendría que inventar algo muy especial para despejarlas. Y así se le ocurrió llamar mi atención sobre la rendida y amorosa actitud que aquellas dos bellas damas mostraban hacia su marido, y empezó a hablar de su éxito con las mujeres, como si pudiera alegrarse de ello de la misma manera que de su belleza o de su talento, sin ninguna preocupación ni desconfianza, como una buena compañera. Pero cuanto más se esforzaba por parecer divertida y tranquila, mayores eran las sombras que pasaban por su frente. Cuando en una ocasión alzó el vaso para brindar con Samodeski, su mano tembló. Quiso ocultarlo, reprimirlo. Con ello, no sólo su mano, sino su brazo y toda su figura mantuvieron durante unos segundos una rigidez tal que casi tuve miedo. Ella volvió otra vez en sí, me miró un instante de reojo, por lo visto se dio cuenta de que estaba a punto de perder la jugada y, como en un último intento desesperado, dijo de repente:

—Apuesto a que me toma usted por una mujer celosa.

Y antes de que yo tuviera tiempo de contestar, añadió con rapidez:

—Oh, eso es lo que piensan muchos. Al principio lo creía el propio Gregor.

Habló en voz muy alta, a propósito. En la otra mesa habrían podido oír cada palabra.

—Pues bien—dijo mirando hacia allá—, cuando se tiene un marido así, guapo y famoso... Y una misma, fama de no ser muy bonita... Oh, no necesita usted desmentirlo... Ya sé que desde que tuve a la niña me he vuelto un poco más atractiva.

Es posible que tuviera razón, pero para su marido—de eso estoy del todo seguro—la nobleza de sus rasgos nunca significó demasiado, y en lo que respecta a su figura, junto con la esbeltez juvenil para él sin duda alguna había perdido su único encanto. Pero como es lógico, le di la razón exagerando mis palabras. Pareció alegrarse y, con un valor que iba en aumento, continuó:

—No tengo el más mínimo talento para los celos. Yo misma no lo sabía. Sólo poco a poco me he dado cuenta. Sobre todo desde hace un par de años en París... ¿Sabía usted que habíamos estado allí?

Me acordaba.

—Gregor esculpió allí los bustos de la princesa La Hire y del ministro Chocquet y algunas otras cosas. Allí vivimos tan a gusto como si fuéramos jóvenes... Es decir, los dos aún somos jóvenes... Me refiero a como una pareja de enamorados, aunque también de vez en cuando frecuentáramos el gran mundo... Fuimos invitados un par de veces a la residencia del embajador austriaco. Estuvimos en casa de los La Hire y en las de algunos otros. Pero en general la vida elegante no nos importaba mucho. Incluso vivíamos en las afueras, en Montmartre, en una casa bastante sórdida, donde por otra parte Gregor tenía también su taller. Le aseguro que de los jóvenes artistas con los que allí alternamos, algunos no tenían ni idea de que estábamos casados. Yo correteaba con él de un lado a otro. Muchas noches nos sentábamos en el café Alheñes, con Léandre, Carabin y otros muchos. También de cuando en

cuando nos acompañaba todo tipo de mujeres, con las que en Viena lo más probable es que yo nunca hubiera tenido ningún trato... Aunque en definitiva...

Lanzó una brusca mirada a la señora Wartenheimer y en seguida continuó:

—Algunas eran muy guapas. Un par de veces vino también la amante de Henri Chabran, que desde su muerte vestía siempre de negro y que cada semana tenía un acompañante distinto, los cuales en aquella época tenían

que ir también de luto, se lo exigía ella... Conoce uno a gente extraña. Puede usted imaginar que allí las mujeres corrían tras mi marido no menos que en cualquier otra parte. Era de risa. Pero como yo siempre estaba con él, o casi siempre, no se atrevían a acercarse del todo, tanto menos cuanto que yo pasaba por ser su querida... ¡Sí! Si hubieran sabido que no era más que su mujer... Y así fue como una vez tuve una extraña ocurrencia de la que seguramente usted nunca me hubiera creído capaz. Y si he de ser sincera, yo misma me asombro ahora de mi propio coraje.

Miró al frente y siguió hablando en voz más baja que antes:

—Por otro lado, es posible que también estuviera en relación con algo que ya... Bueno, puede usted imaginarlo. Desde hacía un par de semanas sabía que estaba esperando un hijo. Aquello me hacía enormemente feliz. Al principio no sólo me sentí más serena, sino, cosa curiosa, también mucho más voluble de lo que lo había sido nunca hasta entonces... Pues bien, imagínese, una hermosa noche me vestí con ropa de hombre y salí con Gregor en busca de aventuras. Como es natural, le hice prometer que ante todo no se sentiría cohibido en absoluto... Si no, toda la historia no habría tenido ningún sentido. Por otro lado, yo tenía un aspecto bárbaro. No me habría reconocido usted. Nadie me hubiera reconocido. Un amigo de Gregor, un tal Léonce Albert, un joven pintor, un hombre jorobado, pasó a recogernos aquella noche. Era delicioso... Mayo, hacía calor, y yo me sentía descarada, no puede usted hacerse idea. Imagínese, me había quitado el gabán, un gabán amarillo, muy elegante, y lo llevaba en el brazo, como suelen hacerlo los hombres. Ya era bastante de noche. Cenamos en un pequeño restaurante en un bulevar de las afueras y nos fuimos a La Roulotte, donde por entonces cantaba Legay. Y Montoya... «Tu t'en iras les pieds devant...» La habrá escuchado usted hace poco en el teatro Wiedener, ¿no es así?

En aquel momento Mathilde echó una rápida ojeada a su marido, quien no reparó en ello. Era como si desde hacía mucho tiempo se estuviera despidiendo de él. Y después continuó hablando a trompicones, cada vez con mayor vehemencia, precipitándose por así decirlo hacia delante.

—En La Roulotte había una dama muy elegante sentada muy cerca de nosotros. Coqueteó con Gregor, pero de una manera... En fin, le aseguro que no puede uno imaginar algo más indecente. Nunca entenderé cómo es que su marido no la estranguló allí mismo. Yo lo habría hecho. Creo que se trataba de una duquesa. Está bien, no se ría, seguro que era una dama de la alta sociedad, a pesar de su conducta... Eso se puede apreciar. Y yo, al fin y al cabo, quería que Gregor le siguiera la corriente... ¡Claro que sí! Me hubiera gustado ver cómo se inicia una cosa así... Deseaba que le pasara una carta a escondidas o algo parecido, lo que habría hecho en un caso semejante, de no haber estado delante su mujer... Sí, eso es lo que yo quería, aun cuando no estuviera exento de peligro para él. Es evidente que en nosotras, las mujeres, se oculta una feroz curiosidad. Pero a Gregor, a Dios gracias, no le apeteció. Incluso nos marchamos bastante pronto. Otra vez fuera, en la hermosa noche de mayo, Léonce se quedó todo el tiempo con nosotros. Por lo demás, se enamoró de mí durante aquella velada y, contra su costumbre, se comportó de un modo francamente galante. Por lo general era un hombre muy cohibido. Por su aspecto... Y yo le dije: «Al parecer hay que llevar un gabán amarillo para que le haga usted a una la corte.» Seguimos paseando tan animados como si fuéramos tres estudiantes. Y ahora viene lo interesante. Fuimos al Moulin Rouge. Formaba parte del programa. Y también era necesario que al fin ocurriera algo. Hasta el momento aún no

habíamos tenido ninguna experiencia... Únicamente a mí, imagínese, a mí, una mujerzuela me interpeló por la calle. Pero aquél no era nuestro propósito... Hacia la una estábamos en el Moulin Rouge. Lo que ocurre allí dentro, bueno, seguro que usted ya lo sabe. A decir verdad, yo me lo había imaginado peor... Al principio tampoco allí sucedió lo más mínimo y parecía que toda la broma no habría de llevar a nada. Yo me puse un poco de mal humor. «Eres una niña», me dijo Gregor. «¿Qué te habías imaginado? ¿Que vendríamos y caerían a nuestros pies?» Dijo «nuestros» por consideración hacia Léonce. Era imposible que alguien pudiera caer a los pies de Léonce. Pero cuando ya todos estábamos pensando seriamente en volver a casa, la cosa dio un giro. A mí me llamó la atención una persona... Sí, a mí. Alguien que ya había pasado un par de veces ante nosotros de manera del todo casual. Era muy seria y tenía un aspecto muy distinto al de la mayoría de las damas allí presentes. Vestía de un modo nada llamativo. Iba de blanco, toda de blanco. Yo había visto cómo a dos o tres hombres que se habían dirigido a ella no les había dado ninguna respuesta, simplemente había continuado su camino, sin dignarse siquiera a mirarles. Sólo atendía al baile, muy tranquila, interesada, objetiva diría... Léonce preguntó, yo se lo pedí, a unos cuantos conocidos si habían encontrado ya alguna vez en algún sitio a aquella hermosa criatura. Él recordaba haberla visto el pasado invierno en uno de los bailes de los jueves en el Barrio Latino. Léonce le habló a cierta distancia de nosotros, y a él le contestó. Después se acercó con ella. Nos sentamos todos a una pequeña mesa y bebimos champán. Gregor se desentendió de ella, como si no estuviera allí... Aquello pareció estimularla mucho. Se volvió cada vez más animada, locuaz, desenvuelta. Y, como suele ocurrir, poco a poco nos contó toda su vida. Por lo que puede llegar a pasar una pobre chica como ésa. O tiene que pasar, tal vez. Lee uno tan a menudo sobre ello, y sin embargo cuando lo escuchas como algo del todo real, de alguien que está sentado junto a ti, resulta muy extraño. Aún recuerdo muchas cosas. Cuando tenía quince años, alguien la sedujo y la dejó plantada. Entonces era modelo. También trabajó como figurante en un pequeño teatro. ¡Las cosas que nos contó del director! Me habría marchado de allí corriendo de no haber estado ya un poco achispada por el champán. Después se había enamorado de un estudiante de medicina, que se dedicaba a la anatomía. De vez en cuando iba a recogerle al depósito de cadáveres... Mejor dicho, se quedaba allí con él... No, no es posible repetir lo que nos contó. El estudiante de medicina, naturalmente, también la dejó. Y aquello no pudo soportarlo. ¡Justo eso! Y se suicidó, es decir, lo intentó. Ella misma se burlaba de ello... ¡Con unas expresiones...! Aún oigo su voz. Y aunque lo contó en un tono brutal, resultaba más suave de lo que debió de ser la realidad. Se abrió un poco el vestido y mostró una pequeña cicatriz de color rojo que tenía sobre el pecho izquierdo. Y cuando todos estábamos mirando muy serios aquella cicatriz, ella de pronto le dijo, no, le gritó a mi marido: «¡Bésela!» Ya le he dicho que Gregor no le hacía ningún caso. Apenas prestó atención mientras ella contaba sus historias. Miraba la sala, fumaba cigarrillos y cuando ella le interpeló de ese modo apenas sonrió. Pero yo le di un empujón, le pellizqué. Realmente estaba un tanto achispada... En cualquier caso, fue la sensación más extraña de toda mi vida. Y lo quisiera o no, tuvo que besar... Es decir, tuvo que hacer como que rozaba aquella parte con los labios. Sí, y después todo resultó cada vez más divertido y más estrafalario. Nunca me he reído tanto como aquella noche... Y no sé por qué. Nunca habría considerado la posibilidad de que una criatura femenina, y menos aún una como ella, pudiera enamorarse tan locamente de un hombre en el transcurso de una hora como aquella pobre se enamoró de Gregor. Se llamaba Madeleine.

No sé si Mathilde pronunció aquel nombre en voz alta a propósito. En cualquier caso, me pareció que su marido lo oía, pues levantó la vista hacia nosotros. Su mujer, cosa curiosa, no se dio cuenta, pero nuestras miradas se cruzaron y permanecieron un buen rato descansando la una en la otra, no precisamente con especial simpatía. Y de pronto él sonrió a su mujer.

Mathilde asintió con la cabeza, él siguió hablando con sus vecinas y ella volvió a dirigirse a mí.

—Naturalmente, no puedo acordarme de todo lo que más tarde contó Madeleine—me dijo—. Era todo tan confuso. Pero me gustaría serle sincera: hubo un momento en el que me sentí incómoda. Fue cuando Madeleine le cogió la mano a mi marido y la besó. Aunque en seguida se me pasó, pues, verá usted, en aquel instante no pude evitar el pensar en nuestro hijo. Y entonces sentí lo indisolublemente unidos que estábamos el uno al otro, y cómo todo lo demás no eran más que sombras, naderías. O una comedia, como la de esta noche. Después todo volvió a ir bien. Estuvimos en un café en el bulevar hasta que amaneció. Luego oí que Madeleine le pedía a mi marido que la acompañara a casa. Él se rió de ella. Y, para llevar la broma a buen puerto, a uno que en cierto sentido le resultara ventajoso... Ya sabe usted el egoísmo que muestran todos los artistas siempre que se trata de su arte. Resumiendo, le dijo que era escultor y la invitó a visitarle al día siguiente. Quería esculpirla. Madeleine contestó: «¡Que me ahorquen si eres escultor! Pero iré.»

Mathilde guardó silencio, aunque nunca he visto los ojos de una mujer expresar tanto dolor o disimularlo. Después, en cuanto reunió las fuerzas necesarias para pronunciar lo último que tenía que decirme, continuó:

—Gregor se empeñó en que yo estuviera al día siguiente en el taller. Sí, incluso me propuso que cuando ella llegara yo me quedara escondida tras la cortina. Bien, hay mujeres, muchas, que se habrían prestado a ello, pero yo soy de la opinión de que o se cree o no se cree... Y yo había decidido creer. ¿No tengo razón?

Y me miró abriendo los ojos, interrogándome. Sólo asentí y ella siguió hablando:

—Madeleine, naturalmente, vino al día siguiente, y después muy a menudo... Como han venido otras muchas antes y después... Y puede usted creerme: ella era una de las más hermosas. Usted mismo se ha quedado hoy admirado ante ella. Ahí afuera, en el estanque.

—¿La bailarina?

—Sí. Madeleine fue la modelo. ¡Así que usted cree que yo he desconfiado en un caso como ése o en algún otro! ¿No habría convertido su vida y la mía en un suplicio? Me siento feliz de no tener motivos para estar celosa.

Alguien se había puesto en pie y había empezado a pronunciar un brindis—a la salud del dueño de la casa—al parecer muy gracioso, pues la gente se reía de todo corazón. Pero yo observaba a Mathilde, que escuchaba tan poco como yo. Y vi cómo levantaba la vista en dirección a su marido y le lanzaba una mirada que no sólo delataba un amor infinito, sino que también simulaba una confianza inquebrantable, como si en verdad su más alto deber consistiera en no impedirle de ningún modo el goce de la vida. Él percibió también aquella mirada, sonriendo, impertérrito, aunque, como es natural, sabía tan bien como yo que ella sufría y que toda su vida había sufrido como un animal.

Y por eso no creo en la fábula del ataque al corazón. Aquella noche conocí demasiado bien a Mathilde. Y para mí es un hecho indiscutible que al igual que jugó ante su marido el papel de esposa feliz desde el primer instante hasta el último—mientras él la engañaba y la abocaba a la locura—, cuando echó por tierra su vida, porque no podía soportarla más, fingió una muerte natural. Y él también había tomado ese último sacrificio como si le correspondiera por derecho.

Me encuentro ante la verja... Las persianas están cerradas a cal y canto. Blanca y como hechizada, la pequeña villa aparece envuelta en la penumbra. Y ahí, entre las ramas rojas, brilla el mármol.

Quizá sea injusto con Samodeski. A lo mejor es tan necio que en el fondo no sospecha la verdad. Pero es triste pensar que Mathilde al morir no tuvo mayor deleite que el saber que había logrado su último y sublime engaño.

Librodot

¿O me equivoco por completo y fue una muerte natural? No, no dejaré que me quiten el derecho a odiar al hombre al que tanto amó Mathilde. Durante mucho tiempo ésa será probablemente mi única alegría...

OBRAS DE CARIDAD, CON DISCRECIÓN Y DE BUENA FE

Caminaba tan rápido como podía. Y a ratos, corría sin más. Pero era inútil: cada vez tenía más frío. Y desde que se hiciera de noche, encima nevaba. Las calles brillaban bajo la luz de las farolas. ¿Qué hacer? Ya no podía aventurarse a entrar en una taberna. Por la tarde había gastado sus dos últimas monedas en un café. Después de pasar todo el día corriendo escaleras arriba y abajo, le había entrado hambre. Hacía ocho días que había vendido su gruesa chaqueta, cuando, traidores, soplaron los primeros vientos de primavera. Y ahora, para colmo de miserias, parecía querer irrumpir un nuevo invierno.

Franz llegó al final de la calle y se encontró frente a un gran edificio, ante el que había unas farolas y cuyos inmensos ventanales resplandecían en la clara luz. Los carruajes, formando una fila densa y cerrada, se aproximaban lentamente al portón. De todas partes llegaban peatones con el cuello del abrigo subido, que desaparecían en el vestíbulo. Franz supo que estaba ante el Sophiensaal. Más allá, un muchacho alto iba de un lado para otro abriendo las puertas de los carruajes y recibiendo propinas de quienes se apeaban.

Sintió que en su interior despertaba la envidia. Si pudiera decidirse a hacer lo mismo, pero aquello era mendigar. Y él era estudiante... Inscrito en la universidad. Con amargura recordó que hacía un par de meses, estando como hoy al borde de la desesperación, había acudido a la asociación de estudiantes en busca de ayuda, que después, en una amplia antesala, había tenido que esperar con otros treinta o cuarenta a que un señor con gafas sentado a una mesa de color verde le entregara un par de florines y que, cuando quiso dar las gracias, el hombre le había indicado ceremoniosamente la puerta, diciendo: «Está bien, adelante.»

Un joven y una dama pasaron junto a él. Comían castañas asadas y reían, como si el poder saborear aquellas golosinas mientras otros se morían de hambre les hiciera mucha gracia. A Franz el olor le llegó, tentándole, hasta las narices. Lo que más le hubiera gustado era arrancarles sencillamente de las manos aquella materia aromática y cálida para devorarla, y se dio cuenta de que para actuar de esa forma no le faltaba en el fondo más que el valor. Apretó los dientes de rabia al pensar en el cobarde muerto de hambre en el que la necesidad había convertido al alegre muchacho de otro tiempo. Si se hubiera quedado en casa... A algún oficio artesanal o algún trabajo en el campo, a eso es a lo que se habría dedicado. Y hoy estaría fuerte y sano, como antes, cuando vagaba por bosques y montañas o durante horas podía tumbarse en un prado y quedarse contemplando el cielo. Allí en casa habría encontrado ya alguna manera honrada de ganarse el pan, sin tener que humillarse como aquí. ¡En qué se había convertido!

Los acordes de la música de baile atravesaron el aire, silencioso y frío, con una intensidad al parecer mayor que antes. En aquel momento se dio cuenta de que alguien observaba cómo, apoyado en una farola, con las manos en los bolsillos del pantalón, le castañeteaban los dientes. Era un joven caballero, envuelto en un abrigo de piel, con un pequeño bigote, que se acercaba pisoteando la nieve y que de pronto se plantó ante él. Se abrió el abrigo, echó una mano enguantada de blanco al bolsillo y sacó el monedero. Contra su deseo, sí, incluso sintiendo un ahogado asombro ante su propia actitud, Franz mantuvo los ojos casi suplicantes fijos en el hombre y la diestra extendida, como a la espera. El hombre buscó en el monedero, sin encontrar al parecer lo que quería. Después sacudió ligeramente la cabeza, murmuró un «Ah, vaya» y alcanzó a Franz una moneda de diez coronas. Sin querer, Franz abrió la boca y los ojos. Le embargó un colosal entusiasmo. Sabía que en unos minutos podría comer. Y respiró el aroma de un asado y el del pan recién hecho. Con fervor agarró la mano de aquel

joven caballero, la estrechó y al final la apretó contra sus labios. El otro, como sorprendido, se apartó. Parecía querer preguntar algo, pero en seguida volvió en sí, atravesó la calle corriendo, se giró más allá entre dos carruajes y desapareció en el vestíbulo. Franz le siguió con la vista hasta donde pudo, con la vaga sensación de tener que grabar en su memoria la figura y los andares de su salvador. Después, con un miedo repentino, se acercó la moneda de oro aún más a los ojos y, cuando comprobó que no se había equivocado, respiró hondo. Por último echó a correr durante un buen rato por las calles, sin pensar en el hambre, en la sed o en el frío, pero cuando en una esquina vio refulgir las iluminadas ventanas de una modesta fonda, recobró el juicio y entró.

No era un local muy frecuentado. A una mesa alargada se sentaba un pequeño grupo de personas mayores, que hablaban en voz alta, sin preocuparse de los que entraban. Franz tomó asiento en una mesa grande y redonda, pidió una cena, comió y bebió con ansia y un dulce y doloroso apetito. Cuando hubo terminado, apartó el plato y se echó hacia atrás. No tenía ninguna prisa. Siempre llegaba demasiado temprano al sucio alojamiento en el que había dormido las últimas noches. Y la perspectiva de tener que salir otra vez a la intemperie le resultaba también cada vez más desagradable.

Le pareció que los demás le miraban. Inquieto, se movió en la silla de un lado a otro. Ahora que estaba sentado en un local caldeado, con el estómago lleno como el resto de la gente, casi se sintió como si durante las últimas horas no hubiera estado en sus cabales. Con malestar pensó en el momento en el que, implorante, había extendido la mano hacia aquel joven caballero, y aún con mayor disgusto en el instante que había venido inmediatamente después... Tenía unas ganas horribles de volver al Sophiensaal, para acechar la salida de su benefactor y aclararle que en modo alguno era un mendigo.

Franz pagó y se marchó. Por la calle se mareó un poco. Y frente al tétrico mesón de la Brigittenau se sintió aún más espantado que antes, de modo que de inmediato volvió a entrar en un café, para tomar otro aguardiente.

Allí le golpeó un aire cargado y lleno de humo. La espaciosa, aunque humilde sala estaba bastante llena. Por las mesas de billar rodaban las bolas. Por todas partes resonaban las risas y fuertes voces. Franz encontró una pequeña mesa libre junto a la última ventana. No lejos de él había dos jóvenes vestidos de frac, en compañía de una hermosa muchacha de ojos oscuros e inquietos. Por un instante, uno de los caballeros miró con acritud a Franz, quien se sobresaltó, pues creyó reconocer al hombre del abrigo de piel, aunque después se enojó por haberse asustado tanto. Como si él no tuviera derecho a frecuentar los mismos locales que ellos. En ese momento aquel hombre estaría bailando con elegantes damas en medio de un salón iluminado, orgulloso de haber hecho feliz a un pobre diablo al que había comprometido a un agradecimiento eterno. Franz se mordió los labios... Sí, si le hubiera dado diez veces más o cien... Sí, entonces sí que tendría que haberle besado la mano. En ese caso él podría modificar de raíz su existencia, empezar una nueva vida, ser... ¡Ser un hombre como cualquier otro! Pero con aquella moneda de oro... Era justo lo suficiente para hacerle sentir aún mayor amargura por su pobreza y para humillarle más que nunca hasta ese momento... La evocación le hizo subir los colores... Le hubiera gustado ver entrar a su bienhechor. Se habría levantado, se habría plantado ante él y le habría arrojado el resto del dinero a los pies...

Franz se dio cuenta de que el grupo que estaba más allá fijaba su atención en él. Tal vez llevado por la emoción había hablado a media voz. La muchacha le había vuelto la espalda. Su peinado estaba un poco revuelto. Algunos finos cabellos sueltos se le habían rizado en la nuca. Franz pensó en una noche de verano en su pueblo: sentado en un banco del Mühienweg, la camarera de La Uva Verde corría acalorada por la pradera hacia él. A la luz de la luna era como si volara sobre la hierba. Fue la noche anterior a que él tuviera que marcharse a la ciudad y desde entonces no había vuelto a tener a ninguna entre los brazos. Le invadió una súbita nostalgia por la rubia criatura de mejillas ardientes y húmedas en la que hacía tanto

Librodot

tiempo no había vuelto a pensar, y le entraron verdaderas ganas de marcharse por la mañana temprano e ir a pie hasta su casa por las calles y las colinas nevadas.

De pronto, ante él se encontraba una pálida muchacha, muy silenciosa, con un cestito lleno de flores, que, sin apenas mirarle, le tendió un pequeño ramillete de claveles rojos y reseda. Confuso, agarró maquinalmente el ramillete y lo dejó ante sí. Mientras buscaba una moneda de veinte céntimos, la chica cogió las flores de la mesa y se las puso en el ojal, siempre en silencio, sin inmutarse, como si estuviera pensando en algo muy distinto. Franz sacó al fin la moneda de la bolsa. Era una corona, pero le avergonzó ponerse a buscar otra vez y se la entregó a la chica. Ella esbozó una ligera sonrisa y Franz vio que debía de ser mucho mayor de lo que en un principio había supuesto.

—Beso su mano, señor—dijo ella, al tiempo que se alejaba.

El sonido de aquellas palabras hizo que el corazón le palpitara... Y cuando dirigió de nuevo su mirada a la otra mesa, le pareció como si de todas partes le observaran mostrando un respeto sincero y natural. Sin querer adoptó una actitud más desenvuelta, hizo una seña al camarero, pidió cigarrillos y encendió uno. Después se marchó.

Seguía nevando, y en las calles, por las que ahora paseaba, no había ni un alma. Ya no sentía el frío, aunque el suelo vacilaba un poco bajo sus pies.

Una idea tentadora se le pasó por la cabeza. Se espeluznó... Y se detuvo un instante. Después siguió pisoteando la nieve y sintió cierto placer imitando los andares del caballero del abrigo de piel...

En una calle muy estrecha dos mujerzuelas le salieron al encuentro. Una se tapaba la cara con un manguito. Cuando se encontraba justo enfrente de Franz, dejó caer el brazo, mostrando un rostro risueño. Franz la observó. La otra continuó su camino, como si desde el principio no albergara ninguna esperanza. La del manguito quiso coger el ramo de flores y se pegó a Franz. Estaba muy confundido.

—No tengo tiempo—dijo.

—¿Qué otra cosa tienes que hacer a estas horas de la noche? Ven. Ése de ahí es mi portal.

Y resuelta tiró de la campanilla. Se puso a tararear una copla y miró a Franz riendo. Él no se movió. Abrieron el portal, que en seguida volvió a cerrarse tras ellos.

La habitación, en la que entraron, era pequeña y humilde. En el antepecho de la ventana había una lámpara de petróleo que ardía con una débil llama. Franz pensó de nuevo en aquella última noche de verano, en el pueblo, en el fresco perfume de los prados y bosques que entonces le rodeara. Le hubiera gustado irse de allí, pero se quedó.

Más tarde se durmió a su lado.

En sueños subió la gran escalera de una hermosa casa en la que había dado clase durante las primeras semanas de su llegada a Viena. Allá arriba había unos hombres que no se preocupaban por él. De pronto una voz retumbó a sus espaldas, aguda, como una orden. Después los dos se volvieron hacía él y a puntapiés le echaron escaleras abajo. Pero allí, abajo, en un banco forrado de terciopelo, estaba sentado el caballero del Sophiensaal, que en su regazo tenía a la vendedora de flores. Ambos comían castañas y no reconocieron a Franz, lo que le puso furioso. Les gritó. No le oyeron. Y todos los que pasaban, cientos, miles de personas, se burlaban de él. Le hubiera gustado liarse a puñetazos, pero no podía moverse.

Se despertó de golpe y se levantó. La mujer se enderezó en la cama. Era obvio que había dormido profundamente y estaba de muy mal humor. Se puso algo encima y en pantuflas se arrastró por el cuarto. Franz tuvo que darle casi todo lo que le quedaba y salió de allí corriendo.

Cuando la puerta de la casa se cerró retumbando tras él, dieron las tres en el cercano campanario de una iglesia. Franz tomó directamente el camino que llevaba al Sophiensaal. Tenía que encontrar al caballero del abrigo de piel. Si no lo conseguía ahora, lo buscaría por toda la ciudad, en cada esquina y en cada tramo, hasta encontrarle. Aquel asunto no estaba en

orden, y había que arreglarlo. En los labios tenía una sensación ardiente, dolorosa. Como si hubiera besado la mano de aquel caballero, no por las diez coronas que le había regalado, sino por todo lo vano y miserable en lo que se le había ido el dinero... Los sucesos de la noche le rondaban confusamente por la cabeza. Sólo ahora se le ocurrió, con una perfecta lucidez, que se encontraba cara a cara con la más absoluta miseria, que de nuevo no sabía de qué habría de vivir mañana.

La calle estaba desierta. El frío viento de la mañana soplaba por encima de la nieve. Pasó ante una taberna que abría en aquel preciso instante. Adormilada y sin peinar, una judía gorda limpiaba el polvo del mostrador. Franz entró y, como a despecho de sí mismo y del mundo entero, se bebió de un trago otro vaso de aguardiente. Después siguió corriendo y en un par de minutos alcanzó su objetivo. Se colocó cerca del portón y esperó. Seguía sonando la música de baile a través de las ventanas, que temblaban levemente. ¿Era verdad que tan sólo había pasado una noche desde entonces?

Llegaron unos carruajes vacíos. Los caballeros y las damas salieron del vestíbulo y se subieron a ellos. Otros se marcharon a pie, apresurados. Franz se asombró de la seguridad con la que dejó pasar a varios caballeros que llevaban un abrigo de piel parecido al de su benefactor. Estaba decidido a no moverse del sitio antes de que el último invitado hubiera abandonado el edificio.

Esperó.

De pronto se le paró el corazón... Allí estaba. Salió por la puerta, se abotonó el abrigo y se subió el cuello. Era una verdadera suerte que Franz le hubiera reconocido ya tras la puerta de cristal, pues ahora iba casi embozado. Franz esperó, con las manos en los bolsillos, y el caballero volvió a pisotear la nieve, lo que irritó a Franz, que le cortó el paso. El caballero le miró y preguntó:

—¿Qué?

En aquel momento pareció reconocerle y sonrió.

—Señor mío... —comenzó a decir Franz, pero estaba muerto de miedo y no pudo continuar.

La mirada arrogante del otro, de la que al mismo tiempo emanaba el recuerdo de la extraordinaria generosidad que había mostrado la noche pasada y el desprecio inconsciente por el mendigo que se encontraba ante él, exasperó a Franz hasta el punto de volverle loco, de modo que empezaron a arderle los ojos. Un odio indecible le revolvió las tripas. Tomando impulso, arreó a su benefactor una fuerte bofetada, que hizo que se le cayera el sombrero de copa. El joven caballero primero abrió aterrorizado la boca. Después agarró el brazo levantado del mendigo y se puso a gritar llamando a un guardia. Algunas personas, que salían del vestíbulo, se detuvieron. Los cocheros corrieron hasta allí. Un policía llegó en seguida al lugar.

—¿Se ha vuelto loco?—gritó el benefactor, mientras recogía su sombrero—. He de observar—chilló, muy excitado, sin fuerzas para mantener el distinguido porte que mostrara hasta entonces—que ayer a este sujeto le di una suma enorme... ¡Diez coronas! Sí, diez coronas. Por favor, señor guardia...

Y al tiempo que se ponía el sombrero:

—¡Jamás me había sucedido nada igual!

Franz dejó que el caballero gritara. Se sentía muy bien y no dijo una sola palabra. El asunto estaba zanjado. Había saldado su deuda de gratitud. Y, por así decirlo, liberado, con una serena sonrisa en los labios, dejó que le condujeran hasta la comisaría.

LA PREDICCIÓN

1

No lejos de Bolzano, a una altura moderada, como perdida en el bosque y apenas visible desde la carretera, se encuentra la pequeña propiedad del barón Von Schottenegg. Un amigo que desde hace diez años vive en Merano, donde trabaja como médico, y al que volví a encontrar allí en otoño, fue quien me presentó al barón, quien por entonces tenía cincuenta años y era un diletante en varias artes. Componía algunas piezas, era hábil tocando el violín y el piano, y tampoco se le daba mal dibujar. Pero a lo que más seriamente se había dedicado desde época temprana era al teatro. Decían que de joven y bajo un nombre supuesto anduvo un par de años vagabundeando por pequeños escenarios del imperio. Bien por la constante oposición del padre, bien porque su talento fuera insuficiente o bien por falta de oportunidades, el caso es que el barón había renunciado a aquella carrera lo suficientemente pronto como para poder entrar aún y sin demasiado retraso en la administración pública y seguir la profesión de sus antecesores, que durante dos décadas desempeñó fielmente, aunque sin entusiasmo. Pero cuando con más de cuarenta años, justo después de la muerte de su padre, abandonó el cargo, se demostró con qué pasión seguía apegado al objeto de sus sueños juveniles. Mandó acondicionar la villa situada en la ladera del Guntschnaberg y allí reunió, en especial durante las temporadas de verano y otoño, a un círculo cada vez mayor de damas y caballeros que se prestaban fácilmente como actores o para escenificar cuadros vivientes. Su mujer, que procedía de una vieja familia burguesa del Tirol y no mostraba verdadera simpatía por las cuestiones artísticas, aunque era inteligente y trataba a su marido con una cariñosa camaradería, contemplaba su afición con cierto desdén, si bien le trataba de manera tanto más complaciente cuanto que el interés del barón favorecía sus propias inclinaciones sociales. El grupo que uno podía encontrarse en el castillo no resultaría lo suficientemente escogido a los ojos de los críticos más severos. Sin embargo, los invitados que por nacimiento y educación eran proclives a mostrar prejuicios de clase no se escandalizaban frente a la desenvoltura que reinaba en aquel círculo, que a través del arte que allí se practicaba parecía suficientemente justificada. Por lo demás, el buen nombre y la reputación de la pareja anfitriona alejaban cualquier posible sospecha de que allí las costumbres pudieran ser licenciosas. Entre otros muchos, de los cuales ya no me acuerdo, encontré en el castillo a un joven conde que era jefe del distrito de Innsbruck; a un oficial de cazadores de Riva; a un capitán del Estado Mayor con su mujer y su hija; a una cantante de ópera de Berlín; a un fabricante de licores de Bolzano con sus dos hijos; al barón Meudolt, que acababa de llegar de un viaje alrededor del mundo; a un actor del Teatro Imperial jubilado, originario de Bückeburg; a una condesa viuda llamada Saima, que de muy joven había sido actriz, y a su hija, así como al pintor danés Petersen.

En el castillo propiamente dicho vivían sólo unos pocos invitados. Algunos se hospedaban en Bolzano. Otros, en una modesta pensión que se encontraba abajo, en el cruce de caminos, de donde partía una senda más estrecha que conducía hasta la propiedad. Pero la mayor parte de las veces todo el grupo se reunía allá arriba en las primeras horas de la tarde, haciendo ensayos hasta bien entrada la noche, en ocasiones bajo la dirección del que en otro tiempo fuera actor del Teatro Imperial y de cuando en cuando bajo la del barón, que nunca actuaba. Al principio entre bromas y risas, y poco a poco cada vez con mayor seriedad, hasta que se acercaba el día de la representación. Y dependiendo del clima, del humor, de los preparativos, teniendo en cuenta en la medida de lo posible el escenario en el que se desarrollaba la acción,

el estreno tenía lugar bien en la explanada que lindaba con el bosque y se encontraba detrás del jardín del castillo o bien en la sala de la planta baja, en la que se abrían tres grandes ventanales en arco.

Cuando visité por primera vez al barón, yo no tenía otro propósito que el de pasar una alegre jornada en un lugar nuevo y en compañía de gente nueva. Pero como ocurre a menudo cuando uno vagabundea sin objetivo y en completa libertad, y más a una edad en la que la juventud desaparece poco a poco sin que haya nada que a uno le obligue a volver a la patria, dejé que el barón me convenciera para quedarme más tiempo. Un día se convirtió en dos, en tres y más. Y así, ante mi propio asombro, viví hasta entrado el otoño allá arriba, en el castillo, donde me prepararon un cuarto confortablemente equipado en una pequeña torre con vistas al valle. Esta primera estancia en el Guntschnaberg, a pesar de todo el regocijo y el alboroto que reinaban a mi alrededor, será siempre para mí un recuerdo agradable y tranquilo, ya que con el resto de los invitados me relacioné sólo fugazmente y porque además, animado por igual a la reflexión y al trabajo, pasé una buena parte de mi tiempo dando solitarios paseos por el bosque. El hecho de que en una ocasión el barón, movido por la cortesía, hiciera representar una de mis obras tampoco perturbó la paz de mi estancia, pues nadie se percató de mi condición de autor. Para mí, aquella noche suponía más bien una experiencia muy placentera, pues con aquella representación sobre el césped, al aire libre, se cumplía, tan tarde como inesperadamente, un modesto sueño de mis años juveniles.

La alegre agitación del castillo remitía poco a poco, las vacaciones de aquellos caballeros que desempeñaban alguna profesión en su mayor parte iban llegando a su fin, y sólo de cuando en cuando venía alguna visita de amigos que se habían establecido en los alrededores. Sólo entonces logré mantener una relación más estrecha con el barón, y en él encontré para mi sorpresa más modestia de la que suele ser propia en un diletante. En modo alguno se engañaba acerca de que lo que se llevaba a cabo en su castillo no era otra cosa que un género un tanto más elevado de juego de sociedad. Pero como a lo largo de su vida le había sido negada la posibilidad de entablar una relación duradera y seria con su amado arte, se conformaba con el resplandor que como venido de remotas distancias brillaba sobre el inofensivo teatro del castillo, y se alegraba además de que allí no se percibiera ni rastro de esa mezquindad que en todas partes trae consigo lo profesional.

Durante uno de nuestros paseos y sin que resultara inoportuno, expresó el deseo de ver representado en su escenario al aire libre una obra creada expresamente para aquel espacio inmenso y para su entorno natural. Esta observación se ajustaba hasta tal punto a un proyecto al que yo daba vueltas desde hacía algún tiempo que prometí al barón que cumpliría su deseo.

Poco después abandoné el castillo.

Ya en los primeros días de la primavera siguiente, junto con unas amables palabras rememorando los hermosos días del otoño anterior, envié al barón una obra que podía responder perfectamente a los requisitos de la ocasión. Poco después llegó la respuesta, en la que el barón me daba las gracias y en la que, afectuoso, me invitaba a visitarle el próximo otoño. Pasé el verano en las montañas, y en los primeros días de septiembre, cuando empezaba a refrescar, me marché al lago de Garda, sin darme cuenta de que me encontraba muy cerca del castillo del barón Von Schottenegg. Sí, hoy me parece como si en aquella época me hubiera olvidado por completo del pequeño castillo y del trajín que allí tenía lugar. Pero el 8 de septiembre recibí una carta que el conde me había enviado a Viena. Expresaba una moderada extrañeza frente al hecho de que yo no hubiera dado señales de vida, y me comunicaba que el 9 de septiembre tendría lugar el estreno de la pequeña obra que yo le había enviado en primavera y al que en ningún caso podía faltar. El barón me prometía que disfrutaría en especial con los niños que participaban en la obra y a los que ahora ya no había forma de impedir que, fuera de los ensayos, corretearan de un lado a otro y jugaran en el césped con sus delicados trajes. El papel principal—me contaba en su carta—había recaído,

Librodot

tras una serie de casualidades, en su sobrino, el señor Franz von Umprecht, quien, como seguramente recordaría, el año anterior sólo había actuado en dos de los cuadros vivientes, pero que también como actor había demostrado poseer un sorprendente talento.

Partí de viaje, llegué por la noche a Bolzano y el díade la representación me dirigí hacia el castillo, donde el barón y su mujer me recibieron con amabilidad. Tuve que saludar a otros conocidos: al actor del Teatro Imperial retirado, a la condesa Saima y a su hija, al señor Von Umprecht y a su mujer, así como a la hija del guarda forestal, que a sus catorce años debía recitar el prólogo a mi obra. Para la tarde se esperaba a mucha gente y por la noche asistirían a la representación más de cien espectadores, no sólo invitados personales del barón, sino también gente de la comarca, a la que hoy, como ya venía sucediendo a menudo, se le permitía el libre acceso al teatro. Para esta ocasión habían contratado además a una pequeña orquesta, integrada por músicos profesionales de la de Bolzano y por algunos aficionados, orquesta que habría de ejecutar una obertura de Weber, además de una pieza para el entreacto, compuesta por el propio barón.

Durante la comida el ambiente resultó muy animado. Tan sólo el señor Von Umprecht me pareció más callado que el resto. Al principio apenas fui capaz de acordarme de él, y me llamó la atención que me miraba con mucha frecuencia, en ocasiones con simpatía, después de nuevo con cierta timidez, sin que una sola vez me dirigiera la palabra. Poco a poco la expresión de su rostro me resultó más familiar, y de pronto recordé que el año anterior había aparecido en uno de los cuadros vivientes sentado ante un tablero de ajedrez con hábito de monje y los brazos acodados. Le pregunté si no me equivocaba. Mientras yo le hablaba, casi se turbó. El barón respondió por él y después, sonriente, hizo una observación sobre el recién descubierto talento interpretativo de su sobrino. En aquel momento el señor Von Umprecht rió para sus adentros de un modo bastante extraño, después me echó una mirada que parecía expresar una suerte de complicidad entre nosotros dos y que yo no supe explicarme del todo. Pero desde ese momento evitó volver a mirarme.

2

Nada más terminar de comer, me retiré a mi habitación. Y allí me encontraba de nuevo, ante la ventana abierta, como tantas otras veces el año anterior, disfrutando de la encantadora vista que se abría allá abajo, sobre el valle que resplandecía al sol y que justo a mis pies se extendía poco a poco, abriéndose por completo en lontananza, para abarcar la ciudad y la campiña.

Al cabo de un rato alguien llamó a la puerta. Entró el señor Von Umprecht, se quedó parado en el umbral y con cierta timidez dijo:

—Le ruego que me disculpe si le molesto.

Después se acercó un poco más y continuó:

—Pero tan pronto como me haya prestado un cuarto de hora de atención, de eso estoy seguro, considerará mi visita suficientemente disculpada.

Invité al señor Von Umprecht a tomar asiento. No hizo ningún caso y continuó hablando con vivacidad:

—El caso es que de la forma más extraña me he convertido en su deudor y me siento obligado a darle las gracias.

Como, claro está, a mí no se me ocurrió otra cosa sino que aquellas palabras del señor Von Umprecht se referían a su papel como actor y como, además, me parecieron excesivamente corteses, intenté declinarlas. Pero Umprecht me interrumpió en seguida:

—No puede usted saber a qué me refería con mis palabras. ¿Puedo pedirle que me escuche?

Se sentó sobre el antepecho de la ventana, cruzó las piernas y, aparentando con evidente intención tanta tranquilidad como le fue posible, comenzó:

Librodot

—Ahora soy terrateniente, como tal vez ya sepa, pero en otro tiempo fui oficial. Y en aquella época, hace diez años, hoy hace diez años, me topé con la incomprensible aventura bajo cuya sombra en cierta medida he vivido hasta ahora y que hoy encontrará su remate gracias a usted, aunque sin su conocimiento, ni su participación. Entre nosotros dos existe una conexión demoníaca, que probablemente usted pueda explicar tan poco como yo mismo, aunque al menos debe conocer su existencia. Mi regimiento por entonces estaba acantonado en una aldea polaca de mala muerte. Como distracción, aparte del servicio, que no siempre resultaba lo bastante penoso, sólo teníamos la bebida y el juego. Aparte de eso, uno contaba con la posibilidad de tener que quedarse allí durante años. Y no todos éramos capaces de sufrir con entereza aquella desesperante perspectiva. Uno de mis mejores amigos se pegó un tiro a los tres meses de llegar allí. Otro camarada, hasta entonces el más gentil de los oficiales, empezó a convertirse de pronto en un rudo bebedor, se volvió mal educado, colérico, además de irresponsable, y tuvo cierta disputa con un abogado, lo que le costó el cargo. En cuanto al capitán de mi compañía, estaba casado y, no sé si con razón o no, se volvió tan celoso que un día arrojó a su mujer por la ventana. Inexplicablemente ella salió ilesa. El hombre murió en el manicomio. Uno de nuestros cadetes, hasta entonces un joven muy agradable, aunque muy necio, se creyó de repente que entendía de filosofía, estudió a Kant y a Hegel y se aprendió de memoria pasajes enteros de sus obras, tal y como los niños se aprenden la lección. Por lo que a mí se refiere, no hice nada más que aburrirme, y por cierto que de un modo tan atroz que algunas tardes, cuando estaba tumbado en mi cama, temí volverme loco. Nuestro cuartel estaba fuera del pueblo, un poblachón formado por unas treinta chozas dispersas. La ciudad más próxima, por lo menos a una hora de distancia a caballo, era sucia, repugnante, apestosa, y estaba llena de judíos. Por fuerza, en ocasiones nos vimos obligados a tratar con ellos: el dueño del hotel era judío; el propietario del café y el zapatero, también. Puede usted imaginar que nos comportábamos con ellos del modo más grosero posible. Nos sentíamos especialmente irritados contra este pueblo, porque un príncipe, destinado con el rango de mayor a nuestro regimiento, respondía al saludo de los judíos (no sé si como broma o por simpatía) con una cortesía exquisita, además de que protegía de un modo deliberadamente llamativo al médico de nuestro regimiento, que, resultaba obvio, era de ascendencia judía. Esto, como es natural, no se lo contaría, si no fuera porque precisamente esa manía del príncipe me puso en relación con el hombre que de manera tan misteriosa estaba llamado a establecer el nexo entre usted y yo. Era un prestidigitador, hijo de un comerciante judío de aguardiente de la vecina ciudad polaca. Siendo un muchacho había ido a parar a un negocio en Lemberg, después a Viena y en algún momento aprendió de alguien algunos juegos de manos. Siguió formándose a sí mismo, se apropió de todo tipo de trucos y poco a poco llegó hasta el extremo de poder vagar por el mundo, presentándose con éxito en los teatros de variedades o en los clubes. En verano venía siempre a su ciudad natal, para visitar a sus padres. Allí nunca aparecía en público. Y así le vi por primera vez en la calle, donde al instante me llamó la atención su apariencia. Era un hombre bajo, enjuto y sin barba, que entonces debía de tener unos treinta años, vestido con una elegancia perfectamente ridícula, que en nada se ajustaba a la estación del año: salía a pasear con una levita negra y un relamido sombrero de copa y vestía chaquetas del más soberbio brocado. Bajo un fuerte sol se ponía unos quevedos oscuros en la nariz. En una ocasión, tras la cena en el casino, nos encontrábamos unos quince o dieciséis sentados como de costumbre a nuestra larga mesa. La noche era sofocante y las ventanas estaban abiertas. Algunos camaradas habían empezado a jugar. Otros se apoyaban en la ventana y charlaban. Otros bebían y fumaban en silencio. En aquel momento entró el sargento de guardia y anunció la llegada del prestidigitador. Y sin esperar más, el anunciado entró con decisión y en una ligera jerga nos dirigió unas palabras de introducción, con las que agradeció el haber sido invitado. Al hacerlo, se volvió hacia el príncipe, que se acercó hacia él y que (claro está que tan sólo para irritarnos) le tendió la

Librodot

mano. El prestidigitador lo tomó como algo natural y declaró que primero iba a mostrar algunos juegos de manos, para más tarde hacer algunos números de magnetismo y quiromancia. Apenas había terminado de hablar, cuando algunos de los nuestros, que estaban jugando a las cartas en una esquina, se dieron cuenta de que les faltaban algunas, si bien a una señal del mago regresaron volando por la ventana abierta. Los trucos que hizo a continuación nos entretuvieron mucho y sobrepasaron con creces todo lo que yo había visto hasta entonces en ese terreno. Aún más extraordinarios me parecieron los experimentos magnéticos que ejecutó después. No sin espanto todos nosotros vimos cómo el cadete filósofo, sumido en el sueño y obedeciendo a una orden del nigromante, saltaba primero a través de la ventana, trepaba por el muro liso hasta el tejado, corría allá arriba pegado al borde por todo el cuadrado, para acabar deslizándose hasta el patio. Cuando de nuevo se encontró allí abajo, aún en trance, el coronel le dijo al mago: «Usted, si se hubiera roto el cuello, se lo aseguro, no habría salido usted con vida del cuartel.» Nunca olvidaré la mirada llena de desprecio con la que, sin decir nada, el judío contestó a aquella advertencia. Después lentamente preguntó: «¿Debo leer en las líneas de su mano, señor coronel, cuándo abandonará usted el cuartel, vivo o muerto?» No sé lo que el coronel o nosotros habríamos contestado a aquella temeraria observación, pero nuestra disposición de ánimo era ya tan confusa y estábamos tan excitados que a ninguno le asombró que el coronel le tendiera la mano y que, imitando su jerga, exclamara: «Vamos, lea.» Todo esto sucedía en el patio. El cadete seguía dormido y pegado a la pared con los brazos extendidos como un crucificado. El mago había agarrado la mano deL coronel y estudiaba las líneas con atención. «¿Ves lo bastante, judío?», preguntó un alférez, que estaba muy borracho. El aludido miró fugazmente a su alrededor y con seriedad afirmó: «Mi nombre artístico es Marco Polo.» El príncipe le puso al judío la mano en el hombro y observó: «Mi amigo Marco Polo tiene una mirada penetrante.» «Y bien, ¿qué ve?», preguntó el coronel en tono más cortés. «¿Debo decirlo?», preguntó Marco Polo. «No podemos obligarle», opinó el príncipe. «¡Hable!», gritó el coronel. «Preferiría no hacerlo», contestó Marco Polo. El coronel se rió a carcajadas. «Desembucha, no será tan grave. Y si lo es, tampoco tiene por qué ser cierto.» «Es muy grave», dijo el mago. «Y también es cierto.» Todos guardaron silencio. «¿Y bien?», preguntó el coronel. «No habrá usted de sufrir más a causa del frío», respondió Marco Polo. «¿Cómo?», gritó el coronel. «¿Así que por fin nuestro regimiento se traslada a Riva?» «Sobre el regimiento no leo nada, señor coronel. Sólo veo que en otoño será usted un hombre muerto.» El coronel se rió, pero los demás guardamos silencio. Se lo aseguro, a todos nosotros nos pareció como si en aquel momento el coronel estuviera marcado. De pronto, a propósito, uno se rió a carcajadas. Otros le imitaron, y alegres y bulliciosos volvimos al casino. «Pues bien», gritó el coronel. «Lo mío ya está. ¿Ningún otro caballero tiene curiosidad?» Alguien, como en broma, exclamó: «No, no queremos saber nada.» Otro consideró de repente que, por motivos religiosos, había que estar en contra de aquella manera de predecir el futuro. Y un joven teniente aclaró con vehemencia que a los tipos como Marco Polo había que encerrarlos de por vida. Al príncipe le vi fumando en una esquina con uno de los veteranos, y le oí decir: «¿Dónde empieza el milagro?» Entretanto me acerqué a Marco Polo, que ya se disponía a marcharse, y, sin que nadie me oyera, le dije: «Predígame a mí.» Agarró mi mano maquinalmente. Después declaró: «Aquí se ve mal.» Noté que la luz de los candiles comenzaba a vacilar y que las líneas de mi mano parecían estar temblando. «Venga fuera, señor teniente, al patio. Prefiero la luz de la luna.» Sostuvo mi mano, y yo le seguí al aire libre por la puerta abierta. De pronto se me ocurrió una extraña idea. «Escuche, Marco Polo», le dije, «si no puede usted hacer otra cosa que lo que acaba de revelarle al señor coronel, entonces mejor lo dejamos.» El mago soltó mi mano sin más y sonrió: «El señor teniente tiene miedo.» Me di la vuelta rápidamente, para asegurarme de que nadie nos había oído, pero ya habíamos atravesado el portón del cuartel y nos encontrábamos en la carretera que conducía a la ciudad. «Me gustaría saber algo

Librodot

concreto», le dije. «Eso es. Las palabras se pueden interpretar siempre de distinta manera.» Marco Polo me miró. «¿Qué quiere el señor teniente? ¿Tal vez la imagen de su futura esposa...?» «¿Puede usted?» Marco Polo encogió los hombros. «Podría ser... Es posible...» «Pero no es eso lo que quiero», le interrumpí. «Me gustaría saber lo que va a ser de mí más adelante, por ejemplo, dentro de diez años.» Marco Polo sacudió la cabeza. «Eso no puedo decirlo... Pero tal vez pueda hacer otra cosa...» «¿El qué?» «Podría mostrarle algún momento de su vida futura, señor teniente. Como si fuera un cuadro.» No le entendí de inmediato. «¿Qué quiere decir?» «Quiero decir que por arte de magia puedo traer al mundo, a este-paraje en el que ahora nos encontramos, un momento de su vida futura.» «¿Cómo?» «El señor teniente no tiene más que decirme cuál.» No le comprendí del todo, pero tenía mucha curiosidad. «Bien», dije. «Si es usted capaz de hacer eso, entonces quiero ver lo que me ocurrirá el mismo día de hoy dentro de diez años, en este mismo instante... ¿Me comprende usted, Marco Polo?» «Claro, señor teniente», respondió él y me miró fijamente. Y ya había desaparecido... Pero también el cuartel, que yo acababa de ver brillando a la luz de la luna... Se desvanecieron las pobres chozas, dispersas por la meseta e iluminadas por la luna. Y me vi a mí mismo, como se ve uno a veces en sueños... Me vi envejecido unos diez años, con una cerrada barba morena, una cicatriz en la frente, tendido en unas parihuelas, en mitad de una pradera... A mi lado, arrodillada, una hermosa mujer pelirroja, cubriéndose el rostro con una mano. Un chico y una chica, junto a mí. Al fondo, un oscuro bosque. Y cerca, dos cazadores con antorchas... Se asombra usted, ¿no es cierto? Se asombra usted.

En efecto, estaba asombrado, pues lo que acababa de describirme era exactamente la escena con la que aquella misma noche hacia las diez se cerraba mi obra y en la que él debía hacer el papel del héroe moribundo.

—Desconfía usted—continuó el señor Von Umprecht—. Y estoy lejos de tomárselo a mal. Pero sus dudas van a desaparecer ahora mismo.

Von ümprecht echó mano al bolsillo de su chaqueta y sacó un sobre cerrado.

—Por favor, mire lo que pone en el reverso.

Leí en voz alta:

—Cerrado ante notario el 4 de enero de 1859. Para ser abierto el 9 de septiembre de 1868.

Debajo aparecía el nombre de un notario de Viena, el doctor Artiner, al que yo conocía personalmente.

—Es hoy—dijo Ümprecht—. Hoy han pasado justo diez años desde la misteriosa aventura que me ocurrió con Marco Polo, que de este modo se resuelve, sin aclararse, pues año tras año, como si un caprichoso destino jugara conmigo, las posibilidades de que aquella profecía se cumpliera fluctuaron de la manera más extraña. En ocasiones parecieron adquirir una amenazadora verosimilitud. Otras veces se disiparon, reducidas a la nada. Otras, se convirtieron en una implacable certidumbre, y de nuevo se alejaron revoloteando, aunque regresaron... Pero permítame que vuelva a mi exposición. La aparición en sí misma no duró más que un instante, pues del cuartel aún llegó a mis oídos la misma carcajada del alférez que yo había escuchado cuando apareció la visión. También Marco Polo volvía a estar de nuevo ante mí, con su sonrisa en torno a los labios, de la que no puedo decir si era de dolor o de burla. Se quitó el sombrero y dijo: «Buenas noches, señor teniente. Espero que haya quedado satisfecho.» Se giró y avanzó lentamente por la carretera en dirección a la ciudad. Por lo demás, partió al día siguiente. Mi primer pensamiento, cuando me dirigí de nuevo hacia el cuartel, fue que debía de haberse

tratado de una fantasmagoría que Marco Polo, tal vez con la colaboración de un asistente de incógnito, había sido capaz de provocar sirviéndose de algún espejismo. Cuando atravesé el patio, vi con horror que el cadete seguía contra el muro en la postura de un crucificado. Era evidente que se habían olvidado de él. A los demás los oí hablando y discutiendo de lo más excitados. Agarré al cadete del brazo. Se despertó de inmediato, sin que pareciera sorprendido

en lo más mínimo, incluso cuando no fue capaz de explicarse la agitación en la que se encontraban todos los demás caballeros del regimiento. Yo mismo, con una suerte de encono, me mezclé en seguida en la exaltada, aunque huera conversación que habían provocado las excentricidades de las que acabábamos de ser testigos. Y por cierto que no hablé con más sensatez que los demás. De pronto el coronel gritó: «Bien, señores míos, apuesto a que todavía llego a la próxima primavera. ¡Cuarenta y cinco contra uno!» Y se volvió hacia uno de nuestros jefes, un alférez que gozaba de cierta reputación como jugador y aficionado a las apuestas. «¿Nadie se anima?» Aunque estaba claro que al aludido le costaba resistir la tentación, debió de parecerle indecoroso apostar por la muerte de su coronel con él mismo, de modo que, sonriendo, guardó silencio. Probablemente lo sintió, pues dos semanas después, en la segunda mañana de las maniobras ordenadas por el emperador, nuestro coronel se cayó del caballo y murió en el acto. Entonces todos nosotros nos dimos cuenta de que no habíamos esperado otra cosa. Sin embargo, fue desde aquel momento cuando empecé a pensar con cierta inquietud en la profecía nocturna, de la que movido por un singular recato no había informado a nadie. Sólo en Navidades, con motivo de un viaje de vacaciones a Viena, me confié a un camarada, un tal Friedrich von Gulant. Tal vez haya oído usted hablar de él. Escribió hermosos versos y murió muy joven... Pues bien, él fue quien junto conmigo trazó el croquis que encontrará en este sobre. Él era de la opinión de que estos casos no debían perderse para la ciencia, tanto si al final sus hipótesis se revelaban como verdaderas como si resultaban ser falsas. Con él fui a visitar al doctor Artiner, ante cuyos ojos se cerró este sobre. Ha permanecido hasta ahora en el despacho del notario y, conforme a mis deseos, sólo me fue entregado ayer. Debo reconocer que al principio la seriedad con la que Gulant trató el asunto me disgustó un poco, pero, como no volví a verle y poco después murió, toda la historia empezó a parecerme ridícula. Sobre todo tenía claro que era por completo dueño de mi destino. Nada en el mundo podía obligarme a estar a las diez de la noche del 9 de septiembre de 1868 tendido sobre unas parihuelas. Podía evitar los parajes boscosos y las praderas. Tampoco necesitaba casarme con una mujer pelirroja y tener hijos. Lo único a lo que quizá no podría escapar era a un accidente, tal vez un duelo, del que podía quedarme una cicatriz en la frente. De modo que al principio no me preocupé... Un año después de aquella predicción me casé con la señorita Von Heimsal, mi actual esposa. Poco después dejé el servicio y me dediqué a la economía rural. Examiné una serie de pequeñas propiedades y, aunque suene gracioso, cuidé de que en aquellas posesiones no hubiera ninguna zona que pudiera parecerse a la pradera de aquel sueño, que así es como me gustaba denominar el contenido de aquella aparición. Estaba a punto de cerrar una compra, cuando mi mujer recibió una herencia, con lo que nos tocó en suerte una propiedad en Carintia con mucha caza. Al recorrer por vez primera el nuevo dominio, llegué a una zona de praderas que, delimitada por un bosque y ligeramente en declive, me pareció que se asemejaba de manera extraña al lugar del que no me faltaban razones para mantenerme alejado. Me asusté un poco. A mi mujer no le había contado nada acerca de la profecía. Es tan supersticiosa, que de habérselo confesado sin duda le habría envenenado la vida hasta el día de hoy.

Von Umprecht sonrió como liberado. Después prosiguió:

—De modo que, como es lógico, no podía participarle mis reservas. Sin embargo, me tranquilicé al considerar que en modo alguno estaba obligado a quedarme en la finca durante el mes de septiembre del año 1868. En 1860 tuvimos un hijo. Ya en su más tierna infancia creí descubrir en sus rasgos cierto parecido con los del muchacho del sueño. Tan pronto parecía desaparecer como volvía a manifestarse claramente. Y hoy puedo confesarme a mí mismo que el chico que esta noche estará junto a mí, cuando aparezca tendido en las parihuelas, se parece como una gota de agua a otra al muchacho de la aparición. No tengo ninguna hija. Sin embargo, hace tres años resultó que la hermana viuda de mi mujer, que hasta entonces había vivido en América, murió, dejando una hija. A instancias de mi mujer,

Librodot

atravesé el océano y fui a buscar a la niña para que se quedara en nuestra casa. En cuanto la vi, creí percibir que guardaba un enorme parecido con la del sueño. Se me pasó por la cabeza la idea de dejar a la niña en aquel país extraño, al cuidado de gente extraña. Naturalmente, en seguida aparté aquella innoble ocurrencia de mi cabeza, y la acogimos en nuestra casa. De nuevo me tranquilicé por completo, a pesar del creciente parecido de los niños con los de aquella profética aparición, pues me figuré que mi memoria podía engañarme en lo que se refería a los rostros de los niños del sueño. Mi vida discurrió durante una
temporada en absoluta calma. Sí, había dejado casi por completo de pensar en la singular noche transcurrida en aquella aldea polaca, cuando hace dos años una nueva advertencia del destino volvió a sacudirme de un modo que no le resultará difícil comprender. Hube de marcharme un par de meses y cuando regresé, mi mujer me salió al encuentro con el pelo teñido de rojo. Su parecido con la mujer del sueño, cuyo rostro yo no había visto, me pareció absoluto. Decidí ocultar mi sobresalto bajo una expresión de cólera, sí, intencionadamente me puse cada vez más violento, pues de repente se me ocurrió algo que rayaba en la locura: si me separaba de mi mujer y de los niños, todo el peligro se desvanecería y yo habría burlado al destino. Mi mujer lloró, cayó al suelo como fulminada, me pidió perdón y me explicó el motivo de aquel cambio. Hacía un año, con ocasión de un viaje a Munich, en una galería de arte yo me había quedado especialmente extasiado ante un cuadro de una mujer pelirroja, y ya entonces ella concibió el plan de tratar de parecerse, en cuanto tuviera alguna oportunidad, a aquel retrato, de modo que se había hecho teñir el pelo. Como es lógico, le supliqué que lo antes posible volviera a dar a su cabello el color oscuro natural, y cuando lo hubo hecho, me pareció que todo volvía a ir bien. ¿Acaso no vi claramente que seguía teniendo mi destino en mis manos...? ¿Es que todo lo que había ocurrido hasta entonces no podía explicarse por causas naturales? ¿No había otras mil propiedades con praderas y bosque y mujer y niños...? Y aún faltaba lo único que tal vez podría asustar a un supersticioso... Hasta este invierno. La cicatriz, que como puede usted ver ahora luce en mi frente. No soy un cobarde. Permítame que se lo diga. Siendo oficial me dispararon dos veces. Y también hace ocho años, en circunstancias verdaderamente peligrosas, poco después de casarme, cuando ya había abandonado el servicio. Pero cuando el año pasado, por un motivo ridículo, un saludo no muy cortés, un caballero me pidió explicaciones, preferí...

Umprecht enrojeció.

—Preferí disculparme. Como es natural, el asunto se resolvió de un modo del todo correcto, pero estoy seguro de que me habría dejado matar, si no fuera porque me asaltó un miedo absurdo a que mi adversario me hiriera en la frente y a que el destino pudiera tener un nuevo as en la manga... Pero, ve usted, no sirvió de nada. Ahí está la cicatriz. Y el instante en el que me hirieron ahí probablemente sea en todos estos diez años el que con mayor intensidad me llevó a ser consciente de mi indefensión. Fue durante este invierno, al anochecer. Viajaba con dos o tres personas, por completo desconocidas para mí, en el tren entre Klagenfurt y Villach. De pronto empiezan a temblar los cristales de las ventanas y yo siento un dolor en la frente, al tiempo que algo duro cae al suelo. Me toco primero en la zona en la que me duele. Está sangrando. Después me agacho rápidamente y del suelo levanto una piedra afilada. La gente de mi compartimiento se ha puesto en pie. «¿Ha ocurrido algo?», pregunta uno. Se dan cuenta de que estoy sangrando y me prestan ayuda. Pero un caballero, le veo perfectamente, se ha quedado en una esquina, como caído hacia atrás. En la siguiente parada traen agua. El médico de la estación me pone un vendaje provisional, pero naturalmente no temo morir como consecuencia de esa herida. Sé que se convertirá en una cicatriz. Se ha entablado una conversación. Se preguntan si ha sido un atentado o si tan sólo se ha tratado de una vulgar chiquillada. El caballero del rincón guarda silencio, con la mirada fija ante él. Yo me bajo en Villach. De pronto ese hombre está a mi lado y me dice: «Era para mí.» Y antes de que yo pueda responder, antes de que pueda recuperarme, ha desaparecido.

Librodot

Nunca he logrado averiguar quién era. Tal vez sufriera manía persecutoria... O quizá fuera alguien que con razón se creía acosado por un marido ultrajado o por un hermano, alguien a quien probablemente yo había salvado la vida, porque la cicatriz me estaba destinada a mí... ¿Cómo saberlo? Tras un par de semanas lucía en mi frente en el mismo lugar en el que yo la vi en aquel sueño. Cada vez me resultaba más claro que me hallaba en una lucha desigual con un poder desconocido y burlón. Y con creciente inquietud esperé el día en el que lo último debía cumplirse. En primavera recibimos la invitación de mi tío. Estaba resuelto a no aceptarla, pues, sin que me hubiera venido a la memoria una clara imagen, me pareció que era posible que precisamente en sus tierras se encontrara el infame paraje. Pero mi mujer no habría entendido que rechazara la invitación, de modo que me decidí a venir aquí con ella y con los niños a principios de julio, con la firme intención de abandonar el castillo lo más pronto posible y continuar mi viaje hacia el sur, a Venecia o al Lido. Durante uno de los primeros días, tras nuestra llegada, se habló de su obra. Mi tío se refirió a los pequeños papeles que en ella había para los niños y me rogó que permitiera que mis hijos actuaran. No tenía nada que objetar. Se había acordado que el papel del héroe lo desempeñaría un actor profesional. Si embargo, al cabo de unos días me embargó el miedo a caer gravemente enfermo y no poder escapar de aquí, de modo que una noche manifesté que a la mañana siguiente me proponía abandonar el castillo por unos días, para ir a tomar baños de mar. Tuve que prometer que estaría de vuelta a principios de septiembre. Esa misma noche llegó una carta del actor que, por alguna razón insignificante, declinaba el papel que le había ofrecido el barón. Mi tío estaba muy disgustado. Me pidió que leyera la obra. Tal vez yo pudiera indicarle a alguno de nuestros conocidos que fuera apto para interpretar el papel. Así que me llevé la obra a mi habitación y la leí. Ahora trate usted de imaginar cómo me sentí cuando llegué al final y encontré allí descrita palabra por palabra la escena que a mí me había sido profetizada para el 9 de septiembre de este año. No podía esperar hasta la mañana para decirle a mi tío que yo mismo quería hacer aquel papel. Temía que pudiera poner reparos, pues desde que leí la obra me pareció que estaba a salvo y que si me negaban la posibilidad de desempeñar un papel en su obra, quedaría de nuevo a merced de aquella fuerza desconocida. Mi tío se mostró en seguida de acuerdo, y desde entonces todo siguió su curso normal. Desde hace unas semanas ensayamos todos los días. He pasado ya unas quince o veinte veces por el trance que me espera hoy. Estoy tendido en las parihuelas. La joven condesa Saima con su hermoso cabello rojo, arrodillada ante mí, cubriéndose el rostro con las manos. Y los niños, a mi lado.

Mientras decía estas palabras, mis ojos recayeron en el sobre que seguía sellado sobre la mesa. Umprecht sonrió:

—Es cierto. Aún le debo la prueba—dijo y abrió el sello.

Afloró un papel doblado. Umprecht lo desplegó y lo extendió sobre la mesa. Ante mí había un plano de situación de la escena final de la obra; era perfecto, como si lo hubiera trazado yo mismo. El foro y los laterales estaban dibujados esquemáticamente y en ellos aparecía la siguiente indicación: «Bosque.» Aproximadamente en el centro del plano había una línea con una figura masculina sobre la que ponía: «Parihuelas.» Y junto a las demás figuras, con pequeñas letras escritas con tinta roja: «Mujer pelirroja», «Chico», «Chica», «Portador de antorcha», «Hombre con las manos levantadas». Me volví hacia el señor Von Umprecht:

—¿Qué significa esto de «Hombre con las manos levantadas»?

—Eso—contestó él titubeando—casi lo había olvidado. Con esa figura ocurrió lo siguiente: en aquella aparición había también, iluminado por las antorchas, un hombre mayor, totalmente calvo, bien afeitado, con gafas, un chal de color verde oscuro en torno al cuello, las manos levantadas y los ojos muy abiertos.

Esta vez me quedé desconcertado. Permanecimos un rato en silencio. Después, muy inquieto, le pregunté:

—En el fondo, ¿usted que piensa? ¿Quién podría ser?

—Supongo—contestó Umprecht con calma—que alguno de los espectadores, tal vez alguien del personal de servicio de mi tío... O uno de los campesinos, que al final de la obra se pusiera muy nervioso y se lanzara al escenario... Aunque tal vez el destino quiera que, por una de esas casualidades que a mí en realidad ya no me sorprenden, alguien que se haya escapado del manicomio venga corriendo hacia el escenario en el preciso instante en el que yo esté tendido sobre las parihuelas.

Sacudí la cabeza.

—¿Cómo ha dicho usted? ¿Calvo? ¿Con gafas? ¿Y con un chal verde...? Ahora todo este asunto me parece aún más extraño que antes. De hecho, en un principio tuve intención de que esa figura, el hombre que usted vio entonces, apareciera en mi obra, aunque después renuncié a ello. Era el padre enajenado de la mujer, del que se habla en la primera escena y que al final debía precipitarse sobre el escenario.

—Pero, ¿y el chal y las gafas?

—Eso podría habérselo puesto el actor por su propia voluntad, ¿no cree?

—Es posible.

Nos interrumpieron. La señora Von Umprecht mandaba llamar a su esposo, porque quería hablar con él antes de la representación, y él se despidió. Yo me quedé allí aún durante un rato y observé atentamente el plano de situación que el señor Von Umprecht había dejado sobre la mesa.

3

Pronto me dirigí al lugar en el que iba a tener lugar la representación. Estaba detrás del castillo, separado del edificio por unos agradables jardines rematados con setos bajos. Habían colocado allí unas diez hileras de largos bancos de madera. El suelo en las filas delanteras estaba cubierto con una alfombra de color rojo oscuro. Delante de la primera se veían unos atriles y unas sillas. No había cortina. La separación de la escena con respecto a los espectadores quedaba indicada por dos altos abetos laterales. A la derecha crecía un arbusto silvestre, tras el cual había una cómoda butaca, invisible para los espectadores y destinada al apuntador. A la izquierda el espacio aparecía despejado, permitiendo así que la vista se abriera al valle. El fondo de la escena estaba formado por altos árboles, muy pegados unos a otros tan sólo en el centro. Y a la izquierda de las sombras surgían algunos estrechos caminos. Más allá, en el bosque, en un pequeño claro artificial, habían colocado una mesa y unas sillas, donde los actores debían esperar su entrada. Se habían preocupado de la iluminación, disponiendo a modo de bastidores, junto a la zona de los espectadores y de la escena, altos y viejos candelabros de iglesia con enormes velones. Tras el arbusto de la derecha, al aire libre, se encontraba la zona reservada al atrezzo. Allí, entre otros pequeños instrumentos necesarios para la representación, estaban las parihuelas sobre las que el señor Von Umprecht debía morir al final de la obra. Cuando caminaba por la pradera, las vi suavemente iluminadas por el sol poniente... Como es natural, había estado reflexionando sobre la historia del señor Von Umprecht. En un principio no me pareció imposible que perteneciera a la categoría de los embusteros patológicos, que sometidos a alguna contrariedad preparan durante largo tiempo una mistificación con el fin de hacerse los interesantes. Incluso me pareció verosímil que la firma del notario hubiera sido falsificada y que Von Umprecht hubiera puesto al corriente a otras personas para llevar a cabo el asunto de forma coordinada. Lo que me planteó especiales dudas fue el desconocido con las manos levantadas, con el que Umprecht podía haberse puesto perfectamente de acuerdo. Pero mis vacilaciones quedaban ante todo rebatidas por el papel que aquel hombre desempeñaba en mi primer proyecto, papel que nadie podía conocer, y en especial por la favorable impresión que el señor Von Umprecht me había causado. Aun

siendo todo su informe tan increíble, tan espantoso, algo en mi interior reclamaba el derecho a poder creer en él. Podía tratarse de la insensata vanidad de sentirme el ejecutor de una voluntad superior a la nuestra. Entretanto, a mi alrededor se había producido cierta agitación. Del castillo salieron los sirvientes. Encendieron los velones. Gentes de los alrededores, algunos en traje de campesino, subían lentamente por la colina y, con humilde actitud, se quedaban de pie junto a los bancos. Pronto apareció la señora de la casa con algunos caballeros y algunas damas que tomaron asiento sin ningún recato. Me uní a ellos y charlé con algunos conocidos del año anterior. Aparecieron los miembros de la orquesta y se dirigieron a sus puestos. El conjunto era inusualmente nutrido. Había dos violines, un chelo, una viola, un contrabajo, una flauta y un oboe. De inmediato empezaron a tocar—es evidente que como anticipo—una obertura de Weber. Delante del todo, cerca de la orquesta, vi a un viejo campesino calvo que, enrollado en torno al cuello, llevaba una especie de pañuelo oscuro. Tal vez aquel hombre fuera el indicado por el destino, pensé, y más tarde sacaría unas gafas, se volvería loco y correría hacia el escenario. La luz del día había desaparecido por completo. Los altos velones vacilaban un tanto, pues se había levantado un ligero viento. Tras el arbusto se produjo cierto movimiento. Por caminos ocultos los intérpretes se habían aproximado al escenario. Sólo entonces pensé en los otros, en los que también tenían que actuar, y se me ocurrió que no había visto a nadie más que al señor Von Umprecht, a sus niños y a la hija del guarda forestal. En aquel momento oí la fuerte voz del director de escena y la risa de la joven condesa Saima. Los bancos estaban todos ocupados. El barón, sentado en una de las primeras filas, hablaba con la condesa. La orquesta empezó a tocar, después salió a escena la hija del guarda forestal y recitó el prólogo, que servía de introducción a la obra. El argumento era el siguiente: el destino de un hombre que, embargado por una repentina nostalgia de aventura y lejanías, abandona a los suyos sin despedirse y que en el transcurso de un día experimenta tanto dolor y tanta adversidad que decide volver antes de que la mujer y los hijos le echen de menos. Pero un último percance en el camino de regreso, cerca de la puerta de su casa, acaba con su asesinato, de modo que sólo moribundo puede saludar a los que ha abandonado, que se encuentran cara a cara con su huida y con su muerte como el más inextricable de los enigmas.

La representación había comenzado. Damas y caballeros recitaban apaciblemente su papel. Me gustó la sencillez con que se exponían los hechos, y al principio no volví a pensar en lo que el señor Von Umprecht me había contado. Tras el primer acto, la orquesta volvió a tocar, aunque nadie escuchaba. Tan animada era la charla en los bancos. Yo mismo no estaba sentado, sino de pie en la parte de la izquierda, donde el camino se hundía sin obstáculos en el valle. Comenzó el segundo acto. El viento era algo más fuerte, y la vacilante iluminación contribuyó no poco al efecto de la obra. De nuevo desaparecieron los actores por el bosque y la orquesta los sustituyó. En aquel momento mis ojos recayeron de modo por completo casual en el flautista, que llevaba gafas y estaba bien afeitado, aunque tenía largos cabellos blancos y no se le veía ningún chal. Terminó la ejecución de la orquesta y los intérpretes volvieron a salir a escena. Entonces noté que el flautista, que había dejado el instrumento ante él, en el atril, se llevaba la mano al bolsillo, sacaba un largo chal de color verde y se lo enrollaba en torno al cuello. Me sentí impresionado en grado sumo. Un segundo después apareció el señor Von Umprecht. Vi cómo su mirada, en cuanto percibió el chal de color verde, no podía despegarse del flautista y cómo durante un instante él se quedaba paralizado, aunque recuperó las fuerzas con rapidez y siguió recitando su papel impertérrito. A un joven vestido con sencillez que se encontraba a mi lado le pregunté si conocía al flautista. Por él supe que era un maestro de escuela de Kaltern. La representación seguía. Se acercaba el final. Los dos niños, tal y como estaba escrito, erraban por el escenario. Del bosque llegaban ruidos, cada vez más próximos. Se oyeron gritos, llamadas. No vino mal que el viento fuera cada vez más intenso y que las ramas se movieran. Al fin trajeron al señor Von Umprecht en su papel de aventurero moribundo tendido sobre las parihuelas. Los dos niños se precipitaron hacia allí. Los

Librodot

portadores de antorchas se quedaron a un lado, inmóviles. La mujer entró después que los demás y, con la mirada descompuesta por el miedo, se echó de rodillas junto al asesinado, quien quiso volver a mover los labios, trató de levantarse, pero—como estaba escrito en el papel—ya no fue capaz de hacerlo. De pronto vino un tremendo golpe de viento, con lo que las antorchas amenazaron con apagarse. Veo cómo uno de los miembros de la orquesta pega un salto. El flautista... Para mi sorpresa, es calvo. Se le ha volado la peluca. Con las manos levantadas, el flotante chal de color verde en torno al cuello, se lanza sobre el escenario. Sin querer, vuelvo los ojos hacia Umprecht. Su mirada está fija, como arrebatada, y dirigida hacia el hombre. Quiere decir algo, pero es evidente que no puede... Se deja caer... Muchos creen aún que todo esto forma parte de la obra. Yo mismo no estoy seguro de cómo interpretar el que de nuevo Von Umprecht se haya dejado caer sobre las parihuelas. Entretanto el hombre, aún en pos de su peluca, ha rebasado ya la escena y desaparece en el bosque. Umprecht no se levanta. Un nuevo golpe de viento hace que una de las dos antorchas se apague. Algunas personas en la primera fila se inquietan. Oigo la voz del barón:

—¡Silencio! ¡Silencio!

Vuelve a haber calma. Ya no sopla el viento. Pero Umprecht sigue tendido, sin mover siquiera los labios. La condesa Saima grita. Como es natural la gente cree que también esto forma parte de la obra, pero yo me abro paso entre ellos, me lanzo sobre el escenario, oigo cómo el desconcierto crece detrás de mí... La gente se levanta, algunos me siguen, las parihuelas están rodeadas...

—¿Qué ocurre?

—¿Qué ha pasado?

Le quito a uno de los portadores la antorcha de la mano, ilumino el rostro del yaciente... Le sacudo, le rasgo el jubón. Entretanto el médico ha llegado junto a mí, ausculta el corazón de Umprecht, le toma el pulso, ruega que todo el mundo se aparte, susurra unas palabras al oído del barón... La mujer del hombre que yace en las parihuelas se ha abierto paso, grita, se arroja sobre su marido. Los niños están allí como anonadados, no pueden entenderlo... Nadie quiere creer lo que ha ocurrido, y sin embargo ya unos se lo cuentan a otros... Y un minuto después lo saben todos los de alrededor: que el señor Von Umprecht ha muerto de repente tendido sobre las parihuelas en las que le traían...

Yo mismo corrí aquella misma noche valle abajo, sacudido por el espanto. Una extraordinaria sensación de horror me impidió decidirme a volver a pisar el castillo. Con el barón hablé al día siguiente en Bolzano. Allí le conté la historia de Umprecht, tal y como él me la había contado a mí. El barón no quiso creerla. Eché mano a mi cartera y le mostré el misterioso papel. Me miró extrañado, lleno de angustia, y me lo devolvió. Estaba en blanco, sin nada escrito, sin ningún dibujo...

He intentado dar con Marco Polo, pero lo único que he podido averiguar acerca de él es que hace tres años hizo su última aparición pública en Hamburgo en un cabaret de mala nota.

Pero lo que resulta más inexplicable de todo este incomprensible suceso es el hecho de que al maestro de escuela, que corrió entonces con las manos levantadas en pos de su peluca y que desapareció en el bosque, nadie haya vuelto a verle jamás y que ni siquiera se haya encontrado su cadáver.

Epílogo del editor

No conocí en persona al autor del informe precedente. Fue en su época un escritor bastante conocido, aunque prácticamente olvidado cuando, cerca ya de los sesenta, murió hace diez años. Toda su herencia fue a parar, sin una disposición especial, al amigo de juventud de Merano citado en estas páginas. A su vez, éste, un médico, con el que durante mi estancia en Merano el pasado invierno conversé sobre todo tipo de oscuras cuestiones—en especial sobre

espiritismo, telequinesia y sobre el arte de la predicción—, me entregó para su publicación el manuscrito aquí reproducido. Me gustaría considerar su contenido como una mera invención, si no fuera porque el médico, como se desprende también del informe, asistió a la representación descrita al final y su extraño desenlace y conoció personalmente al maestro de escuela que desapareció de modo tan misterioso. Por lo que se refiere al mago Marco Polo, recuerdo muy bien durante un veraneo junto al Wörthersee, siendo yo muy joven, haber visto su nombre impreso en un cartel. Se me quedó en la memoria, porque justo por aquella época estaba a punto de leer los relatos de las travesías del célebre viajero del mismo nombre.

EL DESTINO DEL BARÓN VON LEISENBOHG

Un templado día de mayo, Kláre Hell salió a escena como Reina de la Noche. La razón por la que la cantante había permanecido casi dos meses alejada de la ópera era de todos conocida. El 15 de marzo el príncipe Richard Bedenbruck había sufrido un accidente al caer del caballo y, tras unas pocas horas en el hospital durante las cuales Kláre no se apartó de su lado, había muerto en sus brazos. La desesperación de Kláre fue tan grande que al principio se temió por su vida, después que pudiera perder el juicio y hasta hacía poco la voz. Este último temor resultó tan infundado como los anteriores. Cuando apareció ante el público, fue recibida con cariño y expectación, pero ya tras la primera gran aria sus amigos más íntimos pudieron cosechar los parabienes de los simples conocidos. En la cuarta galería el infantil rostro enrojecido de la pequeña señorita Fanny Ringeiser resplandecía de satisfacción. En cuanto a los asiduos de los pisos superiores, sonreían a su amiga con honda comprensión. Todos sabían que Fanny, aunque no era más que la hija de un pasamanero de la Mariahilferstrasse, pertenecía al estrecho círculo de la popular cantante, que a veces estaba invitada a merendar en su casa y que en secreto había amado al difunto príncipe. En el entreacto, Fanny contó a sus amigas y amigos que el barón Von Leisenbohg le había sugerido a Kláre escoger el papel de Reina de la Noche para su primera aparición, considerando que el traje oscuro era el que mejor respondía a su estado de ánimo.

El propio barón ocupó su asiento en la orquesta—pasillo central, primera fila, en la esquina, como siempre—y agradeció los saludos de sus conocidos con una sonrisa afable, aunque casi dolorosa. Ciertos recuerdos le pasaban por la mente. Hacía diez años que había conocido a Kláre. Por entonces él se ocupaba de la formación artística de una joven y delgada dama de cabellos rojos y asistió a una velada teatral en la escuela de canto Eisenstein, en la que su protegida hacía su primera aparición en público en el papel de Mignon. Aquella misma noche vio y escuchó a Kláre, que interpretaba el de Philine en la misma escena. Por entonces él tenía veinticinco años, era independiente y no se andaba con miramientos. No se preocupó más de Mignon, hizo que tras la representación la señora Natalie Eisenstein le presentara a Philine y le declaró que ponía su corazón, su fortuna y sus relaciones artísticas a su disposición. Kláre vivía entonces con su madre, la viuda de un alto funcionario de Correos, y estaba enamorada de un joven estudiante de medicina, con quien de cuando en cuando tomaba el té y charlaba en su habitación del barrio de Aiser, en las afueras. Rechazó las fogosas peticiones del barón, pero, inclinada por los agasajos de Leisenbohg a una más relajada disposición de ánimo, se convirtió en la amante del estudiante de medicina. El barón, al que ella no se lo ocultó, volvió con su protegida pelirroja, aunque siguió cultivando el trato con Kláre. Todos los días de fiesta, que le proporcionaban algún pretexto, le enviaba flores y bombones, y de vez en cuando se presentaba en casa de la viuda del funcionario de Correos para hacer una visita de cortesía. En otoño Kláre aceptó su primer contrato en Detmold. El barón Von Leisenbohg—por entonces empleado aún en un ministerio—aprovechó las primeras vacaciones de Navidad para visitarla en su nuevo lugar de residencia. Sabía que el estudiante se había convertido ya en médico y que se había casado en septiembre, con lo que él volvió a abrigar esperanzas. Pero en cuanto llegó, Kláre, sincera como siempre, comunicó al barón que entretanto había entablado relaciones amorosas con el tenor del Teatro Imperial. Y así fue como Leisenbohg no pudo llevarse más recuerdo de Detmold que un platónico paseo en carruaje por el bosquecillo de la ciudad y una cena en el restaurante del teatro con algunos compañeros y compañeras de trabajo. A pesar de lo cual, repitió varias veces el viaje a Detmold, celebrando fielmente los notables progresos de Kláre movido por su sensibilidad

artística y esperando dicho sea de paso a que llegara la próxima temporada, en la que el tenor se había comprometido por contrato a marchar a Hamburgo. Pero también aquel año sufrió una decepción, pues Kláre se vio en la necesidad de ceder a las solicitudes de un comerciante al por mayor de origen holandés llamado Louis Verhajen.

Cuando en la tercera temporada Kláre recibió un contrato para ocupar un puesto en el Teatro Imperial de Dresde, el barón, a pesar de su juventud, renunció a una muy prometedora carrera como funcionario del Estado y se trasladó a Dresde. Ahora pasaba todas las tardes con Kláre y su madre, quien frente a todas las relaciones de su hija supo mantener siempre una exquisita ignorancia. Y Leisenbohg abrigó nuevas esperanzas. Por desgracia, el holandés tenía la desagradable costumbre de anunciar en cada una de sus cartas que tenía prevista su llegada para el día siguiente, de dar a entender a su amante que estaba rodeada por un ejército de espías y de amenazarla de paso con las más dolorosas maneras de morir en el caso de que no le guardara fidelidad. Pero como nunca venía y Kláre poco a poco fue cayendo en un estado de extremo nerviosismo, Leisenbohg resolvió poner fin a aquel asunto costara lo que costara. Y para entrevistarse personalmente con él, se desplazó a Detmold. Para su sorpresa, el holandés le explicó que había escrito a Kláre aquellas cartas de amor llenas de amenazas únicamente por caballerosidad y que en realidad nada le resultaría más agradable que librarse de cualquier compromiso. Radiante de alegría, Leisenbohg regresó a Dresde y comunicó a Kláre el agradable resultado de la conferencia. Ella se lo agradeció de corazón, aunque con una determinación que sorprendió al barón rechazó ya el primer intento que hizo para que el cariño que les unía fuera más allá. Tras algunas breves y apremiantes preguntas, acabó por confesar que durante su ausencia había concebido una fuerte pasión hacia ella nada menos que el príncipe Kajetan, quien le había jurado que, si no era correspondido, atentaría contra sí mismo. El que después de todo ella hubiera tenido que transigir, para no provocar a la real casa y al país un indecible dolor, era algo más que natural.

Con el corazón roto, Leisenbohg abandonó la ciudad y regresó a Viena. Allí comenzó a poner en juego sus relaciones y, gracias en no poca medida a sus constantes esfuerzos, al año siguiente Kláre recibió un contrato para la Opera de Viena. Tras una exitosa tournée, ocupó su puesto en octubre, y la soberbia canastilla de flores del barón, que ella encontró en el camerino la noche de su primera aparición, parecía expresar al tiempo un ruego y una esperanza. Pero el entusiasmado donante, que la esperaba tras la representación, hubo de enterarse de que una vez más había llegado demasiado tarde. Ella había concedido unos derechos que por nada del mundo quería vulnerar al rubio maestro concertador con el que había estudiado las últimas semanas y que como compositor de canciones no carecía de prestigio.

Desde entonces habían pasado siete años. Al maestro concertador le había sucedido el señor Klemens von Rhodewyl, un intrépido jinete. Al señor Von Rhodewyl, el director de orquesta Vincenz Klaudi, que algunas veces cantaba las óperas que él mismo dirigía con voz tan fuerte que era imposible oír a los cantantes. Al director de orquesta le siguió el conde Von Alban-Rattony, un hombre que había perdido sus propiedades húngaras jugando a las cartas y que en su lugar había ganado después un castillo en la Baja Austria. Al conde, el señor Edgar Wilheim, autor de textos para ballet, por cuya composición pagaba un alto precio, de tragedias, para cuyo estreno alquilaba el teatro Jantsch, y de poesías que, editadas con las más bellas letras, se publicaban en el periódico de la aristocracia más estúpido de la capital del reino. Al señor Edgar Wilheim, un hombre llamado Amandus Meier, que no era más que un joven de diecinueve años muy guapo y no tenía nada más que un fox terrier que sabía hacer el pino. Y al señor Meier, el caballero más elegante de la monarquía, el príncipe Richard Bedenbruck.

Kláre jamás mantuvo en secreto sus relaciones. Vivió siempre en una sencilla casa burguesa, en la que sólo de cuando en cuando cambiaba el amo. Su popularidad entre el

público era extraordinaria. En círculos más elevados se consideraba con simpatía el que cada domingo asistiera a misa, que se confesara dos veces al mes, que como amuleto llevara en el pecho un retrato de la Virgen bendecido por el Papa y que nunca se acostara sin haber hecho antes sus oraciones. Rara vez se celebraba una fiesta benéfica en la que ella no participara como vendedora, y tanto las aristócratas como las damas del entorno financiero judío se sentían honradas de poder ofrecer sus productos en la misma carpa que Kláre. A sus jóvenes admiradores y admiradoras, que la aguardaban con impaciencia a la puerta del teatro, los saludaba con una seductora sonrisa. Las flores que le enviaban las repartía entre la paciente multitud. Y en una ocasión en la que las flores se quedaron en el camerino, con aquel refrescante deje vienes que tan bien le iba a la cara, dijo: «¡Dios santo, esta vez me olvidé la ensalada en el camerino! Niñas, la que quiera algo que venga mañana por la tarde a mi casa.» Después subió al carruaje, sacó la cabeza por la ventana y alejándose de allí gritó: «¡También os daré un café!» Entre las pocas que tuvieron el valor de acatar aquella invitación se encontraba Fanny Ringeiser. Kláre entabló con ella una divertida conversación y, como una archiduquesa amable en el trato, se interesó por sus relaciones familiares. Y le gustó tanto la charla de la sana y entusiasmada joven que la invitó a volver pronto. Fanny obedeció y pronto logró ocupar una posición respetada en casa de la artista, posición que supo conservar especialmente por el hecho de que a pesar de toda la confianza que Kláre le dispensó ella jamás se permitió una verdadera intimidad' A lo largo de los años, Fanny recibió toda una serie de ofertas de matrimonio, la mayoría procedentes del entorno de los jóvenes hijos de fabricantes de la Mariahilferstrasse, con los que solía bailar en las fiestas. Pero ella las rechazó todas, pues con una regularidad implacable se enamoraba del amante de turno de Kláre.

Durante más de tres años Kláre fue fiel al príncipe Bedenbruck, como lo había sido con sus predecesores, pero le amó con una pasión más profunda, y Leisenbohg, que a pesar de sus numerosas decepciones nunca abandonó la esperanza, había empezado a temer seriamente que la dicha que añoraba desde hacía diez años jamás prosperaría. Siempre que veía que alguno perdía su favor, él se despedía de su querida, con el fin de estar preparado para cualquier contingencia en cualquier momento. Así hizo también tras la repentina muerte del príncipe Richard. Pero por vez primera más por costumbre que por convicción, porque el dolor de Kláre parecía tan ilimitado que cualquiera había de creer que para ella las alegrías de la vida se habían acabado para siempre. Iba al cementerio todos los días y ponía flores en la tumba del fallecido. Ordenó que apartaran sus vestidos de color claro y guardó sus joyas bajo llave en el cajón más inaccesible de la mesa de su despacho. Fue preciso convencerla seriamente para que desistiera de su idea de abandonar la escena para siempre.

Tras la primera reaparición, que había discurrido de modo tan brillante, su vida retomó el curso habitual; al menos exteriormente. El círculo de los amigos de antes, que se habían alejado, volvió a reunirse. El crítico musical Bernhard Feuerstein aparecía, de acuerdo con el menú del mediodía anterior, con manchas de espinacas o de tomate en la chaqueta y, para franco regocijo de Kláre, echaba pestes tanto de sus compañeros de reparto femeninos y masculinos como del director. Kláre permitió que como en otro tiempo los dos primos del príncipe Richard, los Bedenbrucks de la otra rama, Lucius y Christian, sin comprometerse a nada y de la manera más respetuosa le hicieran la corte. Le presentaron a un caballero de la embajada francesa y a un joven checo, un concertista de piano. Y el i o de junio fue a las carreras por primera vez. Pero, como decía el príncipe Lucius, que no carecía de talento poético: sólo su alma había despertado. Su corazón permanecía como antes abismado en el sueño. Sí, porque en cuanto uno cualquiera de sus amigos más jóvenes o alguno de los mayores se atrevía a hacer la más mínima insinuación acerca de que en el mundo existía algo parecido a la ternura o la pasión, la sonrisa desaparecía del rostro de Kláre, sus ojos miraban

al frente de un modo sombrío y de cuando en cuando ella alzaba la mano haciendo un extraño movimiento de rechazo, que parecía referirse a todos los hombres y a toda la eternidad.

Sucedió entonces que en la segunda mitad de junio un cantante del norte llamado Sigurd Olse interpretó en la Opera el papel de Tristán. Su voz era clara y enérgica, aunque no del todo refinada. Su figura, de un tamaño casi sobrehumano aunque con tendencia a la gordura. Su rostro, en estado de reposo, carecía con frecuencia de una expresión especial, pero en cuanto empezaba a cantar, sus ojos de un azul de acero resplandecían como animados por un misterioso fuego interno, y con su voz y su mirada parecía arrastrarlos a todos, especialmente a las mujeres, como en un éxtasis.

Kláre estaba sentada en el palco del teatro con los compañeros que aquel día no actuaban. Era la única que parecía mantenerse impasible. A la mañana siguiente le presentaron a Sigurd Ólse en el despacho del director. Ella le dirigió algunas palabras amables, aunque un tanto frías, sobre su actuación del día anterior. Aquella misma tarde él fue a visitarla, sin que ella le hubiera invitado a hacerlo. El barón Leisenbohg y Fanny Ringeiser se encontraban presentes. Sigurd tomó el té con ellos. Habló de sus padres, que vivían en una pequeña ciudad noruega y eran pescadores. Del prodigioso descubrimiento de su talento para el canto por parte de un inglés, que con su yate blanco había tomado puerto en el remoto fiordo donde él vivía. De su mujer, una italiana que había muerto en el océano Atlántico durante el viaje de novios y cuyo cuerpo arrojaron al mar. Cuando se hubo marchado, los demás se quedaron un buen rato sumidos en el silencio. Fanny miraba con insistencia el interior de su taza vacía. Kláre se había sentado al piano, apoyando los brazos sobre la tapa cerrada. El barón, mudo y lleno de angustia, se sumió en la pregunta de por qué durante la narración del viaje de novios de Sigurd Kláre se había abstenido de hacer aquel extraño movimiento con el que desde la muerte del príncipe se defendía frente a cualquier insinuación acerca de que en la tierra seguían existiendo la pasión y la ternura.

Los siguientes papeles que interpretó Sigurd Olse fueron el de Sigfrido y el de Lohengrin. Yodurante cada una de las representaciones, Kláre permaneció impasible en el palco, si bien el cantante, que no tenía trato con nadie más que con el representante diplomático noruego, acudía cada tarde a casa de Kláre, rara vez sin que encontrara allí a Fanny Ringeiser y nunca sin el barón Von Leisenbohg.

El 27 de junio salió por última vez a escena en el papel de Tristán. Impasible, Kláre estaba sentada en el palco del teatro. A la mañana siguiente fue con Fanny al cementerio y dejó una enorme corona sobre la tumba del príncipe. Aquella noche dio una fiesta en honor del cantante, que unos días después abandonaría la ciudad de Viena.

El círculo de amigos acudió al completo. A ninguno le pasó por alto la pasión que Sigurd había concebido hacia Kláre. Como de costumbre, él habló mucho y con emoción. Entre otras cosas, contó que durante el viaje en barco, cuando venía hacia Viena, una mujer árabe casada con un Gran Duque ruso le había leído las líneas de la mano y le había profetizado que iba a vivir la época más funesta de su vida. Creía firmemente en aquella profecía, si es que la superstición en él era algo más que una manera de hacerse el interesante. Habló también del hecho, por lo demás conocido, de que el año anterior justo después de llegar a Nueva York, donde tenía que actuar en una tournée, aquel mismo día, sí, a la misma hora, a pesar de lo elevado de la sanción, había subido a un barco que le trajo de vuelta a Europa, únicamente porque al desembarcar un gato negro se le había metido corriendo entre las piernas. Sin duda tenía motivos para creer que existían semejantes conexiones misteriosas entre unas señales incomprensibles y los destinos humanos, pues, en el Covent Garden de Londres, una noche en la que antes de salir a escena se le olvidó murmurar cierto conjuro que había heredado de su abuela, la voz le había fallado de pronto. Otra noche, estando dormido, se le apareció un genio alado vestido con un traje de punto de color rosa, que le anunció la muerte de su barbero favorito. De hecho, a la mañana siguiente descubrieron que el infeliz se había colgado. Aparte

Librodot

de eso, siempre llevaba consigo una carta breve, aunque trascendental, del espíritu de la difunta cantante Cornelia Lujan que le fue entregada durante una sesión de espiritismo en Bruselas y que en un portugués fluido contenía una predicción según la cual estaba destinado a convertirse en el cantante más grande del viejo y del nuevo mundo. Todo esto lo contó durante la fiesta. Y cuando la carta de aquel espíritu, escrita en un papel de color rosa de la marca Glienwood, circuló de mano en mano, la agitación que embargó a los presentes fue honda y generalizada. Sin embargo, Kláre apenas esbozó gesto alguno. Sólo de cuando en cuando asintió indiferente con la cabeza. A pesar de ello, la inquietud de Leisenbohg alcanzó un grado sumo. Para su aguda mirada, los indicios anunciaban cada vez con mayor claridad el inminente peligro. Como todos los anteriores amantes de Kláre, aunque más que ningún otro, Sigurd concibió durante la cena una extraña simpatía hacia él, le invitó a su finca junto al fiordo de Molde y al final pasó a tutearle. Además, a Fanny Ringeiser, cuando Sigurd le dirigía la palabra, le temblaba todo el cuerpo. Cuando él la miraba con sus grandes ojos de un azul de acero, ella se ponía unas veces pálida y otras roja. Y cuando habló de su inminente partida, se puso a llorar ruidosamente. También entonces Kláre se mantuvo seria y silenciosa. Apenas respondió a las abrasadoras miradas de Sigurd, no habló con él más animadamente de lo que lo hizo con los demás, y cuando él por fin besó su mano y después la miró con ojos que parecían rogar, prometer, desesperar, los de ella permanecieron velados y sus facciones rígidas. Todo esto lo observó Leisenbohg con desconfianza y temor, pero cuando la fiesta se acercaba a su fin y todos presentaron sus respetos, el barón tuvo una experiencia del todo inesperada. El fue el último en darle la mano a Kláre para despedirse, como habían hecho ya los demás, y se disponía a alejarse, pero ella retuvo su mano con fuerza y le susurró:

—Vuelva más tarde.

Pensó que no había oído bien. Pero una vez más ella le apretó la mano y, acercando mucho los labios a su oído, repitió:

—Vuelva más tarde. Le espero dentro de una hora.

Casi tambaleándose, se marchó con el resto. Junto con Fanny acompañó a Sigurd hasta el hotel y como desde muy lejos le oyó hablar entusiasmado sobre Kláre. Después por calles silenciosas envueltas en la suave frescura de la noche llevó a Fanny Ringeiser hasta la Mariahilfer. Y como a través de la niebla vio que unas estúpidas lágrimas rodaban por sus rojas mejillas infantiles. Después subió a un carruaje y se bajó ante la casa de Kláre. Distinguió una luz que brillaba entre las cortinas de su dormitorio. Y su sombra, que fugazmente pasó por delante. Su cabeza apareció en la rendija junto a la cortina y le hizo una seña. No lo había soñado. Le esperaba. A la mañana siguiente, el barón Von Leisenbohg dio un paseo a caballo por el Prater. Se sentía joven y dichoso. En la tardía consumación de su anhelo le pareció que se ocultaba un profundo significado. Lo que había vivido aquella noche había sido la sorpresa más maravillosa, y sin embargo nada más que la culminación y la consecuencia inevitable de la relación que hasta entonces había mantenido con Kláre. Ahora sabía que no podía haber sido de otro modo y hacía planes para un futuro próximo y para uno más lejano. «¿Cuánto tiempo seguirá cantando?» pensó. «Tal vez cuatro, cinco años. Después, no antes, me casaré con ella. Viviremos juntos en el campo, muy cerca de Viena. Tal vez en St. Veit o en Lainz. Compraré allí una pequeña casa o haré que construyan una a su gusto. Llevaremos una vida muy apartada, aunque a menudo haremos grandes viajes... A España, a Egipto, a la India...» Así iba, absorto en sus ensoñaciones, dejando que su caballo corriera más deprisa por los prados junto al henil. Después volvió trotando por la avenida principal y en el Praterstern se montó en su carruaje. Mandó parar en Fossati y le envió a Kláre un ramo de magníficas rosas oscuras. Como de costumbre, desayunó solo en su casa de la plaza Schwarzenberg y después se echó sobre el diván. Le embargaba un fuerte anhelo de volver a ver a Kláre. ¿Qué habían significado para él todas las demás mujeres? No habían sido más que una distracción. Nada más. E imaginó el día en que también Kláre le diría a él:

Librodot

«¿Qué fueron para mí todos los demás? Tú eres el único y el primero al que he querido...» Y tumbado en el diván, con los ojos cerrados, dejó que todos ellos desfilaran ante él... Sin duda. No había querido a ningún otro antes que a él. ¡Y tal vez hasta le había querido siempre y en cada uno de ellos...!

El barón se vistió y, lentamente, como para poder disfrutar durante un par de segundos más el primer reencuentro, hizo el camino que tan bien conocía hasta su casa. Aunque había bastantes personas paseando por el Ring, se notaba que la estación llegaba a su fin. Y Leisenbohg se alegró de que ya estuviera allí el verano, porque viajaría con Kláre y con ella vería el mar o las montañas. Y tuvo que contenerse para no empezar a dar gritos de entusiasmo.

Se detuvo ante la casa de Kláre y miró hacia sus ventanas. La luz del atardecer se reflejaba sobre ellas y estuvo a punto de cegarle. Subió los dos tramos de escalera que llevaban hasta la puerta de su casa y llamó al timbre. No abrieron. Volvió a llamar. Entonces Leisenbohg se dio cuenta de que habían puesto un candado en la puerta. ¿Qué significaba aquello? ¿Se había equivocado? En su puerta no había ningún letrero, pero enfrente leyó que como de costumbre ponía: «Teniente coronel Von Jeleskowits.» No había duda. Estaba delante de su casa. Y su casa estaba cerrada. Bajó corriendo las escaleras, abrió la puerta de la vivienda del portero. En la habitación en penumbra, la portera estaba sentada sobre la cama. Uno de los niños miraba hacia la calle por la pequeña ventana del sótano. El otro tocaba con un peine una melodía incomprensible.

—¿No está en casa la señorita Hell?—preguntó el barón.

La mujer se puso en pie.

—No, señor barón, la señorita Hell ha salido de viaje...

—¿Cómo?—gritó el barón—. Sí, claro—añadió en seguida—. A las tres, ¿no es cierto?

—No, señor barón, la señorita partió a las ocho de la mañana.

—¿Y hacia dónde? Quiero decir, ¿se ha marchado directamente a...?—y al azar dijo: —¿A Dresde?

—No, señor barón. No ha dejado ninguna dirección. Ha dicho que escribirá diciendo dónde está.

—Ah, sí, claro, claro. Muchas gracias.

Leisenbohg se dio la vuelta y salió de nuevo a la calle. Sin querer volvió a mirar en dirección a la casa. ¡Qué diferente resultaba ahora el reflejo del crepúsculo en las ventanas! Qué sofocante y triste el bochorno que se cernía sobre la ciudad. ¿Kláre se había marchado? ¿Por qué? ¿Había huido de él? ¿Qué significaba aquello? Primero pensó ir a la Ópera. Pero entonces se acordó de que las vacaciones empezaban pasado mañana y de que Kláre los dos últimos días no había ido a trabajar.

De modo que se marchó a la Mariahilferstrasse número 76, donde vivían los Ringeiser. Le abrió una vieja cocinera, que observó al distinguido visitante con cierta desconfianza. Él hizo que llamara a la señora Ringeiser.

—¿Está en casa la señorita Ringeiser?—preguntó con una excitación que ya no era capaz de dominar.

—¿Cómo dice?—preguntó la señora Ringeiser cortante.

El caballero se presentó.

—Ah, sí—dijo la señora Ringeiser—. ¿El señor barón hará el favor de seguirme?

El se quedó en el recibidor y de nuevo preguntó:

—¿Está en casa la señorita Ringeiser?

—Pero sígame, señor barón.

Leisenbohg tuvo que seguirla y se encontró en una habitación de techo bajo, sumida en la penumbra, con muebles tapizados de terciopelo azul y en las ventanas cortinas de reps del mismo color.

—No—dijo la señora Ringeiser—. Fanny no está en casa. La señorita Hell se la ha llevado consigo de vacaciones.

—¿Adónde?—preguntó el barón, y se quedó mirando una fotografía de Kláre, colocada sobre el piano en un estrecho marco dorado.

—¿Adónde? No lo sé—contestó la señora Ringeiser—. La señorita Hell se presentó aquí en persona a las ocho de la mañana y me pidió que le dejara llevarse a Fanny. Y vaya, me lo pidió tan bien que no he podido decirle que no.

—Pero, ¿adónde? ¿Adónde?—preguntó Leisenbohg con insistencia.

—Bueno, no sabría decirle. Fanny me enviará un telegrama en cuanto la señorita Hell haya decidido dónde quiere quedarse. Tal vez mañana o pasado.

—Ya veo—dijo Leisenbohg y se dejó caer en una pequeña mecedora delante del piano.

Se quedó callado durante un par de segundos, después se levantó de pronto, tendió la mano a la señora Ringeiser, pidió disculpas por las molestias que hubiera podido causarle y lentamente bajó las oscuras escaleras del viejo edificio.

Sacudía la cabeza. Había sido muy precavida... Verdaderamente. Más precavida de lo necesario. Tenía que saber que él no era un entrometido.

—¿Adónde vamos, señor barón?—preguntó el cochero.

Leisenbohg se dio cuenta de que llevaba ya un rato sentado en el carruaje descubierto, con la mirada fija ante él. Y obedeciendo una inspiración repentina, contestó:

—Al hotel Bristol.

Sigurd Ólse aún no se había marchado. Hizo que Leisenbohg subiera a su habitación, le recibió con entusiasmo y le pidió que pasara con él la última noche de su estancia en Viena. Al barón le había impresionado el hecho de que después de todo Sigurd Ólse aún estuviera en Viena, pero su amabilidad le conmovió hasta las lágrimas. Sigurd empezó en seguida a hablar de Kláre. Rogó a Leisenbohg que le contara cosas sobre ella, todo lo que pudiera, puesto que sabía que el barón era su amigo más antiguo y más fiel. Leisenbohg se sentó sobre un baúl y habló sobre Kláre. Y el poder hablar de ella le sentó bien. Le contó prácticamente todo, con excepción de aquellos detalles que como caballero consideraba que estaba en la obligación de ocultar. Sigurd escuchó con atención y parecía arrobado.

Durante la cena, el cantante invitó a su amigo a abandonar Viena aquella misma noche y a acompañarle a su finca de Molde. El barón se sintió tranquilizado en extremo. Rechazó la oferta por aquella noche, pero prometió a Olse que le visitaría a lo largo del verano.

Fueron juntos a la estación.

—Tal vez me tomes por un loco—dijo Sigurd—. Pero me gustaría pasar una vez más por delante de sus ventanas.

Leisenbohg le miró de soslayo. ¿Acaso estaba intentando engañarle? ¿O era la última prueba de la absoluta autenticidad del cantante? Cuando llegaron frente a la casa de Kláre, Sigurd lanzó un beso hacia las ventanas cerradas. Después dijo:

—Salúdala una vez más de mi parte.

Leisenbohg asintió con la cabeza.

—Me encargaré de hacerlo en cuanto vuelva.

Sigurd le miró perplejo.

—Es que ya se ha marchado—añadió Leisenbohg—. Partió esta mañana temprano, sin despedirse... Como es su costumbre—mintió.

—Partió... —repitió Sigurd y se sumió en sus pensamientos.

Después ambos guardaron silencio. Y antes de que saliera el tren, se abrazaron como si fueran viejos amigos.

El barón lloró por la noche en su cama, como no lo había hecho desde su niñez. La hora de placer que había vivido con Kláre se le aparecía como sacudida por un oscuro estremecimiento. Le pareció que la pasada noche los ojos de ella habían ardido como si

estuviera loca. Entonces lo comprendió todo. Había obedecido a su llamada demasiado pronto. La sombra del príncipe Bedenbruck aún tenía poder sobre ella, y Leisenbohg supo que tan sólo había poseído a Kláre para perderla para siempre. Durante un par de días anduvo vagando por Viena, sin saber qué hacer ni por el día ni por la noche. Todo aquello en lo que antes empleaba su tiempo—leer el periódico, jugar al whistie, montar a caballo—le resultaba ahora del todo indiferente. Se dio cuenta de que toda su existencia no tenía sentido más que por Kláre, que incluso sus relaciones con otras mujeres sólo se habían nutrido del reflejo de su pasión por ella. Sobre la ciudad parecía cernerse un vapor eterno y gris. Las personas con las que hablaba tenían la voz ahogada y le miraban de un modo extraño, incluso pérfido. Una noche se fue a la estación y como un autómata sacó un billete para Ischi. Allí encontró conocidos que inocentemente preguntaron por Kláre. El contestó irritado y con descortesía y tuvo que batirse con un caballero que no le importaba lo más mínimo. Avanzó sin sentir ninguna emoción, escuchó cómo la bala pasaba silbando junto a su oreja, disparó al aire y abandonó Ischi media hora después del duelo. Se marchó al Tirol, a la Engadina, al Oberland bernés, al lago de Ginebra. Remó, atravesó desfiladeros, escaló montañas, durmió en una ocasión en una cabana de pastor y, en general, de cada día que pasaba sabía tan poco como del siguiente.

Un buen día recibió un telegrama que le habían enviado a Viena. Lo abrió con dedos temblorosos. Y leyó: «Si eres mi amigo, manten tu palabra y ven corriendo a verme, pues necesito un amigo. Sigurd Ólse.» Leisenbohg no dudó un instante que el contenido de aquel telegrama debía de guardar alguna relación con Kláre. Hizo las maletas tan rápido como pudo y a la primera oportunidad abandonó Aix, donde se encontraba en aquel momento. Sin interrupción, viajó hasta Hamburgo pasando por Munich y cogió el barco que por Stavapger llevaba hasta Molde, donde llegó una despejada tarde de verano. El viaje le había parecido interminable. Su alma se había mantenido impasible a los encantos del paisaje. En los últimos tiempos no había logrado recordar el canto de Kláre, como tampoco sus facciones. Le pareció que llevaba años, décadas, fuera de Viena, pero cuando vio a Sigurd esperándole en la orilla con un traje de franela blanco y una gorra del mismo color, sintió como si fuera ayer tarde cuando le viera por última vez. Y aunque estaba deshecho, contestó sonriendo desde la cubierta al saludo de bienvenida de Sigurd y con decisión bajó las escaleras del barco.

—Te agradezco infinitamente que hayas atendido mi ruego—dijo Sigurd.

Y acto seguido añadió:

—Estoy acabado.

El barón le observó. Sigurd estaba muy pálido. Los cabellos en torno a sus sienes se habían vuelto sorprendentemente grises. En el brazo llevaba una manta de viaje verde que tenía un brillo mate.

—¿Qué pasa? ¿Qué ha ocurrido?—preguntó Leisenbohg, al que se le congeló la sonrisa.

—Tienes que saberlo todo—contestó Sigurd Olse y al barón le llamó la atención que la voz de Sigurd sonaba menos plena que en otro tiempo.

En un carruaje pequeño y estrecho fueron por la hermosa avenida que corría a lo largo del mar azul. Ambos callaban. Leisenbohg no se atrevía a preguntar. Tenía la mirada fija en el mar, que apenas se movía. Y se le ocurrió algo peregrino que, como se demostró, era irrealizable: contar las olas. Después contempló el cielo y le pareció como si las estrellas gotearan lentamente. Al final también se le ocurrió pensar que existía una cantante, de nombre Kláre Hell, que andaba por algún lugar del vasto mundo... Pero justo aquello era irrelevante. Una sacudida y el carruaje paró ante una sencilla casa blanca, rodeada de verde. Cenaron en una veranda con vistas al mar. Les sirvió un criado de rostro severo, incluso amenazador en el momento de echar el vino. La luminosa noche del norte estaba suspendida en la lejanía.

—¿Y bien?—preguntó Leisenbohg, sobre el que de golpe pareció abatirse una marea de curiosidad.

Librodot

—Soy un hombre perdido—declaró Sigurd Ólse mirando al frente.

—¿Qué quieres decir?—preguntó Leisenbohg en un tono de voz apagado—. ¿Y qué puedo yo hacer por ti?—añadió de un modo mecánico.

—No mucho. Aún no lo sé.

Sigurd se quedó mirando la superficie de la mesa, la barandilla, el jardín delantero, la verja, la calle y el mar en lontananza.

Leisenbohg estaba petrificado por dentro... Todo tipo de ideas cruzaron al mismo tiempo por su mente... ¿Qué habría ocurrido? ¿Kláre estaba muerta? ¿La había matado Sigurd? ¿La habría arrojado al mar? ¿O era Sigurd el que estaba muerto? Pero, no, eso era imposible... Estaba sentado ante él... Pero, ¿por qué no hablaba? Y de pronto, acosado por un miedo descomunal, Leisenbohg saltó hacia delante:

—¿Dónde está Kláre?

El cantante se volvió lentamente hacia él. Su rostro, un poco hinchado, empezó a brillar desde el interior y pareció sonreír, si es que no eran los rayos de la luna jugando sobre él. En cualquier caso, Leisenbohg descubrió en ese instante que aquel hombre que estaba allí sentado junto a él con la mirada soñolienta y echado hacia atrás, con las dos manos en los bolsillos del pantalón y las piernas estiradas bajo la mesa, a nada se parecía más en este mundo que a un Pierrot. La manta verde colgaba de la barandilla de la terraza, y al barón en aquel momento le pareció un viejo y buen amigo... Pero, ¿qué le importaba a él aquella ridícula manta? ¿Acaso estaba soñando...? Estaba en Molde. Aquello ya era bastante singular. Si hubiera sido sensato, se habría limitado a telegrafiar al cantante desde Aix: «¿Qué pasa? ¿Qué quieres de mí, Pierrot?» Y de repente repitió su pregunta de antes, sólo que esta vez con mayor cortesía y serenidad:

—¿Dónde está Kláre?

Ahora el cantante asintió varias veces.

—De ella se trata al fin y al cabo. ¿Eres mi amigo?

Leisenbohg asintió con la cabeza. Sintió un ligero estremecimiento de frío. Del mar llegó un soplo de aire templado.

—Soy tu amigo. ¿Qué quieres de mí?

—¿Te acuerdas de la noche en la que nos despedimos el uno del otro? Cenamos juntos en el Bristol y tú me acompañaste al tren.

Leisenbohg volvió a asentir.

—Sin duda alguna no sabías que en el mismo tren en el que iba yo, Kláre Hell se marchó de Viena.

Leisenbohg dejó caer la cabeza sobre su pecho...

—Yo lo ignoraba tanto como tú—prosiguió Sigurd—. Sólo a la mañana siguiente vi a Kláre en la estación en la que desayunamos. Estaba sentada con Fanny Ringeíser en el comedor, bebiendo café. Su comportamiento me hizo sospechar que aquel encuentro sólo se debía a una casualidad. Pero no fue casual.

—Sigue—dijo el barón, y miró la manta verde, que se había movido ligeramente.

—Después me confesó que no se había tratado de ninguna casualidad. Desde aquella mañana Kláre, Fanny y yo no nos separamos. Nos instalamos en uno de vuestros deliciosos lagos austriacos. Ocupamos una encantadora casa situada entre el agua y el bosque, lejos de lagente. Eramos muy felices.

Hablaba tan despacio que Leisenbohg creyó que se volvía loco. «¿Para qué me ha llamado?», pensaba. «¿Qué quiere de mí? ¿Le ha confesado ella...? ¿A él qué le importa? ¿Por qué me mira tan fijamente a la cara? ¿Qué hago sentado aquí en Molde en una veranda con un Pierrot? ¿No se tratará de un sueño? ¿Estoy aún en brazos de Kláre? ¿No se tratará al fin y al cabo de la misma noche?» Y sin querer abrió mucho los ojos.

—¿Me vengarás?—preguntó de pronto Sigurd.

—¿Vengarte? Pero, ¿por qué? ¿Qué ha ocurrido?—preguntó el barón, y escuchó sus propias palabras como si le llegaran de lejos.

—Porque ella me ha condenado a morir, porque estoy perdido.

—Cuéntamelo todo de una vez—dijo Leisenbohg con voz dura, áspera.

—Fanny Ringeiser se encontraba con nosotros—prosiguió Sigurd—. Es una buena chica, ¿no es cierto?

—Sí, es una buena chica—replicó Leisenbohg, y de pronto vio ante sí la habitación en penumbra con los muebles tapizados de terciopelo azul y las cortinas de reps, donde hacía varios cientos de años había hablado con la madre de Fanny.

—Es una chica bastante boba, ¿no te parece?

—Eso creo—respondió Leisenbohg.

—Yo lo sé—dijo Sigurd—. No se dio cuenta de lo felices que éramos.

Y después guardó silencio durante un buen rato.

—Continúa—dijo Leisenbohg, y esperó.

—Una mañana, mientras Kláre aún dormía... —empezó de nuevo Sigurd—. Siempre dormía hasta bien entrada la mañana, pero yo me iba a pasear por el bosque. Y de pronto Fanny apareció corriendo detrás de mí. «Huya, señor Olse, antes de que sea demasiado tarde. Márchese. Se encuentra usted en un grave peligro.» Y cosa extraña, al principio no quiso decirme nada más, pero insistí y al final conseguí enterarme de cuál era el peligro que en su opinión me amenazaba. ¡Ah, creía que yo aún podía salvarme...! Sino no me habría dicho nada.

La manta de color verde sobre la barandilla se hinchó como una vela. La lámpara de la mesa tembló un poco.

—¿Qué te contó Fanny?—preguntó Leisenbohg con dureza.

—¿Te acuerdas de la noche en la que fuimos invitados a casa de Kláre?—preguntó Sigurd—. Aquella mañana Kláre había ido con Fanny al cementerio y sobre la tumba del príncipe le confesó a su amiga algo espantoso.

—¿Algo espantoso?

El barón se estremeció.

—Sí. ¿Sabes cómo murió el príncipe? Se cayó del caballo, pero aún vivió" una hora.

—Lo sé.

—Nadie más que Kláre estaba con él.

—Lo sé.

—No quería ver a nadie más que a ella. Y en el lecho de muerte pronunció una maldición.

—¿Una maldición?

—Una maldición. «Kláre», dijo el príncipe, «no me olvides. No descansaría en mi tumba, si tú me olvidaras.» «No te olvidaré», respondió Kláre. «¿Me juras que no me olvidarás?» «Te lo juro.» «¡Kláre, te amo y tengo que morir!»

—¿Quién habla ahora?—gritó el barón.

—Yo—dijo Sigurd—. Y por mi boca habla Fanny. Y por la de Fanny, Kláre. Y por la de Kláre, el príncipe. ¿No me comprendes?

Leisenbohg escuchaba angustiado. Le pareció que oía la voz del difunto príncipe resonando en la noche desde su ataúd cerrado con tres vueltas de llave.

—«¡Kláre, te amo y tengo que morir! Eres tan joven, y yo tengo que morir... Y vendrá algún otro después que yo... Lo sé, así será... Otro te tendrá en sus brazos y será feliz contigo... Que no lo haga... ¡No debe! Le maldigo. ¿Me oyes, Kláre? ¡Le maldigo! El primero que bese estos labios, que abrace este cuerpo después que yo... ¡Que se vaya al infierno! Kláre, el cielo escucha las maldiciones de los moribundos... Protégete, protégele... ¡Al infierno con él! Que se vuelva loco, que se arruine, que se muera. ¡Maldito sea! ¡Maldito!»

Sigurd, en cuya boca resonaba la voz del difunto príncipe, se había puesto en pie. Y allí estaba, alto y obeso con su traje de franela blanca, contemplando la clara noche. La manta de color verde se escurrió desde la barandilla hasta el jardín. El barón sintió un frío horrible. Le pareció como si todo su cuerpo fuera a congelarse. Le hubiera gustado gritar, pero se limitó a abrir mucho la boca... En aquel momento se encontraba en la pequeña sala de la profesora de canto Eisenstein, donde había visto por primera vez a Kláre. Sobre el escenario había un Pierrot, declamando:

—Con esta maldición en los labios murió el príncipe Bedenbruck y... Escucha, el desdichado en cuyos brazos estuvo ella, el infeliz sobre el que ha de cumplirse la maldición, soy yo... ¡Yo! ¡Yo!

En aquel momento el escenario se vino abajo con gran estruendo y ante los ojos de Leisenbohg se hundió en el mar. Él sin embargo cayó sin hacer ruido con su silla hacia atrás, como si fuera una marioneta.

Sigurd dio un salto, pidiendo ayuda. Vinieron dos criados, que levantaron al desfallecido y le pusieron en un sillón que había a un lado de la mesa. Uno corrió a buscar un médico. El otro trajo agua y vinagre. Sigurd frotó la frente y las sienes del barón, que no hizo ningún ademán de ir a moverse. Después vino el médico y procedió a examinarle. No le llevó mucho tiempo. Al final dijo:

—Este hombre está muerto.

Sigurd Ólse estaba muy impresionado. Pidió al médico que tomara las disposiciones necesarias y abandonó la terraza. Atravesó el salón, subió al primer piso, entró en su dormitorio, encendió la luz y a toda prisa escribió las siguientes palabras: «¡Kláre! Encontré tu telegrama en Molde, adonde huí sin detenerme en ningún sitio. He de confesarte que no te creí. Pensaba que querías tranquilizarme con una mentira. Perdóname... Ya no dudo. El barón Von Leisenbohg estuvo en mi casa. Yo le llamé. Pero no le pregunté nada, pues siendo un hombre de honor me habría mentido. Tuve una idea ingeniosa. Le comuniqué la maldición del difunto príncipe. El efecto fue asombroso. El barón cayó con su silla hacia atrás y murió en el acto.»

Sigurd se detuvo, se puso muy serio y pareció reflexionar. Después avanzó hasta el centro de la habitación y alzó la voz para cantar. Al principio como con miedo y ahogada, pero luego se fue aclarando progresivamente hasta que resonó fuerte y espléndida a través de la noche. Y al final lo hizo con tanta energía como si retumbara en las olas. Una apacible sonrisa recorrió las facciones de Sigurd. Respiró hondo. Se dirigió de nuevo a su escritorio y añadió a su telegrama las siguientes palabras: «¡Mi querida Kláre! Perdóname... Todo vuelve a ir bien. En tres días estaré contigo...»

EL MUERTO GABRIEL

Pasó por delante, bailando en brazos de un hombre al que él no conocía, inclinó la cabeza con mucha suavidad y sonrió. Ferdinand Neumann hizo una profunda reverencia, como era su costumbre. Ella también está aquí, pensó con asombro y de un golpe se sintió más liberado que antes. Si Irene, cuatro semanas después de la muerte de Gabriel, podía deslizarse por una luminosa sala llevando un vestido blanco y con cualquier desconocido, tampoco a él podrían tomarle a mal el que hubiera acudido a aquel lugar de público esparcimiento. Esa noche, por vez primera tras cuatro semanas de silencioso retiro, se había apoderado de él el deseo de volver a encontrarse en medio de otras personas. Para sorpresa de sus padres, que apenas habían sabido explicarse la profunda desazón de su hijo frente a la muerte de un conocido tan sólo fugaz, se había presentado a la cena de frac, había expresado su intención de asistir al baile de los estudiantes de Derecho, y se había alejado con la agradable sensación de haber proporcionado, sin mucho esfuerzo, una pequeña alegría a aquellos buenos ancianos.

En el coche de punto que le condujo hasta el Sophiensaal había notado que de nuevo el corazón le oprimía. Había pensado en la noche en la que desde la ventana de Wilhelmine viera al otro lado de la verja del Stadtpark una silueta oscura caminando arriba y abajo. En la mañana en la que él, aún en la cama, había visto en el periódico la noticia del suicidio de Gabriel. En el momento en el que Wilhelmine le había dado a leer la conmovedora carta en la que Gabriel, sin una palabra de reproche, se despedía de ella para siempre. Tampoco mientras subía las amplias escaleras e incluso cuando se encontró en la sala en medio del estruendo de la música se había sentido más animado. Sólo el ver a Irene había aclarado su ánimo.

Hacía ya algunos años que la conocía, sin que nunca se hubiera interesado por ella de una manera especial, y como para los demás conocidos de la casa tampoco para él era un secreto la inclinación que ella mostraba hacia Gabriel. Cuando unos días antes de Navidad Ferdinand acudió como invitado a casa de los padres de Irene, ella, con su voz agradable y oscura, había cantado un par de melodías mientras Gabriel la acompañaba al piano. Ferdinand recordaba claramente que se había preguntado por qué aquel buen muchacho no se casaba con aquella criatura adorable y sencilla, en lugar de andar pendiente de la deslumbrante Wilhelmine, que sin duda alguna no tardaría en engañarle. Que precisamente él hubiera resultado el elegido por el destino para hacer realidad aquella sospecha, eso Ferdinand aquella noche ni siquiera lo había pensado. Pero por lo que se refería a la verdadera parte de culpa que él pudiera tener en la muerte de Gabriel, Atanasius Treuenhof, especialista en todo lo humano y lo divino, había declarado en seguida que en todo aquel asunto a él no le había caído en suerte el papel de un individuo, sino el de un principio, y que por eso tenía motivos para sentir una ligera tristeza, pero en absoluto un serio arrepentimiento. Con todo, Ferdinand había vivido un instante penoso, cuando estando con Wilhelmine junto a la tumba de Gabriel, sobre la que aún se hallaban las marchitas coronas, ella, en aquel tono de voz que tan bien conocía de la escena y mientras a él las lágrimas le corrían por las mejillas, le había dirigido de pronto estas palabras: «Claro, miserable, ahora sí que puedes llorar.» Aunque una hora después le había jurado que por ella también podían morir otros mejores que Gabriel. Y en los últimos días, en ocasiones a Ferdinand le parecía como si sencillamente hubiera olvidado todo aquel triste suceso. Treuenhof también supo explicar aquel extraño hecho afirmando que las mujeres tienen una relación más estrecha que los hombres con las fuerzas primigenias y que por eso desde el principio estaban hechas para aceptar con serenidad lo irrevocable.

Por segunda vez Irene pasó bailando por delante de Ferdinand y de nuevo sonrió. Pero su sonrisa parecía distinta de la primera. Más evocadora, de bienvenida. Y su mirada se quedó clavada en Ferdinand, mientras ella se alejaba de nuevo, flotando y perdiéndose entre la

multitud con su pareja de baile. Cuando acabó el vals, Ferdinand dio una vuelta por la sala, preguntándose qué era lo que en realidad le había atraído hasta allí y si había merecido la pena permitir que la estrepitosa banalidad de aquel baile turbara la noble melancolía de su existencia, a la que en los últimos tiempos las horas de pasión que pasaba en brazos de Wilhelmine no hacían más que conferir un sombrío encanto. Y de pronto le embargó un fuerte anhelo, no sólo de alejarse del baile, sino de abandonar la ciudad en los próximos días, tal vez mañana mismo, y emprender un viaje hacia el sur. A Sicilia o a Egipto. Incluso reflexionó sobre si, antes de partir, debía despedirse de Wilhelmine, cuando de pronto ante él vio a Irene, que, inclinando ligeramente la cabeza, contestaba a su saludo. El le ofreció su brazo y a través del gentío que había en la sala la condujo, subiendo unos pocos escalones, hasta el amplio corredor que discurría en torno a la sala de baile. En aquel momento empezó a sonar de nuevo la música y con los primeros acordes Irene dijo en voz baja:

—El está muerto. Y nosotros dos aquí.

Ferdinand se asustó un poco, sin querer apresuró el paso y al fin observó:

—Hoy es la primera vez desde entonces que me encuentro entre tanta gente.

—Para mí es la tercera—contestó Irene con voz más serena—. He acudido una vez al teatro y en otra ocasión a una velada.

—¿Fue divertida?—preguntó Ferdinand.

—No lo sé. Alguien tocó el piano. Algún otro contó unos cuantos chistes. Y después hubo baile.

—Sí, lo mismo de siempre—observó Ferdinand.

Se hallaban ante una puerta.

—Me he comprometido para el rigodón—dijo Irene—, pero no me apetece bailarlo. Huyamos a la galería.

Ferdinand condujo a Irene por la estrecha y fría escalera de caracol. Vio algunos restos de finos polvos de tocador sobre sus hombros. El cabello negro lo llevaba recogido en la nuca en un complicado moño. Su brazo descansaba ligero sobre el suyo. La puerta que daba a la galería estaba abierta. En el primer palco había un camarero sentado, que al verlos se levantó rápidamente.

—Quisiera beber una copa de champán—dijo Irene.

Ah, pensó Ferdinand. ¿Será más interesante de lo que había supuesto? ¿O es afectación?

Encargó la bebida y después le acercó un sillón, colocándolo de manera que no pudieran verla desde abajo.

—¿Era usted su amigo?—preguntó Irene, y le miró fijamente a los ojos.

—¿Su amigo? Eso realmente no puede decirse. En cualquier caso, nuestra relación en los últimos años fue tan sólo esporádica.

De qué modo más extraño me mira, pensó. Si supiera que yo... Pero siguió hablando:

—Hace cinco o seis años asistí al mismo tiempo que él a unas conferencias en la universidad. Ambos estudiamos Derecho, sin motivo alguno. Después, hace tres años, en otoño, hicimos juntos una excursión en bicicleta, desde Innsbruck, donde nos habíamos encontrado por casualidad. Atravesamos el Brennero. Y en Verona nos volvimos a separar. Yo continué el viaje hasta casa. Él, a Roma.

Irene asentía en ocasiones, como si estuviera escuchando cosas que conocía bien. Ferdinand prosiguió:

—En Roma, por lo demás, escribió su primera obra de teatro. Es más, la primera que fue representada.

—Sí—dijo Irene.

—No tuvo mucha suerte—observó Ferdinand.

El champán estaba sobre la mesa. Ferdinand lo sirvió. Chocaron las copas y, mientras bebían, se miraron seriamente a los ojos, como si la primera copa fuera en memoria del desaparecido. Después Irene dejó la suya y con calma dijo:

—Se ha suicidado por la Bischof.

—Eso dicen—se limitó a responder Ferdinand y se sintió aliviado de que no le traicionara ni un solo gesto.

Las primeras notas del rigodón resonaron tan fuertes que las copas de champán vibraron un poco.

—¿Conoce usted personalmente a la Bischof?—preguntó Irene.

—Sí—contestó Ferdinand.

Así que no tiene ni idea, pensó. Claro. Si lo supiera, no estaría aquí arriba bebiendo champán conmigo. ¿O tal vez precisamente por eso...?

—Hace poco la vi en el papel de Medea—comentó Irene—. Fui al teatro sólo por ella. Desde el estreno de la obra de Gabriel, el invierno pasado, no la había vuelto a ver en escena. ¿Fue entonces cuando empezó la historia?

Ferdinand se encogió de hombros. No sabía. Y afirmó:

—Es una gran artista.

—Es muy posible—contestó Irene—, pero no creo que por eso tenga derecho a...

—¿Derecho a qué?—preguntó Ferdinand, al tiempo que volvía a llenar las copas.

—A arrastrar a un hombre a la muerte—concluyó Irene y se quedó mirando al vacío.

—Ah, señorita—dijo Ferdinand con precaución—. Resulta difícil decidir dónde empiezan aquí por un lado el derecho y por otro la responsabilidad. Y cuando no se conocen los detalles, ¿cómo se puede...? En cualquier caso, la señorita Bischof se cuenta entre esas criaturas que... ¿Cómo decirlo? Que están más próximas a los espíritus primigenios que nosotros, los demás seres humanos. Y probablemente a semejantes criaturas no podemos aplicarles la misma medida que a cualquiera de nosotros.

Irene había dejado su pequeño y anticuado abanico de marfil sobre la mesa. Lo volvió a coger y se lo acercó a la mejilla y a la frente, como para refrescarse. Después bebió su copa de un trago y dijo:

—Que no le fuera fiel... Bueno, eso aún se comprende. Pero, ¿por qué no fue sincera con él? ¿Por qué no le dijo: Se acabó. Amo a otro hombre. Separémonos? A él sin duda alguna le habría dolido mucho, pero no le habría llevado a la muerte.

—¿Quién sabe?—dijo Ferdinand despacio.

—Seguro que no—insistió Irene con dureza—. Fue el asco lo que le empujó a hacerlo. El asco. El pensar: las mismas palabras que he escuchado hoy, las mismas caricias que he recibido hoy...

Un estremecimiento recorrió su cuerpo. Su mirada se arqueó por encima del antepecho en dirección a la sala y ella guardó silencio.

Ferdinand la miró. No comprendía que hubiera un solo hombre sobre la tierra que, sabiéndose amado por aquella muchacha, pudiera suicidarse por causa de Wilhelmine. En aquel momento dudó más que nunca de que Gabriel hubiera tenido talento. De hecho, sólo vagamente pudo recordar la obra en la que el año anterior Wilhelmine había desempeñado el papel protagonista y tras cuyo fracaso, como para resarcirle, se había convertido en la amante de Gabriel. En voz muy baja Irene, apartando la mirada, dijo:

—¿Así que en los últimos años no tuvo usted ningún trato con él?

—Poco—contestó Ferdinand—. Sólo el último otoño volvimos a vernos alguna vez. En una ocasión me lo encontré por casualidad en el Ring. Él iba precisamente acompañado de la Bischof, y nos fuimos los tres a cenar al Volksgarten. Fue una noche muy agradable. Se podía uno sentar al aire libre, aunque estábamos ya a finales de octubre. Después de aquella noche aún nos vimos un par de veces... Una o dos incluso en casa de la señorita Bischof. Sí, en

Librodot

cierto modo parecía como si nos hubiéramos reencontrado después de mucho tiempo, pero no fue más allá.

Ferdinand desvió la mirada y sonrió.

—Quiero contarle algo—dijo Irene—. Yo tenía intención de visitar a la señorita Bischof.

—¿Cómo?—gritó Ferdinand y contempló la frente de Irene. Era muy blanca y despejada, como suelen serlo las frentes de las jóvenes.

El rigodón había terminado y ahora no había música. Desde abajo ascendía el barullo de las voces. Algunas palabras indiferentes, como si tuvieran la fuerza suficiente como para separarse de las demás, llegaban hasta arriba con mayor claridad.

—Estaba incluso firmemente decidida—dijo Irene, mientras abría y cerraba su abanico de marfil—. Pero... Imagínese, qué infantil, en el último momento siempre me faltó el valor.

—¿Y por qué quería visitarla?—preguntó Ferdinand.

—¿Por qué? Es muy sencillo. Quería verla cara a cara. Escuchar su voz. Quería saber cómo habla y cómo se mueve en la vida normal. Preguntarle toda una serie de asuntos triviales. ¿Es que no lo entiende?—añadió de pronto con vehemencia.

Soltó una breve risa, bebió un trago de su copa y siguió hablando:

—A una le interesa saber cómo son en realidad esas mujeres. Esas misteriosas mujeres a las que, como usted afirma, hay que medir con otro rasero. Esas mujeres por las que un buen hombre se suicida y que tres días después están otra vez sobre el escenario, tan majestuosas, tan grandiosas, como si nada en el mundo hubiera cambiado.

Pasaron dos caballeros, se pararon, se dieron la vuelta y observaron a Irene. Ferdinand se sintió enojado y, si aquella impertinencia hubiera durado tan sólo un segundo más, se habría levantado y les habría pedido explicaciones. Se vio a sí mismo intercambiando tarjetas, recibiendo a los testigos, atravesando el Prater al amanecer, derrumbándose sobre la tierra húmeda después de que le alcanzaran en el pecho, y por fin junto a su tumba a Wilhelmine acompañada de alguna actriz cómica. Pero antes de que transcurriera ese segundo, el plazo que había concedido a aquellos señores, ellos dejaron de mirar y siguieron su camino. Y Ferdinand volvió a escuchar la voz de Irene:

—Ahora tendría valor—dijo con una extraña sonrisa, como desesperada.

—¿Valor para qué?—preguntó Ferdinand.

—Para visitar a la señorita Bischof.

—¿A la señorita Bischof...? ¿Ahora?

—Sí, justo ahora. ¿Qué le parece?—y balanceó los hombros al ritmo de la música—. ¿O mejor bailamos un vals?

—De todos modos, está cerca—opinó Ferdinand.

—¿No es extraño?—dijo Irene con una alegre mirada en los ojos—. ¿Qué es lo que ha cambiado desde que estamos aquí sentados, bebiendo champán? Nada. Ni lo más mínimo. Y sin embargo de pronto a uno le parece que la muerte no es tan terrible como normalmente imagina. Mire, podría arrojarme desde aquí, sin más. O desde una torre. Y me parece que eso no es nada. Una broma. Pero, ¡qué buenas migas hemos hecho! Eso se lo debe usted únicamente a Gabriel.

—Jamás hubiera pensado... —dijo Ferdinand sonriendo cortésmente y notó que el corazón le latía con más fuerza.

Los ojos de Irene ya no estaban alegres. Eran grandes, negros y serios.

—¿Y sabe usted cómo me lo imaginaba?—preguntó, sin esperar su respuesta—. Quería presentarme como una artista de paso. O como una ferviente admiradora. Hace tiempo que ansio... Hace tiempo que me muero por... Así es como pensaba empezar. Todas esas mujeres son muy vanidosas, ¿no?

—Forma parte de su profesión—respondió Ferdinand.

—Ah, yo la habría adulado tanto que se habría quedado fascinada y sin duda me habría pedido que volviera... Y yo habría vuelto a menudo, habríamos intimado e incluso nos habríamos hecho amigas, hasta que un día... Sí, hasta que un día se lo habría gritado a la cara, en cualquier momento: También usted sabe lo que ha hecho... ¿Sabe lo que es usted? ¡Una asesina! Sí, eso es lo que es usted, señorita Bischof.

Ferdinand la miraba asombrado y volvió a pensar en lo estúpido que había sido Gabriel.

Abajo se oían murmullos, susurros. Todo parecía venir de más lejos que antes. Pasaron dos parejas, se sentaron no muy apartadas de una de las mesas que había junto a la pared, hablando y riendo muy fuerte. Entonces volvió a empezar la música. Resonaba y ascendía por el espacio.

—¿Y si voy a verla ahora?-—preguntó Irene.

—¿Ahora?

—¿Cree usted que me recibirá?

—Sería una hora muy extraña—dijo Ferdinand sonriendo.

—Ah, no puede ser mucho más de medianoche. Y ella hoy actuaba.

—¿Lo sabe usted?

—¿Qué tiene de asombroso? ¿No lo pone en el periódico? Justo ahora debe de haber llegado a su casa. ¿No sería la cosa más sencilla del mundo? Se hace uno anunciar, cuenta cualquier historia o la verdad, simplemente. Sí. Vengo directamente de un baile. Y mi deseo de conocerla era irresistible. Sólo por una vez quería besar la divina mano... Etcétera. Entre tanto, abajo esperaría el carruaje y antes del entreacto estaríamos de vuelta. Y nadie se habría dado cuenta.

—Si está dispuesta a ello, señorita—dijo Ferdinand—. En ese caso, permítame que la acompañe.

Irene le observó. La expresión de su rostro era decidida y excitada.

—No pensará usted que de verdad...

—Pero para saltar desde una torre, señorita, para eso sí habría tenido suficiente valor, ¿no?...

Irene le miró a los ojos. Y de pronto se puso en pie.

—Entonces vayamos ahora mismo—dijo, y por su frente corrió una oscura sombra.

Ferdinand llamó al camarero, pagó, ofreció su brazo a Irene y la condujo por las escaleras hasta el vestíbulo. Allí la ayudó a ponerse su abrigo de color gris claro. Ella se subió el cuello de piel y se puso un pañuelo de encaje en la cabeza. Sin decirse una palabra, 'salieron por la puerta principal. Acudió un carruaje, y sin hacer ruido, sobre la calle cubierta de nieve, rodaron en dirección a su objetivo.

De cuando en cuando Ferdinand observaba a Irene de reojo. Iba sentada sin moverse y desde su rostro velado los ojos miraban fijamente la oscuridad. Cuando, pasados unos minutos, el carruaje se detuvo ante la casa, Irene esperó a que se abriera la puerta, después de que Ferdinand hubo llamado. Sólo entonces se bajó, y ambos subieron lentamente las escaleras. Cuando Ferdinand se encontró frente a la doncella, a la que tan bien conocía y que miró sorprendida tanto a él como a su acompañante, sintió que despertaba de un sueño.

—Por favor, pregunte a la señorita—dijo Ferdinand—si querría tener la amabilidad de recibirnos.

La muchacha sonrió tontamente y condujo a la pareja hasta el salón, donde resplandecían las velas de la araña de cristal. Ferdinand se vio a sí mismo y a Irene como a dos desconocidos flotando en el espejo veneciano que colgaba ladeado sobre el piano negro y brillante. De pronto una idea cruzó por su mente. ¿Y si Irene le hubiera hecho llevarla hasta allí para asesinar a Wilhelmine? La idea desapareció con la misma rapidez con la que se había presentado, pero en cualquier caso la joven, que estaba junto a él y a la que el pañuelo de

Librodot

encaje se le escurrió lentamente de la cabeza, le pareció transformada por completo. Sí, como si fuera una criatura desconocida, cuya voz él no hubiera escuchado jamás.

Se abrió una puerta y entró Wilhelmine con una bata lisa de terciopelo que le dejaba el cuello al descubierto. Ofreció la mano a Ferdinand, observándoles a él y a la señorita con una mirada que más bien expresaba contento que sorpresa. Ferdinand trató de explicar en tono de broma el motivo de la nocturna visita. Contó cómo su compañera no había hablado de otra cosa durante el baile más que de su admiración por la señorita Bischof, y cómo él, con una suerte de humor carnavalesco, se había ofrecido a guiar a la señorita a aquella hora de la noche hasta la casa de la diva, aún a riesgo de que los hubieran echado a ambos escaleras abajo.

—¡Qué ocurrencia!—contestó Wilhelmine—. Al contrario, estoy encantada.

Y le tendió la mano a Irene.

—Sólo que he de rogar a los señores que hagan el favor de acompañarme durante la cena. Acabo de llegar del teatro.

Se retiraron al cuarto contiguo, donde bajo una campana de cristal verdoso tres débiles bombillas iluminaban una mesa a medio poner. Mientras Ferdinand se quitaba el abrigo de piel y lo arrojaba sobre el diván, Wilhelmine le cogió a Irene el suyo de los hombros y lo colgó sobre el respaldo de una silla. Después sacó unas copas del aparador, las llenó de vino blanco, las puso frente a Ferdinand e Irene, y sólo entonces se sentó, se sirvió con calma un trozo de carne fría en el plato, lo cortó y les dijo:

—Permítanme.

Y empezó a comer. De cuando en cuando lanzaba a Irene y a Ferdinand una mirada bondadosa y sonriente, como desde lejos.

Está claro que lo encuentra natural, pensó Ferdinand un tanto decepcionado. Y si me hubiera presentado con la emperatriz de la China y ahora le transmitiera mi nombramiento como mandarín, tampoco le extrañaría. En el fondo es una lástima: «Puesto que las mujeres que nunca se asombran, tampoco pertenecen del todo a nadie...» Era una expresión de Treuenhof, que se le había pasado por la cabeza de manera bastante inexacta.

—¿Estaba animado el baile?—preguntó Wilhelmine.

Ferdinand le informó de que la sala estaba a rebosar, en su mayoría de gente espantosa, y que tampoco la música era de lo mejor. Y siguió hablando en ese tono. Wilhelmine estaba de buen humor y le miraba a la cara, aunque se volvió hacia Irene para preguntarle si su acompañante era un buen bailarín.

Irene asintió y sonrió. Su «sí» fue casi inaudible.

Para evitar que la conversación decayera, Ferdinand preguntó:

—Ha actuado usted hoy en el papel de Feodora, ¿no es cierto? ¿Había bastante gente?

—Se agotaron las entradas—contestó Wilhelmine.

Irene intervino:

—En el papel de Feodora por desgracia aún no la he visto, señorita Bischof, pero hace poco la vi en el de Medea. Estuvo excelente.

—Mil gracias—replicó Wilhelmine.

Irene pronunció aún algunas palabras de admiración. Después le preguntó a Wilhelmine cuáles eran sus papeles favoritos y pareció escuchar sus respuestas con
simpatía. Al final tuvieron una superficial y confusa conversación sobre quién era el actor más grande: el que se perdía por completo en la figura que tenía que representar o el que estaba por encima de su papel. Entonces Ferdinand mencionó que había conocido a un joven cómico que le había contado cómo precisamente el día en que enterró a su padre había representado cierto papel muy alegre de modo mucho más convincente que nunca.

—Tiene usted unas amistades muy gentiles—comentó Wilhelmine, y se metió un gajo de naranja en la boca.

Librodot

¿Qué es lo que ocurre?, pensó Ferdinand. ¿Ha olvidado la señorita Irene que quería decirle a Wilhelmine a la cara que era una asesina? ¿Sabrá además que yo soy su amante, yo, que con una joven dama desconocida le hago una visita en mitad de la noche...?

—Tiene usted un interés tan grande por el teatro, señorita—comentó Wilhelmine—. ¿Acaso ha pensado alguna vez en seguir usted misma esa carrera?

Irene sacudió la cabeza.

—Por desgracia no tengo talento.

—Pues dele gracias a Dios—dijo Wilhelmine—. Es una ciénaga.

Y mientras ella empezaba a contarle las vejaciones que como artista tenía que soportar, Ferdinand vio que Irene, como quien dice fascinada, miraba hacia una puerta que estaba entornada y por cuya rendija salía un resplandor azulado. Y se dio cuenta de que el rostro de Irene, que hasta entonces había permanecido tranquilo, comenzó a moverse ligeramente bajo su palidez y que sus silenciosos labios empezaban a contraerse de un modo extraño. Y le pareció que en sus ojos, muy abiertos, se percibía un perverso deseo de penetrar en el cuarto azulado y hundir el rostro en la almohada sobre la que alguna vez había descansado la cabeza de Gabriel. Entonces Ferdinand cayó en la cuenta de que si Irene permanecía allí más tiempo, aun cuando hasta ahora su presencia no hubiera llamado la atención, aquello podía llegar a tener desagradables consecuencias para ella y quizá también para él. Así que empujó su asiento.

Irene se volvió hacia él, como despertando de un sueño. Las últimas palabras de Wilhelmine aún resonaban en el ambiente, sin que nadie las hubiera escuchado.

—Es hora de que nos vayamos—dijo Irene, y se levantó.

—Siento muchísimo—replicó Wilhelmine—no poder disfrutar más tiempo del placer de su visita.

Irene la observó, examinándola con una mirada tranquila.

—¿Y bien, hija mía?—preguntó Wilhelmine.

—Es curioso—dijo Irene—cómo me recuerda usted, señorita, un retrato que tenemos en casa. Representa a una campesina croata o eslovaca, que está rezando ante la imagen de un santo en una carretera cubierta de nieve.

Wilhelmine asintió pensativa, como si se acordara perfectamente del día de invierno en el que en algún lugar de Croacia se había arrodillado sobre la nieve ante la imagen de aquel santo. Después se empeñó en ponerle ella misma a Irene el abrigo sobre los hombros y acompañó a sus invitados hasta la antecámara.

—Ahora sigan ustedes bailando y divirtiéndose—dijo—. Es decir, si de veras vuelven al baile.

Irene se puso pálida como un muerto, pero sonrió.

—Con él hay que andarse con cuidado—añadió Wilhelmine, y lanzó una mirada a Ferdinand, la primera en la que había algo del recuerdo de la pasada noche.

Ferdinand no contestó, pero percibió cómo Irene los abarcaba a los dos, a él y a Wilhelmine, con la misma y oscura mirada.

Apareció la doncella. Wilhelmine tendió de nuevo la mano a sus huéspedes, expresó su deseo de volver a ver pronto a la joven en su casa y sonrió a Ferdinand como si le hubiera ganado una partida convenida de antemano.

Guiados por la doncella con una vela, en silencio, Ferdinand e Irene bajaron las escaleras. Pronto la puerta de la casa se cerró tras ellos. El cochero abrió la portezuela. Irene subió. Ferdinand se sentó junto a ella. Los caballos trotaron a través de la silenciosa nieve. El destello de una farola cayó de pronto sobre el rostro de Irene. Ferdinand vio que le miraba fijamente y entreabría los labios.

—Así que usted... —dijo ella en voz baja.

Librodot

Y a él le pareció que en su voz temblaban el asombro, el horror, el odio. Estaban a oscuras. Si llevara un puñal, pensó Ferdinand, ¿me lo clavaría en el corazón...? Se mire como se mire, yo soy del todo inocente. ¿Acaso no era yo más bien un principio que...? Y pensó si no debía intentar explicarle el asunto. No para justificarse, sino porque aquella criatura inteligente merecía conocer las causas profundas de toda la historia.

De pronto notó que le abrazaban y sobre sus labios los de Irene, fogosos, ardientes y dulces. Fue un beso como no creía haber sentido jamás ningún otro. Tan perfumado, tan misterioso. Y no quería que terminara. Sólo cuando el carruaje se detuvo, sus bocas se separaron.

Ferdinand abandonó el carruaje y, solícito, ayudó a Irene a bajar.

—No me seguirá usted—dijo ella con dureza, y desapareció en el vestíbulo.

Ferdinand se quedó fuera. En ningún momento pensó desobedecer sus órdenes. Supo claramente y con un repentino dolor que se había terminado y que tras ese beso no podía haber nada más.

Tres días después contó su aventura a Atanasius Treuenhof, al que no era necesario ocultarle nada, pues intentar ser discreto frente a él habría sido tan infantil como tratar de serlo frente al buen Dios.

—Lástima—comentó Atanasius tras meditar un poco—que no se haya convertido en su amante. Esa criatura me habría interesado. Tenemos suficientes hijos del amor. Hijos de la indiferencia, demasiados. Pero los hijos del odio son muy escasos. Y no sería raro que de ellos precisamente nos hubiera de venir la salvación.

—¿Eso cree?—preguntó Ferdinand.

—Pues, ¿usted qué piensa?—le replicó Atanasius con severidad.

Ferdinand bajó la cabeza y guardó silencio.

Por lo demás, en el bolsillo tenía su billete de coche-cama hasta Trieste. Y de allí seguiría hacia Alejandría, El Cairo, Asuán... Desde hacía tres días comprendía también que hubiera personas que pudieran morir por un amor sin esperanza... Otros, naturalmente... Otros...

LA MUERTE DEL SOLTERO

Llamaron a la puerta, muy suave, aunque el médico se despertó de inmediato. Encendió la luz y se levantó de la cama. Echó una mirada a su mujer, que seguía durmiendo tranquila, se puso la bata y fue al recibidor. En un principio no reconoció a la anciana que con el pañuelo gris en la cabeza estaba allí de pie.

—Nuestro amo de pronto se ha puesto muy mal—dijo—. Si el señor doctor fuera tan amable de venir en seguida.

Entonces reconoció la voz. Era el ama de llaves de su amigo, el soltero. Mi amigo tiene cincuenta y cinco años, el corazón hace ya dos que no está en regla, podría ser algo grave. Fue lo primero que pensó el doctor y contestó:

—Iré en seguida. ¿Quiere usted esperar entre tanto?

—Disculpe, doctor, pero debo ir corriendo a buscar a otros dos caballeros.

Y dio los nombres del comerciante y del poeta.

—¿Qué tiene usted que hacer en sus casas?

—El señor quiere verlos una vez más.

—¿Una vez más?

—Sí, doctor.

Manda llamar a sus amigos, pensó el médico. Se encuentra tan cerca de la muerte... Y preguntó:

—¿Hay alguien con el señor?

La vieja contestó:

—Por supuesto, doctor. Johann no se mueve de allí.

Y se marchó.

El doctor volvió a entrar en el dormitorio. Mientras se vestía con rapidez y lo más silenciosamente posible, un pensamiento amargo embargó su alma. No era tanto el dolor porque tal vez fuera a perder a un viejo amigo, a un buen amigo, sino la dolorosa sensación de haber llegado ya, todos ellos, tan lejos cuando hacía pocos años aún eran jóvenes.

En un carruaje abierto, a través de una dulce y pesada noche de primavera, el médico se dirigió a la cercana ciudad jardín en la que vivía el soltero. Al llegar, alzó la vista hacia la ventana del dormitorio, que estaba abierta y por la que salía un pálido resplandor que brillaba en medio de la oscuridad.

El médico subió las escaleras. Le abrió el criado, que le saludó con seriedad, y con tristeza dejó caer la mano izquierda.

—¿Cómo?—preguntó el médico con la respiración entrecortada—. ¿Llego tarde?

—Sí, doctor—respondió el criado—. El señor ha muerto hace un cuarto de hora.

El médico respiró hondo y entró en la habitación. Allí estaba su amigo, muerto. Con los finos labios azulados medio abiertos. Los brazos extendidos sobre la colcha blanca. Y la barba rala, desgreñada. Sobre la frente, pálida y húmeda, caían un par de mechones grises. La pantalla de seda de la lámpara, sobre la mesilla de noche, expandía una sombra rojiza sobre la almohada. El médico contempló al difunto. ¿Cuándo fue la última vez que estuvo en nuestra casa?, pensó. Recuerdo que aquella noche estaba nevando. De modo que fue el invierno pasado. La verdad es que nos hemos visto poco en los últimos tiempos.

Desde fuera llegó el piafar de unos caballos. El médico se apartó del muerto y al otro lado vio unas delgadas ramas goteando en el aire nocturno.

Entró el criado y el médico se informó de cómo había sucedido todo.

El criado le contó una historia que ya conocía. Cómo de repente se había encontrado mal, los ahogos, cómo había saltado fuera de la cama, caminando de un lado a otro de la habitación, cómo había corrido al escritorio y había vuelto a caer en la cama, la sed, los gemidos, cómo se había levantado una última vez y había vuelto a caer sobre la almohada. El médico asentía y su mano derecha se mantenía en contacto con la frente del muerto.

Llegó un carruaje. El médico se acercó a la ventana y vio bajar al comerciante, que alzó hacia él una mirada interrogativa. Sin pensar, el médico dejó caer la mano, como antes hiciera el criado al recibirle. El comerciante echó la cabeza hacia atrás, como si no pudiera creerlo. El médico encogió los hombros, se apartó de la ventana y, súbitamente cansado, se sentó en un sillón a los pies del muerto.

El comerciante entró, con el gabán amarillo abierto, dejó su sombrero sobre una pequeña mesilla junto a la puerta y estrechó la mano del médico.

—Es terrible—dijo—. ¿Cómo ha ocurrido?

Y miró al muerto con incredulidad. El médico le contó lo que sabía y añadió:

—Aunque hubiera llegado a tiempo, no habría podido ayudarle.

—Imagínese—dijo el comerciante—, hoy hace justo ocho días que hablé con él por última vez, en el teatro. Quise cenar con él, pero una vez más tenía una de sus misteriosas citas.

—¿Aún las tenía?—preguntó el médico con una sombría sonrisa.

De nuevo se detuvo un carruaje. El comerciante fue hacia la ventana. Y cuando vio bajar al poeta, se apartó de allí, pues ni con un solo gesto quería ser el portador de la triste noticia. El médico había sacado un cigarrillo de su pitillera y pensativo le daba vueltas sin cesar.

—Es una costumbre de mi época en el hospital—observó disculpándose—. Cuando por las noches salía de la habitación de un enfermo, lo primero que hacía era encender un cigarrillo, tanto si había puesto una inyección de morfina como si se trataba de una autopsia.

—¿Sabe usted cuánto hace que no he visto un muerto?—preguntó el comerciante—. Catorce años. Desde que vi a mi padre de cuerpo presente.

—Y, ¿su mujer?

—A mi mujer la vi en sus últimos momentos, pero... Después ya no.

Apareció el poeta, que dio la mano a los otros y dirigió una vacilante mirada hacia la cama. Después se acercó decidido y contempló el cadáver con seriedad, aunque no sin un rictus de desdén en los labios. De modo que él, se dijo para sus adentros. Y es que a menudo había jugado con la pregunta de quién entre sus más cercanos conocidos sería el primero en dejar este mundo.

Entró el ama de llaves. Con lágrimas en los ojos, se arrodilló ante la cama, sollozó y juntó las manos. El poeta puso una mano ligera y consoladora sobre su hombro.

El comerciante y el médico estaban en la ventana. El aire oscuro de la primavera jugueteaba en sus frentes.

—Lo que sin duda alguna resulta extraño—comenzó a decir el comerciante—es que nos haya mandado buscar a todos nosotros. ¿Quería vernos reunidos en torno a su lecho de muerte? ¿Tenía algo importante que decirnos?

—Por lo que a mí respecta—manifestó el doctor con una dolorosa sonrisa—no es nada raro, puesto que soy médico. Y usted—y se volvió hacia el comerciante—, usted le ha asesorado a veces en sus negocios. Tal vez quiso confiarle personalmente su última voluntad.

—Es posible—concluyó el comerciante.

El ama de llaves se había alejado y los amigos pudieron escuchar cómo hablaba con el criado en el vestíbulo. El poeta seguía junto a la cama y mantenía un misterioso diálogo con el muerto.

—El—dijo el comerciante en voz baja al médico—, él, creo yo, fue el que estuvo más a menudo con él en los últimos tiempos. Tal vez pueda aclarárnoslo.

El poeta estaba inmóvil. Su mirada taladraba los cerrados ojos del difunto. Las manos, que sujetaban el sombrero gris de ala ancha, las tenía a la espalda, cruzadas. Los otros dos caballeros se impacientaron. El comerciante se acercó, carraspeando.

—Hace tres días—contó el poeta—di con él un paseo de dos horas, afuera, por los viñedos. ¿Quieren ustedes saber de qué habló? De un viaje a Suecia que tenía planeado hacer este verano. De la-nueva carpeta de Rembrandt que Watson ha sacado, a subasta, en Londres, y, por último, de Santos Dumont. Hizo todo tipo de cábalas físico-matemáticas sobre el dirigible, que yo, si he de ser sincero, no entendí del todo. La verdad, no pensaba en la muerte. No cabe duda de que es posible que a cierta edad uno deje de pensar en la muerte.

El médico entró en el cuarto contiguo. Allí sí que podía atreverse a encender su cigarrillo. De un modo extraño, francamente tétrico, le conmovió ver sobre el escritorio, en un platillo de bronce, un resto de blancas cenizas. Mirándolo bien, ¿por qué sigo aquí?, pensó, mientras se dejaba caer en el sillón, delante del escritorio. Soy el primero que tiene derecho a marcharse, pues está claro que sólo me han llamado como médico. Nuestra amistad hace tiempo que se acabó. A mi edad, continuó reflexionando, está claro que para un hombre como yo no es posible seguir siendo amigo de una persona que no tiene profesión, que nunca la ha tenido. De no haber sido rico, ¿qué habría hecho? Lo más probable es que se hubiera dedicado a la escritura. Era muy ingenioso. Y recordó alguna observación maliciosa del soltero, en especial sobre las obras de su común amigo, el poeta.

Entraron el poeta y el comerciante. Y el poeta, al ver al doctor sentado en el sillón ante el escritorio abandonado, con un cigarrillo en la mano, que en realidad todavía no estaba encendido, puso cara de disgusto y cerró la puerta tras de sí. Aquí en cierto modo estaban en otro mundo.

—¿Tiene usted alguna sospecha?—preguntó el comerciante.

—¿En qué sentido?—preguntó distraído el poeta.

—Sobre lo que pudo haberle llevado a mandar buscarnos, precisamente a nosotros.

Al poeta le parecía del todo superfluo tratar de buscar un motivo especial.

—Nuestro amigo—explicó—sintió que la muerte se aproximaba y, aunque viviera bastante solo, al menos en los últimos tiempos, en un momento como éste las naturalezas, que originariamente están hechas para la vida en sociedad, sienten la necesidad de ver junto a sí a personas que les sean cercanas.

El comerciante observó:

—De todos modos tenía una amante.

—Una amante—repitió el poeta, y desdeñoso alzó las cejas.

En aquel momento el médico se dio cuenta de que el cajón central del escritorio se encontraba a medio abrir.

—¿Y si su testamento estuviera aquí?—preguntó.

—Y eso a nosotros qué nos importa—opinó el comerciante—. Al menos en este momento. Además, una hermana suya casada vive en Londres.

Entró el criado. Se tomó la libertad de pedir consejo acerca de la capilla ardiente, de las exequias, de la esquela. Que él supiera, el señorito había hecho testamento ante notario, pero dudaba de que contuviera disposiciones respecto a aquellos detalles. El poeta encontró el cuarto sofocante, cargado. Apartó la pesada cortina roja de una de las ventanas y abrió las dos hojas. Una ancha franja de noche primaveral de color azul oscuro se coló dentro. El médico preguntó al criado si no sabía el motivo por el que el difunto les había mandado buscar, pues pensándolo bien, en su condición de médico hacía ya muchos años que no le habían llamado a aquella casa. El criado recibió la pregunta como si la esperara, sacó un portafolio del bolsillo de su chaqueta, le alcanzó una hoja de papel y comunicó que el señorito hacía ya siete años que había anotado los nombres de los amigos a los que quería reunir en torno a su lecho de

Librodot

muerte. De modo que, aun cuando el señorito no hubiera estado consciente, él mismo por propia iniciativa se habría permitido avisar a los señores.

El médico, que había cogido el papel que le tendía el criado, encontró cinco nombres escritos. Aparte de los de los tres presentes, el de un amigo muerto dos años antes y el de un desconocido. El criado explicó que el último era un fabricante, cuya casa había frecuentado el soltero nueve o diez años antes y cuya dirección se había perdido u olvidado. Los caballeros se miraron unos a otros, confusos y alarmados.

—¿Cómo se explica esto?—preguntó el comerciante—. ¿Tenía intención de dar un discurso en sus últimos momentos?

—Su propio discurso fúnebre—añadió el poeta.

El médico tenía la vista puesta en el cajón abierto del escritorio, y de pronto se le clavaron tres palabras que, en grandes caracteres, aparecían en un sobre: «A mis amigos».

—¡Oh!—exclamó y, cogiendo el sobre, lo levantó y se lo mostró a los demás.

—Es para nosotros—y, volviéndose hacia el criado, con un movimiento de cabeza le indicó que allí estaba de sobra.

El criado se marchó.

—Para nosotros—dijo el poeta con los ojos muy abiertos.

—No cabe duda—opinó el médico—de que tenemos derecho a abrirlo.

—La obligación—dijo el comerciante, y se abrochó el gabán.

De una taza de cristal el médico cogió un abrecartas, abrió el sobre, dejó la carta y se puso los quevedos. El poeta aprovechó el momento para coger el papel y desplegarlo.

—Como es para todos nosotros... —dijo en voz baja, y se apoyó en el escritorio, con lo que la luz de la araña de cristal que colgaba del techo recayó sobre la hoja.

Junto a él se colocó el comerciante. El médico se quedó sentado.

—Si es tan amable de leerla en voz alta—le indicó el comerciante.

El poeta comenzó:

—«A mis amigos.»

Y, sonriendo, se detuvo.

—Sí, aquí lo dice otra vez, señores míos—y con una despreocupación admirable continuó con la lectura.

—«Hace aproximadamente un cuarto de hora que mi alma ha expirado. Estáis reunidos en torno a mi lecho de muerte y os disponéis a leer juntos esta carta—si es que aún existe en el momento de mi muerte, añadiría yo—, pues podría ocurrir que tuviera remordimientos...»

—¿Cómo?—preguntó el médico.

—«Que tuviera remordimientos»—repitió el poeta, y siguió leyendo—«y que me decidiera a destruir esta carta, que no me será de la más mínima utilidad y que a vosotros podría cuando menos acarrearos algunos momentos desagradables, si no incluso envenenaros la vida a más de uno.»

—Envenenaros la vida—repitió el médico sin comprender, y limpió los cristales de sus quevedos.

—Más rápido—dijo el comerciante con voz ronca.

El poeta continuó leyendo:

—«Me pregunto qué extraño antojo me ha empujado hoy hasta el escritorio y me ha hecho escribir palabras cuyo efecto no podré leer en vuestro semblante. Y aunque pudiera, el placer sería demasiado mediocre como para servir de disculpa a la formidable infamia de la que en este momento, y por cierto que sintiendo la más íntima satisfacción, me reconozco culpable.»

—¡Ah!—exclamó el médico, en un tono de voz que ni él mismo conocía.

El poeta le lanzó una mirada arrebatada, de disgusto, y siguió con la lectura, más deprisa y con menos entonación que antes.

—«Sí, se trata de un antojo, sin más, pues en el fondo no tengo nada contra vosotros. Y hasta os aprecio, a mi manera, como vosotros a mí a la vuestra. Os respeto no poco, y si bien alguna vez me he burlado de vosotros, jamás os he puesto en ridículo. Nunca, y menos aún ahora, en este momento en el que a todos vosotros se os revelarán las más vivas y penosas imágenes. ¿Por qué entonces este antojo? ¿Tal vez haya nacido de un profundo y en el fondo noble deseo de no dejar este mundo cargado con demasiadas mentiras? Podría pretenderlo, si una sola vez hubiera sentido la más leve sospecha de lo que los hombres llaman remordimiento.»

—Lea de una vez el final—ordenó el médico con su nueva voz.

El comerciante sin más le quitó la carta al poeta, quien sintió que los dedos se le agarrotaban en una especie de parálisis, dejó que sus ojos corrieran hacia abajo y leyó las siguientes palabras:

—«Fue una fatalidad, queridos míos, y no puedo cambiarlo. He estado con cada una de vuestras mujeres. Con todas.»

El comerciante de pronto se detuvo y volvió la página.

—¿Qué le ocurre?—preguntó el médico.

—La carta fue escrita hace nueve años—contestó el comerciante.

—Continúe—ordenó el poeta.

El comerciante leyó:

—«Como es natural fueron relaciones de muy distinta índole. Con una viví casi como si estuviéramos casados, durante muchos meses. Con otra fue más o menos lo que se suele denominar una aventura desenfrenada. Con la tercera, la cosa llegó tan lejos que con ella me propuse ir al encuentro de la muerte. A la cuarta la arrojé escaleras abajo, porque me engañó con otro. Y una fue mi amante una sola vez. ¿Acaso ahora respiráis aliviados? No lo hagáis, queridos míos. Tal vez aquél fuera el momento más hermoso de mi vida... Y de la suya. Bien, amigos míos. No tengo nada más que deciros. Ahora doblo este papel, lo dejo en mi escritorio y ahí esperará hasta que, presa de otro antojo, lo destruya o hasta que os lo entreguen en el momento en que yo me encuentre en el lecho de muerte.»

El médico le quitó al comerciante la carta de la mano y pareció leerla con atención del principio al fin. Después alzó la mirada hacia el comerciante, que seguía allí de pie con los brazos cruzados y que le miraba como con aire burlón.

—Aunque su mujer haya muerto el año pasado—dijo el médico con calma—, esto no deja de ser verdad.

El poeta paseó a un lado y a otro de la habitación, movió un par de veces la cabeza de acá para allá, como si le diera un calambre. De pronto silbó entre dientes «Canalla» y se quedó como mirando la palabra que acababa de pronunciar, como si se tratara de un objeto que se deshiciera en el aire. Trató de evocar la imagen de la joven criatura que en otro tiempo estrechara entre sus brazos siendo su esposa. Surgieron las de otras mujeres, unas a las que a menudo recordaba y otras a las que creía haber olvidado, pero no consiguió extraer precisamente la que él quería. Y es que para él el cuerpo de su esposa estaba ya marchito y no despedía ningún aroma y hacía demasiado tiempo que había dejado de representar a la amada, si bien se había convertido en algo distinto, más importante y más noble: en una amiga, una compañera, llena de orgullo ante sus éxitos, de compasión con respecto a sus decepciones, de comprensión hacia su ser más profundo. Y no le pareció del todo imposible que sólo por maldad el viejo solterón no se hubiera propuesto otra cosa que arrebatarle a él, al amigo al que en secreto envidiaba, la compañera. Pues todas las demás, en el fondo, ¿qué significaban? Recordó ciertas aventuras de tiempos pasados y recientes, aventuras que en su rica vida de artista no le habían faltado, y ante las que su mujer había apartado la vista con una sonrisa o llorando. Pero ahora, ¿dónde quedaba todo aquello? Tan descolorido como aquel lejano instante en el que su mujer, sin pensar, tal vez sin darse cuenta, se había arrojado en los

brazos de un don nadie. Y casi tan apagado como el recuerdo de ese mismo momento en la cabeza muerta que reposaba allí dentro sobre la almohada atrozmente arrugada. ¿Y si fuera mentira lo que había escrito en el testamento? La última venganza del miserable hombre vulgar, que se sabe abocado al olvido eterno, contra el hombre superior, sobre cuya obra la muerte no habría de tener poder alguno. Aquello no dejaba de tener alguna verosimilitud, pero aun cuando fuera cierto... Seguía siendo una venganza mezquina y en cualquier caso malograda.

El médico observó el papel, que aún sostenía ante sus ojos, y pensó en la mujer que ahora dormía en su casa y que estaba envejeciendo, aquella tierna, sí, aquella bondadosa mujer. Pensó también en sus tres hijos. En el mayor, que aquel año hacía el servicio militar como voluntario. En la hija mayor, prometida a un abogado. Y en la más joven, tan graciosa y encantadora que un célebre artista en un baile había pedido permiso para retratarla. Pensó en su confortable hogar. Y todo lo que desde la carta del muerto llovía sobre él no es que le pareciera falso, sino más bien de una misteriosa y suprema intrascendencia. Apenas tenía la sensación de haber descubierto algo nuevo. Una extraña época de su vida le vino a la memoria, una época de hacía catorce o quince años, en la que había sufrido algunas contrariedades en su carrera médica, con lo que, desazonado y habiendo llegado al final hasta el desvarío, había tomado la determinación de abandonar la ciudad, a su mujer, a su familia. A su vez por aquel entonces comenzó a llevar una existencia disoluta, frívola, en la que desempeñó un papel una mujer extraña e histérica que después se suicidó por causa de otro de sus amantes. Ya no era capaz de acordarse de cómo su vida había vuelto poco a poco a su antiguo cauce, pero en aquella época enojosa, que había pasado como había venido, como una enfermedad, debió de ser cuando su mujer le había sido infiel. Sí, seguro que había ocurrido así. Y entonces vio claro que en el fondo siempre lo había sabido. ¿No había estado ella una vez a punto de confesárselo? ¿Acaso no había hecho algunas insinuaciones? Hace unos trece o catorce años... Sólo que, ¿en qué momento? ¿No fue un verano, durante el viaje de vacaciones, por la noche, en la terraza del hotel? En vano buscó las extinguidas palabras.

El comerciante, en la ventana, contemplaba la noche apacible y blanca. Tenía el firme propósito de recordar a su difunta esposa, pero por más que se esforzaba, al principio sólo consiguió verse a sí mismo a la luz de una mañana gris entre las jambas de una puerta descolgada, vestido de negro, recibiendo y devolviendo compasivos apretones de mano y respirando un desabrido olor a fenol y a flores. Sólo poco a poco logró traer a la memoria la estampa de su mujer, pero al principio no fue más que la imagen de una imagen, pues vio únicamente el enorme retrato enmarcado en oro, que colgaba en su casa encima del piano y que representaba a una orgullosa dama de treinta años en traje de baile. Sólo después se le apareció como la joven muchacha que hacía casi veinticinco años, pálida y tímida, había aceptado su petición. Acto seguido surgió ante él la figura de la mujer en flor que, sentada junto a él en el palco, dirigía la mirada hacia el escenario, en el fondo de su alma muy lejos de allí. A continuación recordó a la nostálgica mujer que con inesperado ardor le había recibido a la vuelta de uno de sus largos viajes. Justo después le vino a la memoria la persona nerviosa, llorona, de ojos verdosos y empañados, que le había amargado la vida con todo tipo de malos humores. Después volvió a mostrarse con una bata clara la madre, tierna y atemorizada, velando junto al lecho del hijo enfermo, que también había muerto. Y por fin la lívida criatura postrada, con las comisuras de la boca dolorosamente curvadas hacia abajo y frías gotas de sudor en la frente, en un cuarto invadido por el olor del éter: una escena que había llenado su alma de una atormentadora compasión. Sabía que todas aquellas imágenes y aún otras cien, que con increíble rapidez pasaron fugazmente ante su mirada interior, representaban a la criatura que hacía dos años se había hundido en la tumba, a la que había llorado y tras cuya muerte se había sentido redimido. Le pareció que de todas aquellas imágenes tenía que escoger una para alcanzar un sentimiento precario, pues ahora la vergüenza y la cólera

aleteaban tanteando en el vacío. Sin saber qué partido tomar, siguió allí de pie, mirando las casas que, amarillentas y rojizas, flotaban al otro lado del jardín a la luz de la luna y que parecían tan sólo paredes pálidamente pintadas, tras las cuales no había más que aire.

—Buenas noches—dijo el médico, y se levantó.

El comerciante se volvió hacia él.

—Yo tampoco tengo nada más que hacer aquí.

El poeta había cogido la carta. Sin que se dieran cuenta, la había metido en el bolsillo de su chaqueta, y ahora abría la puerta de la habitación contigua. Lentamente se acercó al lecho del muerto y los otros dos vieron cómo en silencio, las manos a la espalda, observaba el cadáver. Después se fueron de allí.

Una vez en el vestíbulo el comerciante le dijo al criado:

—En lo que respecta al entierro, es posible que el testamento hecho ante notario contuviera disposiciones más precisas.

—Y no olvide—añadió el médico—telegrafiar a la hermana del señor, que vive en Londres.

—No lo olvidaré—contestó el criado, mientras abría la puerta a los señores.

Por las escaleras les alcanzó el poeta.

—Puedo llevarles a los dos—dijo el médico, al que le estaba esperando el carruaje.

—Gracias—dijo el comerciante—. Iré a pie.

Estrechó a ambos la mano, caminó calle abajo, en dirección a la ciudad y dejó que le envolviera la suavidad de la noche.

El poeta subió al carruaje con el médico. En los jardines los pájaros empezaban a cantar. Cuando el carruaje adelantó al comerciante, los tres caballeros alzaron el sombrero, cortés e irónicamente, todos mostrando el mismo semblante.

—¿Veremos pronto algo suyo en el teatro?—preguntó el médico al poeta con su voz de siempre.

El poeta le habló de las extraordinarias dificultades que estaba encontrando para estrenar su último drama, que por cierto, debía reconocer, contenía ataques hasta entonces nunca oídos contra todo lo que para el hombre supuestamente resulta más sagrado. El médico asintió, sin escuchar. Tampoco lo hacía el poeta, pues las frases tantas veces ensambladas entre sí hacía tiempo que salían de sus labios como si las hubiera aprendido de memoria.

Ambos caballeros se apearon ante la casa del médico y el carruaje se marchó.

El médico tocó el timbre. Los dos siguieron allí en silencio. Cuando se acercaron los pasos del portero, el poeta se despidió:

—Buenas noches, querido doctor.

Y, encogiendo una de las aletas de su nariz, añadió lentamente:

—Por cierto, yo tampoco se lo diré a la mía.

El médico le miró y sonrió con dulzura. La puerta se abrió, ellos se estrecharon la mano, el médico desapareció en el pasillo y la puerta se cerró. El poeta se marchó. Palpó el bolsillo en el pecho. Sí, allí estaba. A buen recaudo y sellada, su mujer la encontraría en su legado. Y con la inusual imaginación que le caracterizaba, la oyó susurrar junto a su tumba: «Grandísimo granuja...»

Librodot

YO

Hasta aquel día había sido un hombre del todo normal. Se levantaba a las siete de la mañana, lo más silenciosamente posible para no molestar a su mujer, a quien le gustaba dormir un poco más, bebía una taza de café, besaba en la frente a su pequeño de ocho años, que tenía que ir a la escuela, y, suspirando, en broma, le decía a Marie, de seis años: «El año que viene te tocará a ti también.» Mientras bromeaba con la pequeña, solía entrar su mujer y tenía lugar una inocente conversación, a veces incluso muy alegre, aunque siempre tranquila, pues se trataba de un buen matrimonio, sin malentendidos ni insatisfacciones: no tenían nada que reprocharse. Hacia la una volvía de la tienda a casa, nunca demasiado cansado, pues la naturaleza de lo que tenía que hacer allí era tal que no resultaba agotador, ni suponía una gran responsabilidad. Era director de departamento, lo que se llama jefe de sección, en unos almacenes de mediana categoría en la Wáhringerstrasse. Entonces tomaban un almuerzo sencillo, aunque bien aderezado. Los niños, sentados a la mesa, se comportaban con educación y formalidad. El chico contaba cosas de la escuela; la madre, de un paseo que había dado con la pequeña, antes de recoger al mayor; y el padre, algunos sucesos insignificantes que se habían producido en el almacén: nuevas creaciones, envíos venidos de Brünn. Aludía a la extraordinaria indolencia del jefe, que la mayor parte de las veces no se presentaba en el negocio hasta las doce. Hablaba de alguna cómica aparición entre los clientes, de un señor elegante que sabe Dios obedeciendo a qué casualidad se había perdido en aquella tienda de barrio y que al principio se había mostrado un tanto arrogante, aunque después entusiasmado en exceso con una corbata cualquiera. De la señorita Elly contaba que tenía un nuevo admirador, si bien aquello a él no le incumbía. Ella era vendedora en la sección de zapatos de mujer.

Después se tumbaba media horita, echaba una fugaz ojeada al periódico y hacia las dos y media estaba de vuelta en la tienda. Había mucho que hacer, sobre todo entre las cuatro y las seis. Podía dedicarse por entero a los clientes, ya que sin duda en casa todo seguía su curso normal: su mujer iba de paseo con los niños, o bien su cuñada, que estaba casada, iba a visitarles. O la madre de ella. A veces él las encontraba todavía en casa.

Se cenaba alrededor de las ocho. A los niños hacía tiempo que los habían llevado a la cama. Cada dos sábados iban al teatro, con asientos en la tercera galería, fila tercera o cuarta. Él prefería las operetas, aunque de cuando en cuando soportara también alguna pieza seria, una comedia clásica o de costumbres. El broche a una de aquellas veladas lo ponía un modesto restaurante. Entretanto, los niños estaban en buenas manos. Para Frau Wilheim, la mujer sin hijos del médico del primer piso, cuidar de los pequeños todo ese tiempo hasta que los padres volvían era un verdadero placer.

También aquella noche, el sábado antes de Pentecostés, habían ido al teatro. Después el matrimonio Huber había cenado en la fonda, y cuando se fueron a la cama él estaba de tan buen humor que Anna comentó si no la estaría confundiendo con Frau Constantin, quien hoy había hecho el papel principal y que a él tanto le había gustado.

A la mañana siguiente y como era su costumbre los domingos, él se dispuso a hacer una pequeña excursión. Cogió el tranvía hasta Sievering, caminó por el Dreimarkstein, y allí se encontró con un amigo, con el que se detuvo a charlar un rato acerca del buen tiempo. Después bajó solo caminando en dirección a Neuwaidegg y cruzó un pequeño puente, como había hecho ya en cientos de ocasiones. La amplia y enorme pradera con los espléndidos grupos de árboles, que Dios sabe cuántas veces había visto, apareció ante él y su mirada recayó en un tosco tablón de madera clavado en un árbol, en el que con grandes letras negras, como escritas por una mano infantil, se podía leer la palabra «Parque». No recordaba haber

visto nunca antes aquel cartel. Le llamó la atención, pero en seguida pensó que siempre había estado ahí, se veía que era un letrero bastante viejo. Sí, claro, aquello era un parque, nadie podía dudarlo. Era el Schwarzenbergpark, propiedad privada de la estirpe de los príncipes de Bohemia, habilitado sin embargo para el público desde hacía siglos. Pero allí no ponía Schwarzenbergpark, ni propiedad privada, sino, lo que era curioso, tan sólo: Parque. Se veía que era un parque, nadie podía dudarlo, aun cuando no se diferenciaba mucho de los alrededores. Tampoco estaba cerrado, no había una entrada, ni se encontraba bajo una legislación especial. Lo formaban bosque y praderas, caminos y bancos. Pero en cualquier caso, resultaba del todo superfluo que allí hubiera un tablón en el que pusiera la palabra «Parque».

Con todo, debía existir un porqué. Tal vez hubiera personas que no estuvieran tan seguras como él de que aquello era un parque. Tal vez lo tomaran por un bosque del todo corriente, junto a la pradera, como el bosque y los prados de los que él acababa de bajar. A ellos había que recordarles que aquello era un parque. Un hermoso parque, por lo demás. Soberbio... Tal vez hubiera gente que, de no estar el cartel allí colgado, lo habría tomado por un paraíso. Aja, un paraíso. Y entonces, tal vez alguno se hubiera comportado, en consecuencia, quitándose la ropa y provocando un escándalo público. Cómo iba yo a saber, diría a la policía, que sólo era un parque y no el paraíso. Pues bien, eso no podía volver a ocurrir. De modo que colgar allí aquel cartel era de lo más razonable. Se topó con una pareja. Una pareja no muy joven y muy gorda. Y se rió tan fuerte que ellos se asustaron y le miraron asombrados.

Aún no era tarde. Se sentó en un banco. Sí, estaba seguro de que se trataba de un banco, aunque no lo pusiera allí era un banco. Y el lago de más allá, tan conocido, era con seguridad un lago—¿o más bien un estanque?—, una pequeña laguna o un mar, sí, sólo dependía del punto de vista. Para una mosca de un día se trataría de un mar. Para aquellas moscas había que colgar también un cartel: Lago. Pero sin duda alguna que para las moscas de un día no era lo que se dice un lago. Y además tampoco podían leer. Siendo así, quién sabe, siguió pensando, sabemos tan condenadamente poco de las moscas de un día... En aquel momento una zumbó en torno a él. Era mediodía, así que tenía justo medio día de edad, mejor dicho, cincuenta años. Por lo tanto, por la noche sin duda alguna estaría muerta. Tal vez en aquel momento estuviera celebrando su quincuagésimo cumpleaños. Y las otras pequeñas moscas, que revoloteaban a su alrededor, iban a felicitarla. Una fiesta de cumpleaños, a la que él asistía. Le pareció que llevaba mucho tiempo allí sentado y miró el reloj. Sólo habían pasado tres minutos, sí, aquello con seguridad era un reloj, aunque no pusiera en la tapa que era un reloj. Pero también podía estar soñando. En ese caso aquello no sería un reloj, en ese caso estaría en la cama, durmiendo, y la mosca de un día no sería más que un sueño.

Pasaron dos muchachos. ¿Se reían de él? ¿De sus estúpidas ocurrencias? Pero si no sabían nada de todo aquello. Aunque lo cierto es que tampoco eso era seguro. Estaba claro que los había capaces de leer el pensamiento. Era más que probable que aquel muchacho de las gafas de concha supiera con exactitud lo que le estaba ocurriendo y que se riera de ello. La cuestión era si el chico de las gafas de concha tenía motivos para reírse. Pues era posible que todo aquello no fuera más que un sueño. Entonces estaría soñando también la risa de aquel otro.

Con repentina determinación se pisó un pie con el otro, y para rematar se agarró la nariz. Lo sintió todo con gran precisión. Pretendía que aquello sirviera como prueba de que estaba despierto. Una prueba no muy concluyente, por cierto, porque al fin y al cabo también podía haber soñado el pisotón y el toque de narices, pero por esta vez prefirió darse por satisfecho.

Se puso en camino de vuelta a casa. Hacia la una le esperaba la comida del mediodía. Se sentía muy ligero. Verdaderamente, corría, flotaba, no sólo en sentido figurado. Había siempre una fracción de segundo en la que sus pies no rozaban el suelo.

Cogió el tranvía. Volaba aún más rápido que él. Misteriosa, aquella fuerza eléctrica. Eran las doce y media. La mosca de un día en ese momento estaría celebrando su quincuagésimo

quinto cumpleaños. Las casas desfilaban ante él. Sí, y ahora tenía que bajarse. Sabía muy bien que tenía que apearse allí. Increíble, saber todo aquello. ¿Y si hubiera olvidado que vivía en la Andreasgasse? Andreasgasse, 14, segundo, puerta doce. Seguro. Hay que ver todo lo que cabe en un cerebro. También sabía que mañana a las ocho de la mañana tenía que estar en la tienda. La vio ante él, vio las corbatas, cada uno de los modelos. Ahí estaba la de rayas azules y rojas, aquí la jaspeada, allá la de tono amarillento. Las vio todas y vio también el rótulo sobre el cajón en el que ponía «Corbatas», aunque todo el mundo supiera que eran corbatas. Qué idea más buena colgar en un árbol aquel letrero con la palabra «Parque». No todo el mundo tenía tanta presencia de ánimo ni era tan agudo como él, de modo que supieran, sin más: esto es un parque. Y esto, una corbata.

Se encontraba ante la puerta de su casa. No se había dado cuenta de que había bajado del tranvía, ni de que había cruzado su calle, como tampoco de haber atravesado el portal o de haber subido las escaleras. Probablemente lo había hecho volando. Se sentaron a la mesa. Aquello era la sopera. Aquellos, los platos para la sopa. La cuchara, el tenedor, el cuchillo. Sabía a la perfección lo que era cada cosa. Para él no era necesario escribir ningún letrero. Observaba los objetos con mucho cuidado. Era cierto. Y habló de la mosca de un día que celebraba su cumpleaños. Tenía una gran *assemblé*. La palabra revoloteó por el aire. Nunca en su vida había dicho aquella palabra. ¿De dónde venía? ¿Adonde iría a parar?

Por la tarde no pudo dormir. Estaba echado en el diván del comedor. No había nadie con él. Cogió su cuaderno de notas—era seguro que se trataba de su cuaderno de notas, y no de su cartera, ni de su pitillera—y en una hoja escribió: Aparador. En otra: Armario. En otra: Cama. En otra: Sillón. Esta última palabra tuvo que escribirla varias veces. Después fijó aquellos letreros en el aparador, en el armario, se coló de puntillas en el dormitorio, donde su mujer echaba la siesta, y con un alfiler sujetó el cartelito en el que ponía «Cama». Salió de allí antes de que ella despertara. Después se marchó al café, a leer el periódico. Mejor dicho, sólo lo intentó. Todo lo que veía impreso ante él le parecía confuso y al mismo tiempo tranquilizador. Había allí nombres e indicaciones sobre los que no cabía duda alguna, pero las cosas a las que aquellos nombres se referían estaban lejos. Era muy extraño pensar que existía una relación entre una palabra cualquiera que aparecía allí impresa, por ejemplo, el teatro de la Josefstadt y el edificio que estaba en la otra punta, en una calle distinta. Leyó los nombres de los intérpretes. Por ejemplo, el abogado Dubonet: señor Mayer. Aquel señor Dubonet, era lo más extraño de todo, puesto que no existía en absoluto. A ése se lo había inventado alguien, aunque allí apareciera su nombre impreso. Sin embargo, el señor Mayer, que hacía de Dubonet, aquél existía realmente. Podría ser que él se hubiera topado a menudo en la calle con aquel señor Mayer, sin sospechar siquiera que se trataba precisamente del señor Mayer. No llevaba ningún cartel cuando salía a dar un paseo por la calle. Y cada día él se encontraba con cientos de personas como aquélla, de las que ni por lo más remoto sospechaba de dónde venían, ni adonde iban, ni cómo se llamaban. Podía ser que alguno de ellos, nada más torcer la esquina, cayera muerto como alcanzado por un rayo. Al día siguiente se supone que en el periódico pondría también que el señor Müller, o como se llamara, había muerto fulminado, pero él, el señor Huber, no tendría ni idea de que se había cruzado con él apenas cinco minutos antes de su muerte. Terremoto en San Francisco. Eso también lo pone aquí, en el periódico. Pero aparte de aquel terremoto, el del periódico, había otro muy distinto, el real. En aquel momento su mirada recayó en la publicidad: Anuncios. Había negocios que le resultaban familiares. Al leer este o aquel anuncio se le aparecía al mismo tiempo un edificio, en el que sabía o sospechaba que se encontraba aquel negocio. Otros en cambio permanecían muertos. No veía más que las letras impresas.

Levantó la vista. Ante la caja se encontraba la señorita Magdalene. Sí, así era como se llamaba. Era un nombre un tanto fuera de lo común para la cajera de un café. Sólo había escuchado aquel nombre de labios de los camareros. Él mismo nunca le había dirigido la

palabra. Ahí estaba, en su asiento, un poco gorda, ya no del todo joven, siempre atareada. Jamás se había preocupado lo más mínimo de ella. Y ahora, de pronto, sólo porque la había mirado por casualidad, destacaba entre todos los demás. El café estaba bastante lleno. Había allí al menos sesenta, ochenta, tal vez cien personas. Conocía el nombre, a lo sumo, de dos o tres. Resultaba incomprensible que aquella cajera indiferente fuera de pronto la persona más importante. Sólo porque él la había mirado. De todos los demás no sabía nada en absoluto. No eran más que sombras. También su mujer, sus hijos. Todos ellos no eran nada en comparación con la señorita Magdalene. La cuestión ahora era tan sólo decidir qué letrero había que ponerle. ¿Magdalene? ¿Señorita Magdalene? ¿O cajera? En cualquier caso, era imposible abandonar aquel café sin antes haberla marcado como es debido. Era tranquilizador saber que ahí fuera, en un cartel, estaba escrita la palabra «Parque». Toda la comarca, por la que había paseado hoy, desaparecía como tras un telón. Ya no existía. Y él volvía a respirar cada vez que pensaba en el tablón de madera: Parque.

Entretanto, se había tomado su café solo. El camarero recogió la taza con la bandeja y el vaso. Ante él, la blanca superficie de mármol apareció desnuda. Maquinalmente, tomó el lápiz y con letras grandes escribió: Mesa. También esto le alivió un poco. Pero, ¡cuánto quedaba aún por hacer!

Cuando regresó a su casa, habían retirado todos los carteles que él fijara a los distintos enseres. Que qué se había creído, le preguntó su mujer. Se dio cuenta de que de momento no podía ponerla al corriente, de manera que dijo que había sido una broma. En todo caso, era una broma útil, ¿verdad? Había que ir acostumbrando a los pequeños a que supieran cuál era el nombre de cada cosa y de cada persona. Qué formidable confusión la que había en el mundo. No hay quien se aclare.

Por la tarde vino de visita la suegra con la cuñada, la que estaba casada. Mientras tomaban el café con Marie, su mujer, él aprovechó la ocasión. Escribió unos letreros—Suegra, Cuñada—y con un alfiler los prendió en los abrigos. Cuando se marcharon, no se dieron cuenta.

A la mañana siguiente, antes de que sus hijos se vayan a la escuela, etiqueta sus prendas con los correspondientes letreros.

En la tienda solicita ver al jefe, le da consejos: por todas partes hay que colocar rótulos, también por ejemplo en las corbatas, incluso especificar los colores. Corbata gris, corbata roja. Los hay que son daltónicos. Insiste también en poner a cada una de las dependientas un cartel con su nombre correspondiente.

Vuelve a casa. Se indigna, porque una vez más han retirado todos los letreros. Los niños regresan de la escuela. Y él se tranquiliza al encontrar los rótulos, que por alguna razón no han sido retirados de sus ropas.

Entretanto, la mujer ha informado al médico. En cuanto entra, el enfermo le sale al encuentro con un cartel en el pecho, en el que con grandes letras pone: Yo.

Librodot